LA PSICOPATOLOGÍA EN EL ARTE

No.....
BIBLIOTECA "AMÉRICA"
DE COMPOSTELA
Donante Jumersindo Justo
de Buenos Aires

a-3548

JOSÉ INGENIEROS

LA PSICOPATOLOGÍA EN EL ARTE

2.ª EDICIÓN (MUY AUMENTADA)

I. La psicopatología en el arte.—II. La locura de Don Quijote.
III. La psicopatología de los sueños.
IV. "Hacia la justicia".—V. La vanidad criminal.—VI. La piedad homicida.—VII. El delito de besar.—VIII. Los escritores y los críticos.—IX. Psicología de la curiosidad.
X. La moral de Ulises.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
AMÉRICA
DE SANTIAGO
ESPAÑA

BUENOS AIRES

Talleres Gráf. Arg. de L. J. Rosso y Cía.—Belgrano 475

1920

ADVERTENCIA

Los diez ensayos reunidos en este volumen han sido escritos en la primera juventud, como lo indican sus fechas respectivas. Algunos vieron la luz cuando el autor era estudiante, circunstancia que obliga a juzgarlos sin adusta severidad; en otros se advierte cierta frescura de juicio, propia de los que no han presentido la fatalidad de encanecer.

Para excluir toda presunción de precocidad, el autor confiesa que estos diez artículos o conferencias son los únicos que ha podido escoger entre un centenar publicados en sus primeros años de labor intelectual, entre libro y libro. Los omitidos los da por inexistentes, pues considera absoluta su insignificancia.

Buenos Aires, 1920.

LA PSICOPATOLOGÍA EN EL ARTE

LA PSICOPATOLOGIA EN EL ARTE (1)

I. La verdad en la belleza. — II. La locura en la ciencia y en el arte. — III. El rey Lear. — IV. Hedda Gabler. — V. La psicología y la crítica.

I. — LA VERDAD EN LA BELLEZA

Una feliz casualidad puso en mis manos, casi en la infancia, el admirable *Elogio de la locura* escrito por Erasmo, el Voltaire del Renacimiento. Las conocidas ilustraciones de Hans Holbein prestaban su atractivo al sabroso panfleto, destinado a poner en punto de solfa todas las formas de la estulticia humana; vuelto de Roma con su fe maltrecha, Erasmo había colgado en la misma horca del ridículo a teólogos, monjes, papas, príncipes y cuantos sabios o magnates vivían esclavos de la estéril vanidad. De ese modo nació en mí, tempranamente, cierta afición por los estudios de patología mental, mejor definida cuando releí el *Hamlet*, el *Quijote*, el *Enfermo imaginario*, siendo ya estudiante de medicina.

Parecióme evidente que en esos dominios de la psicología mórbida, el arte y la ciencia se daban la mano, poniendo el uno más calor y firmeza en el bosquejo sintético de los caracteres, permitiendo la otra más sutiles análisis y precisas determinaciones.

Nunca, pese al común sentir de los mediocres, descubrí un necesario antagonismo entre los productos de la imaginación estética y de la imaginación científica, cuyos valores, distintos por sus métodos, parecen convergentes por sus más altos resultados.

* * *

La obra de arte, en sus formas simples, suele ser un

---

(1) Conferencia pronunciada en 1899 en el Centro de Estudiantes de Medicina

mosaico de excitantes de los sentidos — ritmos, colores, líneas — destinado a evocar las imágenes de estados emotivos precedentes; los valores estéticos elementales son dados inmediatamente por la experiencia y están condicionados por el tono efectivo de las sensaciones. Pero a medida que aumenta la experiencia en el individuo o en la sociedad, sus resultados se hacen cada vez más mediatos; se efectúan asociaciones incesantemente más complejas, no ya entre simples imágenes de sensaciones, sino entre conceptos sintéticos de imágenes, ascendiendo la obra de arte hasta los dominios de la imaginación propiamente creadora.

Llegadas a esas formas superiores, las construcciones artísticas adquieren un sentido convergente al de las elaboraciones científicas; por diversos caminos la ciencia y el arte pueden marchar hacia fines concordantes, coincidiendo los valores estéticos y los valores lógicos.

Ese criterio puede, en cierta medida, ser aplicado a la apreciación crítica de la obra de arte y de la obra de ciencia. No merecería la calificación de artística o científica ninguna obra que se limitara a los dominios de la experiencia inmediata; todo lo que provoca reacciones orgánicas de placer por la simple excitación de los sentidos, no es arte; y no es ciencia cualquiera acumulación de los datos con que la realidad impresiona nuestros sentidos. Comienzan el arte y la ciencia con la elaboración de las imágenes de sensaciones, convirtiendo lo inmediato en mediato, lo directo en indirecto. Un valor estético es un canon de belleza extraído de la experiencia, de igual manera que un valor lógico es un canon de verdad, siendo el uno y el otro incesantemente perfectibles en el sentido hipotético representado por los ideales que la imaginación humana elabora.

No siendo concebibles un ideal de belleza falsa ni un ideal de verdad fea, el valor estético de la obra de arte aumenta cuando es más grande su contenido de verdad, y el valor lógico de la obra de ciencia cuando crece su contenido de belleza.

No diremos, por esto, que el arte debe subordinarse a la ciencia; su dominio es esencialmente emotivo y la emotividad precede a la lógica. Pero, sí, advertiremos que cuando llega a producir emociones de belleza concordantes con la verdad científica, la obra de arte re-

vela una condición superior, tanto por el caudal de experiencia que le sirve de fundamento como por las aptitudes imaginativas que el artista aplica a su elaboración.

No debe sorprendernos, por consiguiente, que los más grandes artistas hayan realizado esfuerzos admirables para acercarse a la verdad. Y cuando el poeta sabe describir caracteres, es psicólogo; y cuando el músico armoniza tonos y ritmos, es físico; y cuando el pintor logra animar paisajes, es naturalista; y cuando el arquitecto coordina moles y líneas, es matemático. Hay una verdad en los actos, en los sonidos, en las perspectivas, en las proporciones, y sólo es obra artística grande y valedera la que crea valores estéticos en concordancia con esos valores lógicos.

En todo conocimiento humano, siempre relativo, los criterios de verdad pierden su rigidez a medida que se apartan de la experiencia inmediata. Cuando una hipótesis gana en amplitud, abarcando más latos dominios de experiencia, disminuye la posibilidad de su demostración; esto quiso expresar Pascal repitiendo que la misión del hombre no es hallar la verdad, sino buscarla. Palabras dignas de ser recordadas cada vez que abordamos un tema inagotable, sin que por ello podamos sustraernos al deseo de reflexionar sobre él.

II. — LA LOCURA EN LA CIENCIA Y EN EL ARTE

En los límites forzosos que la discreción señala a una conferencia, trataremos de examinar algún aspecto de este interesante problema: la relación que ha existido entre las concepciones artísticas y científicas de la locura. O, por decir mejor, cómo ha expresado el arte algunas formas de este gran infortunio que priva al hombre de sus funciones más complejas.

En los últimos años del siglo que muere, los estudios psicológicos han tomado una orientación técnica, en su doble aspecto clínico y experimental; sus métodos son, sin duda, dignos de ser cultivados con asiduidad, pues permiten efectuar un análisis de las funciones psíquicas, incompleto todavía, pero ya menos inseguro que el de los dialécticos y más legítimo que el de los animis-

tas. Pero conviene no olvidar que el análisis es insuficiente para darnos una idea integral de la personalidad humana, por cuanto ésta se presenta siempre a nuestra observación como un conjunto funcional, es decir, como un carácter manifestado por una conducta.

Siempre merecerán sitio de honor, como grandes psicólogos, ciertos escritores que tuvieron especial perspicacia para observar y describir caracteres humanos, desde el clásico Teofrasto y su comentarista La Bruyére, verdaderos precursores de una vasta bibliografía contemporánea que, con ser técnica, no revela, por lo común, tan alta agudeza de ingenio.

El incremento actual de las disciplinas psicológicas ha puesto de relieve el valor de la patología para ilustrar algunos procesos que son inaccesibles por el método estrictamente experimental; sabido es que Morel, Charcot y Maudsley han señalado rumbos nuevos, por los cuales marcharon, con éxito desigual, Ribot, Lombroso, Morselli, Janet y cien más, completando con los datos de la psicología mórbida ciertas conclusiones de la normal.

Un resultado de tales estudios ha sido el interés con que muchos psicólogos y alienistas han releído las obras clásicas de la literatura universal, buscando en la descripción de ciertos caracteres humanos un antecedente autorizado o una comprobación legítima de las modernas conclusiones de la psicología. Con ésto ha venido a probarse que muchos artistas fueron a la vez admirables observadores, de Eurípides a Dante, de Shakespeare a Goethe, de Cervantes a Moliére; en sus obras podemos estudiar toda la gama anormal que oscila entre las pasiones y la locura, con la ventaja de estar ciertos rasgos mejor acentuados en la obra de arte que en la realidad misma.

Nadie podrá olvidar a Fedra o a Francesca cuando estudie las pasiones, ni prescindirá de Argan cuando analice el neurasténico; el recuerdo del rey Lear y de Don Quijote será constante en quien estudie la locura. No son, ciertamente, "cuadros clínicos perfectos", pero a pesar de sus imperfecciones se elevan a inmensa altura psicológica sobre las "historias" que suelen recogerse en los manicomios. Lo que pierden en exactitud, lo ganan en intensidad. Es innegable que expresan con hon-

do y eficaz realismo el desbarajuste de la mente enferma, aun apartándose de la realidad, tal como la observan los alienistas; la firme acentuación de algunas aristas típicas suele compensar la vaga indecisión de otras, no menos esenciales. Pero en esa misma impureza sólo debemos ver los defectos de las cualidades; esos fantasmas creados por la imaginación estética alcanzan un valor sugerente y emotivo más profundo, si cabe, que los enfermos reales en cuya observación han sido inspirados. Nos impresionan por la verdad contenida en su belléza; pero es verdad idealizada, valor lógico transmutado en valor estético.

III. — EL REY LEAR

Vasto material ofrece el arte a la curiosidad de los alienistas; desde hace un cuarto de siglo se explota ese filón, que parece inagotable. En los últimos años el desarrollo de los estudios psicopatológicos ha influído, a su vez, sobre la producción literaria; es visible que no los han ignorado autores de tan diversa escuela como Zola, Ibsen y Bourget. Pero, al mismo tiempo, ha nacido un género de crítica científica aplicada a las obras de arte y a los artistas, cuyos exponentes heteróclitos oscilan entre Guyau y Nordau, tan mesurado aquél como éste injusto.

Otro es el género de reflexiones a que aplicaremos nuestra curiosidad. No vamos a juzgar a los autores por las obras, sino a emprender el análisis de ciertos caracteres artísticos, comparándolos con la realidad clínica, sin olvidar, empero, que la verdad no se presenta en el arte como en la ciencia.

Es, por decirlo así, una verdad cálida y transfigurada, capaz de evocar la realidad intuitivamente, bajo la forma de emoción estética. Su valor lógico es menor que el de la verdad cristalina y fría que determina la ciencia; pero sería absurdo pedir al arte más de lo que puede dar, en un terreno que no es el propio, olvidando cuanto puede y sabe ofrecernos en otros en que domina incontrastado.

Ningún poeta igualó a Shakespeare en la pintura de caracteres humanos; no podríamos nombrar otro que le

haya excedido en la observación de la realidad. Y precisamente en su obra, como en Macbeth y Hamlet, vemos que los hechos asumen un valor casi simbólico, rodeados de circunstancias propicias a toda resonancia ideológica y emocional. Es seguro que un ignorante rey de Escocia, por el año mil, no podía decir cosas muy profundas sobre el valor de la vida y el sentido de la historia; poco probable es, asimismo, que un loco príncipe de Dinamarca mostrara un profundo sentido filosófico. Es Shakespeare quien habla por boca de ambos, mas no por eso pierden ellos sus singulares aristas psicopáticas.

Analizando uno de sus caracteres — El Rey Lear — percibiremos la convergencia de los valores estéticos y los valores lógicos, del arte y la ciencia. Y tal vez pensemos, al terminar, que toda obra artística contiene un oculto tesoro de verdad, como en toda gran obra científica se descubre un aletazo de belleza.

Nunca podremos asistir sin emoción a las patéticas escenas en que nos muestra Shakespeare la trágica desventura de Lear. El viejo rey de Britania ha malquerido a la mejor de sus hijas, la dulce y cariñosa Cordelia, para preferir sin reservas a las primogénitas Gonerila y Regana. El más cruel desengaño premia su predilección; un día se ve rechazado por las malvadas que le vejan sin piedad.

Enloquecido por la doble afrenta a su autoridad y a su corazón, sólo encuentra asilo en las tiendas de la buena Cordelia, reina de Francia, que ha inducido a su esposo a enviar un ejército en defensa de Lear; pero las suertes de la guerra son infaustas y el viejo rey es vencido en una batalla que determina su captura y su muerte.

Todas las figuras del drama están admirablemente abocetadas. Cada personaje es un modelo de carácter, con sus luces y sus sombras, impelido siempre por la fatalidad de un temperamento nativo que se sobrepone a los influjos del medio social, de la educación. Pero, entre todas, magnífica y trágica es la figura del gran Rey, ora repujada en detalles analíticos de una fineza insuperable, ora definida en golpes de conjunto que dan su síntesis en un gesto, en una meditación, en un desplante.

Desde su presentación queda Lear definido: viejo vanidoso y autoritario, sensible a la adulación de Gonerila y Regana. Le ofende la sencillez leal y respetuosa de Cordelia; quiere ser adulado, aunque le mientan. Como los más de los viejos, posee un egoísmo que es mezcla de fatuidad y reblandecimiento; las malas hijas, engañándole, consiguen inducirle a renunciar la corona. Su petulancia puede más que la desconfiada avaricia, a punto de creerse tan adorado que podrá conservar la autoridad después de perder el trono.

Toda la psicología de la vejez está sintetizada en los primeros actos del personaje shakespeariano. Perdida la noción efectiva del propio valor, el desgraciado Lear se considera venerable, casi divino; la verdad leal que asoma en labios de Cordelia, le ofende; la zalamería hipócrita le encanta. Su sentido crítico ha desaparecido, junto con su larga experiencia; no tiene ya noción de la relatividad, olvida que es hombre y vive entre hombres, cree ingenuamente que los jóvenes pueden ser monigotes ciegos que se mueven al ritmo de sus palabras, como si las canas le hubiesen transformado en oráculo.

Inspira compasión, sin duda, su triste odisea ulterior, cuando, destronado ya, advierte que es un huésped desagradable en casa de Gonerila y se ve rechazar sin piedad en la de Regana. Su propio bufón, un loquelo, le atormenta con refranes y chistes que son el reproche del buen sentido a los errores de su amor propio insensato. Así, poco a poco, sin perder cierta majestad y rectitud propia del antiguo rango, se inicia en Lear el proceso de la locura, por el conflicto entre su voluntad de conservarse ecuánime y los arranques apasionados de su vanidad herida. Comprende que ese choque de la razón con el sentimiento va a enloquecerle, lo teme, lo grita; tiene conciencia de la desventura que le amenaza, pero en vano lucha contra ella, enmohecidos ya por la edad sus engranajes cerebrales. El agotamiento progresivo y la emotividad mórbida le impelen hacia una incoherente confusión, en que se mezclan el deseo de venganza contra sus hijas malvadas y el arrepentimiento de haber ofendido a la virtuosa; y la tempestad estalla cuando, después de vagar, el piadoso Kent le invita a entrar a una cabaña y él se niega, para desahogar bajo el

cielo impasible su ansiedad y su delirio, sus furores y sus alucinaciones.

En el siguiente acto rueda por la llanura próxima a Dover, adornado con yerbas y florecillas de las praderas. Así habla, después, desde el lecho en que Cordelia le brinda reposo y ternura, consiguiendo que por un instante se disipen los fantasmas de su imaginación y concilie el sueño. Tiene momentos de lucidez y de afectividad, todavía: como al despertar, rodeado de cariño, cuando dice a Cordelia: "...Me ultrajáis, arrancándome a la tumba... Tú eres un alma bendecida; pero yo estoy atado a una rueda de fuego y mis lágrimas corren como plomo derretido..."

Esos momentos de ternura y dolor hermosean la personalidad de Lear, la entibian de simpatía; hay en sus palabras frecuentes arranques conmovedores, que hacen olvidar al viejo autoritario y vanidoso. Son rugidos de fiera herida, acorralada por sus perseguidores; su eficacia estética aumenta cuando el espectador recuerda que son las propias hijas del desgraciado las causantes de su desventura inmensa.

Sin ese hervor afectivo, Lear sería totalmente antipático; su lucidez del corazón, por decirlo así, pone bellas notas de contraste en su personalidad.

Es culminante aquella nocturna escena en la soledad, cuando un rey, un bufón y su escolta cansada, aparecen nivelados por el mismo destino en la inmensidad trágica de la noche: Lear, en esa hora, compadece a los demás que con él sufren y a todos los que penan en las tinieblas. Habla como un filósofo. Es impresionante ese rey, rodeado de vagos y harapientos, pobre y loco él mismo, cuando se eleva sobre la realidad que le rodea para criticar la injusticia humana y decir su sentencia sobre las fatalidades del destino.

Igualmente expresiva es la aparición del rey errante en las campiñas de Dover, que en medio de su delirio conserva un sentimiento de justiciera autoridad que le induce a juzgarse a sí mismo; y es tocante la breve escena de su curación junto a Cordelia, al son de una dulce música, a punto de hacer sospechar que la agitación delirante habría podido ser una pasajera crisis de ira más bien que la explosión de una demencia.

Después que Lear dobla su temblorosa rodilla ante

la hija con que fué otrora injusto, la desgracia vuelve a cernirse sobre él. Conmueve, ya prisionero, al loar con palabras fervorosas a la criatura gentil. Hace helar las sienes cuando, teniéndola entre sus brazos, se rinde a la muerte, fatigado, como si en ella buscara la única quietud compatible con su mente desequilibrada para siempre: "No fastidiéis su sombra... dejadle morir... El aborrecería a quien quisiera retenerle entre los suplicios de este mundo".

A pesar de algunas incoherencias clínicas — que no amenguan la belleza estética del personaje — Lear queda como uno de los monumentos psicopatológicos más firmes de la historia literaria.

Es cierto que sobrevive demasiada afectividad en su alma de viejo, siendo que las canas refinan los sentimientos egoístas: lo es, también, que revela demasiada lucidez mental durante la noche tempestuosa, a punto de sugerir que el desequilibrio ha dado a Lear un ingenio que acaso no tuviera antes; y no lo es menos que la curación sentimental es demasiado optimista en quien acaba de errar delirante y alucinado. Pero todo ello es la justa concesión que el arte puede hacer a la verdad, en homenaje a la gran belleza plástica del arquetipo, necesariamente distinto de la realidad, como que está destinado a durar mientras ésta pasa.

Su locura es una agitación maníaca que posee a toda su personalidad, alternándose el delirio, la confusión mental, el furor. Lear no tiene falseadas algunas notas de su registro, conservando incólumes las restantes, como ocurre en Don Quijote; ni tiene la lucidez intelectual perfecta que nos mostrará Hedda Gabler, junto al desbarajuste de su vida afectiva. Realiza el tipo corriente de la "locura a gran orquesta"; por eso nos servirá como término de comparación con la locura parcial o monomaníaca, o con la locura moral absolutamente lúcida, más interesantes las dos para el psicólogo.

Es evidente que Hamlet es una creación de más alto valor psicológico; Lear no tiene su perspicacia filosófica, ni su duda atormentadora. Hamlet es un psicasténico modelo, con sus disociaciones de la personalidad y su descenso de la tensión psicológica, lleno de obsesiones y fobias, instable de carácter, con sentimientos contra-

dictorios, degenerado superior, dubitativo, simulador de la locura.

Hamlet, que ha desesperado a tantos comentadores, es más interesante para los psicólogos que para los alienistas... Su rasgo básico es la abulia. Para toda acción voluntaria se requieren el deseo, la deliberación, el esfuerzo; en el loco príncipe el deseo es instable, la deliberación indecisa, el esfuerzo casi nulo. Su idea fija, obsesionante, es vengar la muerte de su padre; tiene el humor negro, con vagas ideas de suicidio; cree que la vida es insulsa y sin encantos, indigna de ser vivida. Su reacción frente a la realidad es puramente intelectual, pero desorientada. Vive en duda perenne; duda de todo, de los demás y de sí mismo, de su propia obsesión. Es desconfiado y cauto, sospechando siempre algo terrible más allá de lo que ve y comprende; suspicaz y astuto, presiente lo que se trama contra él y se defiende a tiempo. Tiene estallidos de antipática ira, es cínico a veces, mata de miedo; en otros momentos parece manso y sereno. Nunca se descuida y los sucesos le hallan alerta; gasta su energía mental en un inquieto meditar, que al fin altera las fuentes mismas de su afectividad. Y más bien que delirante sistematizado, se nos presenta como un psicasténico, de cuya complejidad mental fluye el secreto de su extraordinaria poesía.

Cuán distintos, también, Otelo y Macbeth, que llegan a la locura por vías divergentes: la pasión de los celos y el terror del arrepentimiento. La locura del Rey Lear es de otra cepa.

La de Macbeth es trágica y terrible. Desde que las brujas encienden en su corazón la ambición del mando, hasta que su mujer le empuja al crimen con palabras irresistibles, se prepara la tragedia psicológica que culmina en el asesinato del rey. Una lucha angustiosa desgarra a Macbeth en el momento decisivo, entre la obsesión del poder y el reproche de su conciencia. Esa lucha continúa en el curso de toda la tragedia, partiendo en dos su juicio y su corazón, en un verdadero desdoblamiento de la personalidad; su yo vacila y cambia a cada instante, ya cuando le asaltan las alucinaciones de la sombra de Banco, ya cuando padece los vértigos que obligan a pensar en la epilepsia. Y a su lado, siniestra, actúa la histérica Lady Macbeth, que en sus accesos de

sonambulismo se denuncia y se traiciona, reproduciendo las escenas del tremendo delito.

Frente a ellos el Rey Lear se nos presenta con los atributos más simples, pero también más inequívocos de la locura: agitación en la conducta, delirio en los razonamientos, alucinaciones en los sentidos, disolución demencial en la personalidad. Por todo ello su derrumbe psíquico es más brusco y ruidoso que el de Hamlet o Macbeth, sin que en momento alguno podamos dudar del diagnóstico de su locura: sencilla, sin sutilezas, sin claro-obscuros.

IV. — HEDDA GABLER

Mucho habréis leído en estos últimos años acerca de ciertos desequilibrios que ocupan las fronteras de la locura sin tener sus síntomas fundamentales. La percepción es normal, sin que se observen alucinaciones; la lógica se conserva rigurosa, está exagerada a veces, excluyendo el proceso mórbido irracional que llamamos delirio; el nivel mental no ha disminuído, nada hay que se parezca a la demencia. Y, sin embargo, nada más distinto del tipo medio humano, llamado normal, que la mentalidad de los neurópatas de todo género, particularmente de los histéricos y los amorales, los obsesionados y los psicasténicos.

Es un dominio intermedio entre la psicología y la psiquiatría, poblado por personalidades mórbidas que ya no adaptan su conducta al medio social en que viven, pero cuyos actos no imponen todavía la reclusión en un manicomio. Su perspicacia para razonar es causa del infortunio propio y del ajeno; su inteligencia puede exceder en lucidez a la de sus parientes y amigos, que están, sin embargo, obligados a soportar las consecuencias funestas de sus sentimientos y de sus actos antisociales. En ellos la locura no es desequilibrio de la razón, sino de la vida afectiva y de la voluntad; piensan bien, pero quieren mal; hablan bien, pero obran mal.

No es raro tropezar con personalidades semejantes en las obras maestras de la literatura; pero en los últimos años encontramos algunos análisis psicológicos más perfectos en ciertos autores que, como Ibsen, pueden con-

siderarse destinados a pasar a la posteridad como verdaderos clásicos.

Se ha dicho, en su elogio, que Ibsen ha construído los personajes descollantes de sus dramas teniendo presentes los resultados de las modernas investigaciones psicológicas; como Balzac, Zola, Daudet, Dostojewsky y otros, habría él comprendido que las concepciones artísticas deben fundarse en la observación de la vida real, sin perjuicio de idealizar después la realidad misma, despojándola de sus atributos menos generales y vistiéndola con el ropaje de las síntesis armoniosas. Es así como ha forjado algunos caracteres que parecen representativos o simbólicos de todo un género, conciliando lo real y lo ideal en formas de equilibrio estético que satisfacen al mismo tiempo al deseo de verdad y al anhelo de perfección.

Entre los grandes tipos ibsenianos ocupan lugar prominente las mujeres; en ellas, al revés de la pasada moda romántica, suelen hallarse encarnados ciertos sentimientos egotistas y antisociales circulados profusamente bajo la influencia de Stirner y de Nietzsche. Su tipo más acabado nos lo ofrece, sin duda, *Hedda Gabler*, personaje que siente y obra enfermizamente, aunque su lucidez mental es tan perfecta, tan lógica, que vive tiranizando y afligiendo a todas las personas que están obligadas a soportar su convivencia.

Hedda es una desequilibrada y tiene ciertos caracteres psicopáticos de la mujer delincuente. Hija de un general y educada en un medio propicio, han florecido en ella todas las inclinaciones abusivas y despóticas; tiene de mujer el sexo, a pesar suyo; hace gala de ser fuerte y masculina, cabalga, tira la pistola, se esfuerza por mostrar una indomable voluntad viril.

Hedda era desde niña una verdadera deficiente moral; en la escuela aterrorizaba a sus compañeras con pequeñas violencias y vejámenes mortificantes. Se entretiene, después, en algunos amorcillos arriesgados, sin salvar de ellos otra cosa que su virtud física; cuando ésta peligra bajo las instancias audaces de Erberto, ella despide al calavera descerrajándole un pistoletazo. Una vez se descuida y resuelve casarse con un modesto hombre de ciencia, Jorge Tesmann, que con sus méritos y virtudes aspira a mejorar su rango social. Ella no se

equivocó nunca creyendo que eso fuera amor; él se equivocó suponiendo que el carácter de la virago, minado por la psiconeurosis y por sus hábitos, podría modificarse al dulce calor de su ternura o de la maternidad.

Aparece en escena exhibiendo en cruel desnudez su helado corazón. Carece de afectividad y de simpatía, se irrita por las más leves contrariedades, todas las personas la estorban, nada la complace; sus actos y sus palabras convergen a demostrar que goza haciendo sufrir a los demás. Han pasado pocos meses de su matrimonio y no oculta que ya está aburrida. Le incomoda la felicidad ajena. Erberto se ha casado con su amiga Thea; ella no les perdona que sean felices.

Conspira contra la tranquilidad de todos, poniendo en cada palabra una gota de veneno. Resbala a imprudencias morales cuando se encuentra con el viejo galanteador Brack; incurre en actos delictuosos cuando roba a Erberto sus manuscritos más preciados. Es simuladora, casquivana, instable; cada mañana amanece con deseos nuevos, con caprichos diferentes. Su conciencia moral es más voluble que su temperamento; muéstrase a veces torpe, floja, sin iniciativa, y en otros casos impetuosa y apasionada, prefiriendo por sinrazones, obrando por sacudidas.

Su inteligencia es lúcida, a punto de justificar sus aspavientos de mujer superior; pero esa misma cualidad, que algunos podrían mirar como una excelencia, es la causa de sus más hondos desequilibrios, pues no guarda simetría con su falta de sentido moral. Esa es la característica de los degenerados mentales, hombres o mujeres; el desbarajuste de su vida afectiva coexiste con una capacidad razonante que desconcierta, aumentando sus aptitudes para la práctica del mal.

Algunos celebran en Hedda la "mujer fuerte", como si la superioridad femenina mereciera ser confundida con la inadaptabilidad moral; mujer fuerte es la que sabe amar más, la que es mejor compañera, la que es mejor madre, la que es mejor ciudadana, la que posee en más alto grado los sentimientos necesarios para aumentar la felicidad de los que la rodean, en el hogar y en la sociedad, pues de ello depende su propia dicha. Si además de esas virtudes posee la mujer una inteligencia superior y una firme personalidad, tanto mejor

para ella y para los demás, lo mismo que si posee una alta ilustración o si es capaz de bastarse a sí misma por su esfuerzo. Pero estos atributos, que embellecen un carácter moral y equilibrado, centuplican la perversidad de los caracteres inafectivos; nada hay más lamentable que la inteligencia puesta al servicio del mal, nada más funesto que la superioridad en los refinamientos del vicio y de la mentira.

Hedda Gabler es el personaje representativo de todo un género de mujeres que miran el matrimonio como la emancipación de la tutela paternal y no vacilan en darse sin amor, pensando de antemano en traicionar el vínculo que no sellan con un latido de su corazón. Ruedan al azar de las circunstancias imprevistas, costean peligros, marcham al borde de todos los precipicios; y cuando la herencia patológica mina su carácter, como es frecuente, ninguna resistencia logran oponer a las tentaciones del vicio y del delito. La fallta de ocasión puede hacerlas vivir en una aparente honestidad, pero carecen de las fuerzas morales que son indispensable sostén de la virtud. Con más frecuencia se depravan a medias, desmenuzan su moral, la gradúan, como si la lucidez de su entendimiento refinara con artes malsanas todo lo que puede concederse al vicio salvando las apariencias y eludiendo las responsabilidades.

Hedda, envidiosa, no mata con su propia mano a Erberto que hace feliz a Thea; pero con infame consejo lo empuja al suicidio y le regala la pistola con que habrá de solucionar las dificultades que ella misma le ha creado. Cuando la víctima se descerraja un tiro, cediendo a su instigación, Hedda ofende la pena de todos declarando que ese es un bello y noble acto, digno de elogio.

Su estado neuropático se exalta y aumenta su inquietud frente a la vida que transcurre sin variedad; ni intrigas ni crímenes logran vencer su aburrimiento. En esas horas vuela su imaginación hacia las pistolas, las buenas pistolas del general Gabler, con que sus manos suelen jugar como si fueran sortijas. El anuncio de su futura maternidad no despierta en ella sentimientos nuevos; carece del instinto que embellece toda la vida de la mujer. Y no sintiéndose con alma de madre, pier-

de la única esperanza de renovación sentimental que podría alentar su existencia.

Así, protestando siempre de su aburrimiento, despreciando a los que la rodean, llega a la única solución lógica de su vida, el suicidio. Cansada de tanto descargar contra otros sus pistolas, un día apunta una de ellas sobre su propia sien y cierra el drama, llevándose consigo al propio hijo a quien es incapaz de dar vida.

Suele culparse corrientemente de esos desequilibrios femeninos al histerismo, como si la gran neurosis que dió fama a la Salpétriére fuera la causante de todo lo que es anormal en la mentalidad de la mujer. No es exacto el diagnóstico, sin embargo. Hedda Gabler no es una histérica; no hay en todo el drama un solo dato que obligue a creerlo. La instabilidad mental de las histéricas depende de disociaciones parciales de la personalidad, exaltada o inhibida por una idea fija, por una autosugestión, por una ammesia. Todo ello puede alterar el equilibrio de la personalidad moral, desvencijar la voluntad, pero la personalidad moral existe, rica de sentimientos, capaz de pasión, fácil a las emociones. La histérica puede tener una afectividad mórbida; Hedda Gabler tiene una ausencia de afectividad. La histérica suele ser una enferma sentimental; esta dama suicida es una simple idiota del corazón.

V. — LA PSICOLOGÍA Y LA CRÍTICA

El arte es un fenómeno condicionado por la naturaleza y por la sociedad, en cada tiempo y lugar. Desde Taine hasta Guyau se ha completado ese concepto, que, sin ser totalmente nuevo, ha conseguido al fin penetrar en la conciencia de los críticos, otrora limitados a la rumiación gramatical y filológica, cuando no a estudios biográficos cuya homogénea inutilidad oscilaba entre la diatriba y la apología.

Por un proceso natural, la crítica naturalista y sociológica ha tendido a integrarse con la psicológica. En efecto, lo que se mueve en la naturaleza y en la sociedad, es el hombre; sus ideas y sus sentimientos nacen y actúan en función del medio, pero tienen por sí mismos la virtualidad congénita del temperamento, impregnado por la herencia y expresado en el carácter.

Si los artistas han interpretado caracteres humanos, la crítica de éstos puede hacerse con el concurso de la psicología; y si esos caracteres no son normales, entrando como Lear, a los dominios de lo patológico, o manteniéndose en sus fronteras como la Gabler, será de provecho oir el juicio de la patología mental para valorar sus méritos.

Así ha nacido una crítica médico-psicológica, cuyos primeros frutos atestiguan su importancia. Son memorables los estudios de Charcot y Richet sobre los demoníacos en el arte, continuados hasta hoy en la revista de sus discípulos: *Nueva Iconografía de la Salpetriere.* Algunos atisbos hay en los "problemas de la estética contemporánea", de Guyau, y no pocas observaciones valiosas en *El Hombre de Genio,* de Lombroso, y en *Degeneración,* de Nordau. Los tipos criminales en el arte y en la literatura han sido estudiados por Ferri, Maus, Lefort y Alimena; los alienados por Ireland, Porena y Régis. Es interesante señalar que Shakespeare ha dado los materiales más copiosos para este género de críticas, habiéndole consagrado monografías especiales Ireland, Renda, Ziino, Del Greco y D'Alfonso. Los degenerados y criminales del infierno dantesco inspiraron una bella monografía de Nicéforo; el profesor Debove estudió algunos personajes sobresalientes de Moliére; Patrizi los de Goncourt; Leggiardi Laura y Graf los de Manzoni; Laschi los delincuentes aristocráticos y financieros que actúan en las obras de Balzac, Lemaitre, Zola e Ibsen; Longo los bandidos de Schiller y algunas siluetas femeninas de Ibsen; Pi Molist la locura de Don Quijote; Salillas los delincuentes en la novela picaresca.

Los autores contemporáneos han sido objeto de particular atención, dado que muchos de sus personajes han sido inspirados por estudios técnicos de patología mental. En las novelas de Zola han buscado con provecho Lombroso y Ferri. Los personajes de Ibsen han sido estudiados por Geyer, desde el punto de vista médico. Schuré ha analizado la lucha entre el sentimiento y la voluntad en algunos tipos de Ibsen y Maeterlinck. Más recientes son las valiosas notas de Sciamanna, Sighele y Ferri sobre los tipos alocados y delincuentes de las obras de D'Annunzio.

Se dirá, y es justo, que la sociedad no se compone solamente de caracteres representativos, deduciéndose

de ello que no basta analizar el temperamento individual para comprender la historia. Pero no olvidemos que el arte no la ha reducido a un simple juego de caracteres, dando muchas veces una importancia primordial a los factores psicológicos colectivos.

Fué tan intensa la participación de las multitudes en la vida griega, que a nadie sorprende el sitio que ellas ocupan en el arte, ya contemplemos el libro de la homérica Iliada, ya nos detengamos en la obra de sus trágicos mayores. Frente a los muros de Troya suele el juicio de la asamblea decidir la suerte de los héroes; en Sófocles y Esquilo son los sentimientos del coro los que orientan el desenlace de la tragedia. Después, por siglos, los hombres representativos ocupan lugar más eminente que las multitudes en las obras de arte y el análisis de los caracteres individuales es preferido siempre al de la mentalidad colectiva. Pero en los últimos años, como reflejo, acaso, de las concepciones sociológicas que agitan el mundo contemporáneo, las multitudes han vuelto a reaparecer en el teatro y en la novela, pesando con sus pasiones sobre el desenvolvimiento de los sucesos.

Frente a la literatura individualista, que Ibsen representa con personajes simbólicos como *El Enemigo del Pueblo,* se desarrolla una literatura social que procura afirmar los derechos de la sociedad sobre el individuo. Los dos géneros son profundamente realistas los dos merecerían llamarse experimentales; la vida social es en efecto, una lucha constante entre el individuo, que intenta romper en beneficio propio el equilibrio del conjunto, y la colectividad, que se esfuerza por subordinar al interés de todos las inclinaciones particulares de cada uno.

No entraremos aquí en distinciones, si justas, inoportunas, entre los fenómenos psicoiógicos colectivos y la particular mentalidad de las reuniones accidentales que se llaman multitudes. Es seguro que aquéllos son normales y forman parte de la vida habitual de las sociedades, mientras que la segunda presenta caracteres verdaderamente anormales, en cuanto se traducen por resultados que no equivalen a los caracteres psicológicos de sus componentes.

Sólo podemos señalar, ya que el tiempo nos falta para su análisis, tres géneros de grandes multitudes que

se mueven en las novelas de Zola. *Germinal*, episodio de la vida en las minas, muéstranos la multitud apasionada y por momentos criminal. *La débacle* pinta en páginas indelebles el contagio del pánico en un ejército en derrota. *Lourdes* exhibe los estragos que el fanatismo produce en las multitudes religiosas.

Hay en ellas copioso material de observaciones para ilustrar las doctrinas sobre psicopatología colectiva expuestas por Taine, Sighele, Tarde, Le Bon, Rossi y tantos otros escritores que han sabido explorar la zona de interferencia entre los estudios psicológicos y los sociológicos. Pero también es legítimo pensar que esas doctrinas científicas pueden prestar un valioso concurso a la crítica, si ésta se propone fundar lógicamente la validez de sus sentencias.

Lo poco que hemos dicho basta para comprobar el tema de esta conferencia: *el arte, en sus creaciones más expresivas, ha forjado grandes tipos psicopáticos cuyo análisis puede ser de utilidad para los cultores de la patología mental.*

Así como tantos artistas contemporáneos han buscado en la ciencia una inspiración o un consejo, para poner más vida y más emoción en sus creaciones, no será inútil que los hombres de ciencia pidamos al arte su inspiración y su consejo, cuando ha sido arte humano, arte social y psicológico al mismo tiempo, y no hueco verbalismo de retóricos o de sofistas. Si el arte es digno de su nombre, será hermano siempre de la ciencia, completando con el vuelo de la imaginación los resultados fecundos de la experiencia. La verdad y la belleza son factores convergentes hacia la ideal perfección.

LA LOCURA DE DON QUIJOTE

LA LOCURA DE DON QUIJOTE (1)

No iban erradas las palabras que dijo el bachiller Sansón Carrasco acerca del gusto que tomaban las gentes de toda edad a la incomparable historia de las aventuras de Don Quijote. Es seguro que ningún alienista puede leerla sin sentirse tentado de anotar detalles que dicen relación con su singular locura; asombra la penetración con que Cervantes la analiza y la comprende, aparte de tal o cual contradicción psicológica subordinada a las necesidades novelescas del relato. Va para un siglo que el ilustre Esquirol le prestó su alta sanción en breves palabras: "Se encuentra en Don Quijote una descripción admirable de la monomanía que vino en casi toda la Europa, después de las cruzadas"; y es sabido que otros alienistas han celebrado, más tarde, en páginas expresivas, la perspicacia médico-psicológica del manco inmortal.

Fácil es, por cierto, hallar en su obra elementos de juicio para estudiar la locura de Alonso Quijano. No es un loco reconcentrado y taciturno, sino explicativo y locuaz; en todo halla ocasión para esparcirse, opinando a pelo y a redopelo. Desde que se acendra su afición por la lectura de libros de caballería, las personas que le frecuentan advierten en él los primeros síntomas de una preocupación exaltada; al fin se manifiesta en actos, con la resolución de salir en busca de aventuras.

El ama refiere al cura, más tarde, que de tiempo atrás "le había oído decir, muchas veces, hablando entre sí, que quería hacerse caballero andante, e irse a buscar aventuras por esos mundos"; y cuando el hidalgo regresa maltrecho, pidiendo que llamen a la sabia Urganda para que le cure y cate de sus feridas, confiesa el ama que todo lo ocurrido era de esperar: "¡Mira, en hora mala, si me decía a mí bien mi corazón del pie que cojeaba mi señor! Suba vuestra merced en buen hora; que sin que venga esa urgada le sabremos aquí curar. ¡Malditos,

---

(1) Conferencia pronunciada en 1900 en el Centro de Estudiantes de Medicina.

digo, sean otra vez, y otras ciento estos libros de caballerías, que tal han parado a vuestra merced!" Conocíanse, como se ve, el principio de la enfermedad y las causas que la habían determinado; pues, por su parte, la sobrina, no se detuvo en confesar al barbero: "mas yo me tengo la culpa de todo, que no avisé a vuestras mercedes de los disparates de mi señor tío, para que los remediaran antes de llegar a lo que ha llegado, y quemaran todos estos descomulgados libros; que tiene muchos que bien merecen ser abrasados como si fuesen de herejes".

El proceso inicial de su locura es lento; la lectura de los fabulosos libros actúa sobre su temperamento predispuesto, poco a poco. Y que le harían daño bien pudo predecirlo el cura de su lugar, cuando se entretenían los dos en discutir sobre si fué mejor caballero Palmerín de Inglaterra o Amadís de Gaula, siendo este último el que Quijano tomaría particularmente por modelo de sus propias imaginarias hazañas.

Su salida, con el bobalicón de Sancho, no fué ocurrencia imprevista; Quijano hablaba siempre de lo mismo — cada loco con su tema — hasta que "del poco dormir y del mucho leer se le secó el celebro de manera que vino a perder el juicio". Con eso "se le llenó la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de encantamiento como de pendencia, batalla, desafío, heridas, requiebros, amores, tormentos y disparates imposibles".

La causa inmediata de su locura fué, en suma, la constante sugestión de los pícaros libros; pero de seguro que ellos no le hubieran trastornado si no estuviese predispuesto, como no trastornaron al cura que, sin duda, los leía también, pues tenía autoridad para discutir sobre el mérito singular de los paladines. Pero en Quijano fallaba algún resorte cerebral. Ello le inducía a mirar como realidades las patrañas escritas, a punto de que "se le asentó de tal modo en la imaginación que era verdad toda aquella máquina de aquellas soñadas invenciones que leía, que para él no había otra historia más cierta en el mundo". Fué así que su delirio se constituyó poco a poco, sistematizándose en torno de una idea central, que era por una parte la de imitar la gesta de los andantes caballeros y por otra la de luchar con ellos y vencerlos; y vino, al fin, "a dar en el más extraño pensamiento que jamás dió loco en el mundo, y fué, que le pareció con-

venible y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de la república, hacerse caballero andante e irse por todo el mundo con sus armas y caballo a buscar las aventuras, y a ejercitarse en todo aquello que él había leído que los caballeros andantes se ejercitaban, deshaciendo todo género de agravios, y poniéndose en ocasiones y peligros, donde acabándolos cobrase eterno nombre y fama".

Monomanía, pues, tal como hace un siglo la denominó Esquirol. Merece notarse la justeza de su desarrollo progresivo, tan propio de estos que ahora llamamos "delirios sistematizados"; pero, en rigor, es un poco tardía la edad de cincuenta años a que aparece en el enjuto hidalgo.

Su primera salida no señala el comienzo de su locura, sino el momento en que el delirio influye sobre la conducta y se manifiesta en actos. Los primitivos soliloquios van a ser suplidos desde ese momento por copiosas explicaciones y las noches de mal velar por atropellos de que habitualmente le tocará la peor parte.

* * *

No es disimulador, no sabe defenderse ocultando su delirio, como los monomaníacos aleccionados por la experiencia. Hace ostentación de su disparatería, y en términos tales que cuantos tienen algo que ver con él, comprenden que está loco; los más para reirse, y algunos para perdonarle. El ventero andaluz, con quien tropezó a las primeras de cambio, tenía ya algunos barruntos de la falta de juicio de su huésped y confirmó su opinión cuando acabó de oir las razones del hidalgo; y como era un poco socarrón, "por tener que reir aquella noche, determinó de seguirle el humor". No con tanta impunidad como pensaba, sin embargo; pues cuando el hidalgo se puso a velar las armas junto al pozo y tuvo incidentes de lanzadas con los arrieros, arremetieron éstos para vengar a los heridos y vióse en aprietos el ventero porque no corriese más sangre y "daba voces que le dejasen, porque ya les había dicho como era loco y que por loco se libraría aunque los matase a todos". Cuantos le ven y le escuchan, después, comprenden que tanta máquina de necedades era movida por demasiada falta de juicio. El mismo Sancho, que en parte a veces se contagiaba de sus

oraterías, cuando hubo de ir en embajada a Dulcinea, no pudo menos de reflexionar: "Este mi amo, por mil señales he visto que es un loco de atar, y aun también yo no le quedo en zaga, pues soy más mentecato que él, pues le sigo y le sirvo"; reflexión que no es única, porque alguna vez, esperanzado en dar con un talego lleno de doblones, dice al escudero del Caballero del Bosque: "y el rato que en esto pienso, se me hacen más fáciles y llevaderos cuantos trabajos padezco con este mentecato de mi amo, de quien sé que tiene más de loco que de caballero". Ratifica más tarde este juicio en presencia de la Duquesa: "y lo primero que digo es, que yo tengo a mi señor Don Quijote por loco rematado; puesto que algunas veces dice cosas que, a mi parecer, y aun de todos aquellos que le escuchan, son tan discretas y por tan buen carril encaminadas, que el mesmo Satanás no las podría decir mejores; pero, con todo esto, verdaderamente y sin escrúpulo, a mí se me ha asentado que es un mentecato". Pero Sancho no revela mucha firmeza en su apreciación; si a veces afirma, otras duda, y no pocas defiende la cordura de su amo, demostrando creer en ella casi todas las veces que con disparatadas promesas halaga sus esperanzas de aventajamientos materiales.

* * *

Todos reconocen, por lo común, que su locura es parcial y sistematizada; su lucidez de espíritu asombra en ciertos razonamientos y en ningún instante hay desmedro de su personalidad moral. Con razón le observa el Cura a Cardenio: "otra cosa hay en ello; que, fuera de las simplicidades que este buen hidalgo dice, tocantes a su locura, si le tratan de otras cosas, discurre con bonísimas razones, y muestra tener un entendimiento claro y capaz de todo; de manera que, como no le toquen sus caballerías, no habrá nadie que le juzgue sino por de muy buen entendimiento". Esa causa nos explica las dudas que inquietan a Don Diego de Miranda, el caballero del Verde Gabán, discreto personaje que no se decide a tener por loco a quien tan bello discurso le espeta sobre la poesía, ni por cuerdo a quien imagina ser verdaderas las historias de caballerías; "todo atento a mirar y a notar los hechos y las palabras de Don Quijote, pareciéndole que

era un cuerdo loco, y un loco que tiraba a cuerdo", pues como ignoraba la primera parte de su historia no sabía el género de su locura y "ya le tenía por cuerdo, ya por loco; porque lo que hablaba era concertado, elegante y bien dicho, y lo que hacía, disparatado, temerario y tonto". Sólo inclinó su juicio, al fin, la superlativa locura del reto a los leones, que le dejó pasmado y confuso.

No es de sorprender que la ruidosa monomanía de grandezas perturbara el hidalgo en la apreciación de cuanto en torno suyo acontecía o con su locura se relacionaba. Con igual firmeza cree celada de finísimo encaje su media celada de cartón, como tiene a su mal rocín por superior al Bucéfalo de Alejandro y al Babieca del Cid; y cuando encuentra a una señora que va en coche a Sevilla, por princesa la ha y por encantadores a los frailes que la acompañan; y la venta de Palomeque el Zurdo se le imagina castillo; y la doncella, princesa que "a furto de sus padres, vendrá a yacer con él una buena pieza"; y el agujero del pajar por donde ella le llama, ventana del castillo, y aun con doradas rejas.

Sus ilusiones son innumerables y no le dan reposo un solo día. En la venta, que juzga castillo, observa cuatro torres y chapiteles de luciente plata, sin faltarle su puente levadizo y la honda cava; son graciosas damas, naturalmente, las mujeres del partido. El porquero que toca su cuerno para recoger la piara se le antoja "algún enano que hacía señal de la venida del caballero" y áureo "encantado yelmo de Mambrino" la bacía de azófar del barbero lugareño. Pero entre todas sus ilusiones de la vista, más clásica es la que llevóle a confundir los molinos de viento con desaforados gigantes y los rebaños de carneros con ejércitos que iban a reñir batalla, motivando la estrepitosísima aventura, tan semejante a la de Ayax — que en un paroxismo de locura degolló un rebaño de carneros vociferando que mataba a Agamenón, a Ulises y a Menelao — según se imagina en la conocida sátira de Horacio.

Tales ilusiones persisten en toda la psicopatía del hidalgo, con más tenacidad que las alucinaciones; éstas abundan al principio, pero a poco se hacen raras, lo que no deja de ser anómalo desde el punto de vista psiquiátrico. No se ha señalado, que sepamos, ese hecho singular, por el cual la monomanía de Don Quijote se convierte a

poco andar en lo que hoy se llama: "delirio de interpretación", caracterizado por interpretaciones delirantes no acompañadas de alucinaciones de los sentidos.

Al principio, sin embargo, las alucinaciones abundan. La sobrina cuenta a maese Nicolás "que muchas veces le aconteció a mi señor tío estarse leyendo en estos desalmados libros de desventuras dos días con sus dos noches; al cabo de los cuales arrojaba el libro de las manos y ponía mano a la espada, y andaba a cuchilladas con las paredes; y cuando estaba muy cansado, decía que había muerto a cuatro gigantes como cuatro torres; y el sudor que sudaba del cansancio, decía que era sangre de las feridas que había recibido en las batallas; y bebíase luego un gran jarro de agua fría, y quedaba sano y sosegado, diciendo que aquella agua, era una preciosísima bebida que la había traído el sabio Esquife, un grande encantador y amigo suyo". Este acceso maníaco y alucinatorio es análogo al que le acomete mientras el cura y el barbero hacen el escrutinio de los caballerescos libros, pues oyen que Don Quijote clama desde su aposento: "¡Aquí, aquí, valerosos caballeros! ¡Aquí es menester mostrar la fuerza de vuestros valerosos brazos; que los cortesanos llevan la mejor del torneo!"; y al cura que se esfuerza por tranquilizarle, explica su demasiada fatiga: "ferido no, pero molido y quebrantado no hay duda en ello, porque aquel bastardo de Don Roldán me ha molido a palos con el tronco de una encina". Y son alucinaciones también, aunque del oído, las que en presencia de los rebaños le hacen oir "el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines, el ruído de los atambores", mientras el cauteloso Sancho afirma no oir otra cosa que tímidos balidos de ovejas y carneros.

* * *

Sobraba todo ello para alterar la conducta del manchego, poniéndole en perpetua exaltación, rayana a veces en furor; no dudando jamás de su fuerza física ni de su infalibilidad de criterio, como tampoco de su misión extraordinaria contra follones y encantadores, su arrogancia y tenacidad tocan en la ceguera misma: "Yo sé quién soy, y sé que puedo ser, no sólo lo que he dicho, sino los doce Pares de Francia, y aun todos los nueve de

la Fama, pues a todas las hazañas que ellos todos juntos y cada uno por sí hicieron, se aventajarán las mías''. No sorprende que con tal alta idea de sí mismo, diga y haga los mayores absurdos. Después de la batalla con el vizcaíno, pregunta a Sancho si ha visto caballero más valeroso en todo lo descubierto de la tierra; cuando se apresta a tomar venganza de los yangüeses que han apaleado a Rocinante, contesta al escudero que no importa su mucho número pues vale él solo más que ciento, y así le cuesta su bravata; y cuando va, maniatado, en la jaula, espeta al Canónigo el siguiente elogio de sí mismo, acaso el más hiperbólico de cuantos frecuentemente brotaban de sus labios: ''Caballero andante soy, y no de aquellos de cuyos nombres jamás la fama se acordó para eternizarlos en su memoria, sino de aquellos que, a despecho de la misma envidia y de cuantos magos crió Persia, bracmanes la India, ginosofistas la Etiopía, ha de poner su nombre en el templo de la inmortalidad, para que sirva de ejemplo y dechado en los venideros siglos, donde los caballeros andantes vean los pasos que han de seguir, si quieren llegar a la cumbre y honrosa alteza de las armas''.

Pensando así, no podían arredrarle potencias humanas, mágicas, salvajes, ni infernales. Humanos eran los treinta y tantos desaforados gigantes contra los que arremetió y humano el escuadrón de Alifanfarón en que se entró en auxilio de Pentapolín del arremangado brazo; mágicos los batanes, cuyo pavoroso retumbar en la noche solitaria soportó hasta que llegada el alba emprendiese la aventura, mientras Sancho se ponía a maloler y motivaba la escena tragicómica no exenta de caballeresca dignidad; salvajes las potencias de la más desatentada aventura — y de todas, a fe, la más gloriosa — cuando abre la puerta a los leones, con épica y espantadora insensatez: ''¿Leoncitos a mí? ¿a mí leoncitos, y a tales horas?; pues, por Dios, que han de ver esos señores que acá los envían, si soy hombre que se espanta de leones''. No sorprende, en fin, que quien no teme a los hombres, a los vestiglos y a las fieras, la quiera emprender con el demonio mismo, cuando cree que éste es quien le ha sacudido con vejigas el jumento, en la ocasión de toparse amo y criado con la bojiganga de Angulo el Malo.

Ese exaltado heroísmo se turna con verdaderos accesos

de furor maníaco, como en la pelea contra los cueros de vino o en la función de los títeres, y también cuando Cardenio vierte sombras sobre el honor de la reina Madásima, y otras más veces en el curso de las aventuras. Esos raros episodios de confusión mental, o de enfurecida ceguera, no alteran sin embargo el rasgo esencial de su psicopatía: la lucidez en el razonar, que en toda oportunidad persiste, dando vigoroso relieve a sus interpretaciones delirantes. En pocos, muy pocos momentos, el hidalgo olvida la lógica de su delirio; así cuando los Duques le sientan a su mesa y Don Quijote escucha con severa dignidad los reproches que le hace el eclesiástico, tratando de locuras sus ideas y sus actos. ¿Cómo lo tolera? ¿Quijote es, por un momento, Quijano? ¿O será que el fausto del medio y el rango de los personajes pueden más que su delirio mismo, y le imponen cierta humilde continencia que nunca gasta con personas de alcurnia inferior? No es simple respeto por la autoridad, pues jamás la tuvo por la seglar ni por la eclesiástica, aunque con esta última no halló ocasión de reñir como con la otra; pero el hecho es que quien a campo abierto soltaba malandrines y forzados que marchaban a galeras, en casa de los duques parece recobrar un instante la cordura de su antiguo estado y soporta el responso más cejijunto que nunca atormentara los oídos de caballero alguno.

* * *

Habría que transcribir cien párrafos para dar idea total de los síntomas y manifestaciones psicopáticas que analiza Cervantes en la novela. Aunque todas se desenvuelven en torno de la monomanía caballeresca, dos merecen especial mención, por su manera de exteriorizarse y por su valor clínico particularmente significativo.

Primera es la erotomanía, en que se expresa el amor de imaginación pura, llamado amor platónico. Fuerza es decir que, independientemente de Dulcinea, el síntoma existe en Don Quijote como simple consecuencia de su megalomanía. Siendo tan alta la idea de su propia superioridad, encuentra natural que las mujeres todas se prenden de él y muy a su pesar; así cuando oye el canto de la Altisidora, da el caballero un triste y grande suspiro de condolencia por la infeliz que de él presume

enamorada: "¡Que tengo de ser tan desdichado andante, que no ha de haber doncella que me mire, que de él no se enamore!" Es el mismo erotómano que había desengañado con apuestas palabras a la hija del ventero, suponiéndola enamorada también: "Y si del amor que me tenéis halláis en mí otra cosa con que satisfaceros que el mismo amor no sea, pedídmela; que yo os juro por aquella ausente enemiga dulce mía, de dárosla en continente, si bien me pidiésedes una guedeja de los cabellos de Medusa, que eran todas culebras, o ya los mesmos rayos del sol, encerrados en una redoma". Ese sentimiento erotomaníaco es, como vemos, un aspecto particular de las ideas de grandeza que perturban su personalidad; es el complemento de la monomanía caballeresca, pues caballero sin dama no había alguno que tuviese aventuras en las crónicas de caballería que le traían desvencijado el magín. Por eso cuando Vivaldo le insinúa que pudo haber caballeros que no estuviesen enamorados, el hidalgo repone con presteza que "eso no puede ser; digo que no puede ser que haya caballero andante sin dama, porque tan propio y natural les es a los tales ser enamorados, como al cielo tener estrellas; y a buen seguro que no se haya visto historia donde se halla caballero andante sin amores; y por el mesmo caso que estuviese sin ellos, no sería tenido por legítimo caballero, sino por bastardo, que entró en la fortaleza de la caballería dicha, no por la puerta, sino por las bardas, como salteador y ladrón". Justo fué que quien tal pensaba no emprendiese sus andanzas sin antes votar sus aventuras a una dama fantástica; tanto lo es que él mismo no está bien seguro de haberla amado, pues cuando despide a Sancho en Sierra Morena, para que le lleve una carta de amores, dícele con vaguedad: "hará poco al caso que vaya de mano ajena, porque, a lo que yo me sé acordar, Dulcinea no sabe escribir ni leer, en toda su vida ha visto letra mía ni carta mía, porque mis amores y los suyos han sido siempre platónicos, sin extenderse a más que un honesto mirar, y aún esto tan de cuando en cuando que osaré jurar con verdad que en doce años que ha que la quiero más que a la lumbre destos ojos, que ha de comer la tierra, no la he visto cuatro veces y aun podrá ser que destas cuatro veces no hubiese ella echado de ver la una que la miraba". He ahí, en un solo párrafo, toda la

psicología del erotómano, característica, inconfundible; amor de la imaginación, sin la menor complicidad con los sentidos. Y como Sancho se atreviera a deducir, en casa de la Duquesa, que ni Don Quijote ha visto a Dulcinea, ni es ésta más que una "dama fantástica" que el hidalgo engendró y parió en su entendimiento, el amoroso caballero no se decidió a mentir al rebatirle: "En eso hay mucho que decir. Dios sabe si hay Dulcinea o no en el mundo; o si es fantástica o no es fantástica; y éstas no son de las cosas cuya averiguación se ha de llevar a cabo. Ni yo engendré ni parí a mi señora, puesto que la contemplo como conviene que sea: una dama que contenga en sí las partes que puedan hacerla famosa en todas las del mundo, como son: hermosa sin tacha, grave sin soberbia, amorosa con honestidad, agradecida por cortés, cortés por bien criada, y, finalmente, alta por linaje, a causa que sobre la buena sangre resplandece y campea la hermosura con más grandor de perfección que en las hermosas humildemente nacidas".

Esos son relámpagos de relativa razón en su delirio. De ordinario, Don Quijote no duda de que ella existe y si dudara no fuese caballero, oponiéndose sobre tal punto al dudar del propio Sancho; y como éste a veces no es respetuoso, le impreca: "pues no lo penséis, bellaco descomulgado; que sin duda lo estás, pues has puesto lengua en la sin par Dulcinea. Y ¿no sabéis vos, gañán, faquín, belitre, que si no fuese por el valor que ella infunde en mi brazo, que no le tendría yo para matar una pulga? Decid, socarrón de lengua viperina, y ¿quién pensáis que ha ganado este reino, y cortado la cabeza a este gigante, y héchoos a vos marqués (que todo esto doy ya por hecho y por cosa pasada en cosa juzgada), si no es el valor de Dulcinea, tomando a mi brazo por instrumento de sus hazañas? Ella pelea en mí y vence en mí, y yo vivo y respiro en ella, y tengo vida, y ser."

Siendo tanto su amor, no es sorprendente que se acompañe del sufrir, que amor y pena son paralelos en la imaginación como en los sentidos. Por eso, apenas hubo salido de su casa, termina su soliloquio con palabras de amante dolorido: "¡Oh princesa Dulcinea, señora deste cautivo corazón! mucho agravio me habedes fecho en despedirme y reprocharme con el riguroso afincamiento de mandarme no parecer ante la vuestra fer-

mosura. Plégaos, señora, de membraros deste vuestro sujeto corazón, que tantas cuitas por vuestro amor padece''. Todas las veces que la alude, es con metáforas o mediante comparaciones, no gustándole descender a detalles precisos; así cuando la Duquesa le pide que se la describa, se limita a delamar que es pedirle imposibles, pues ni le bastaran los pinceles de Parrasio, de Timantio y de Apeles para hacerlo, ni los buriles de Lisipo para grabarla en tablas, en mármoles o en bronces, ni la oratoria de Cicerón o Demóstenes para alabarla.

Tal debía ser, por otra parte, para que le inspirase tan altos hechos y pusiese en su corazón tanto valor en la hora de defender su fama y primado. A los mercaderes toledanos los detiene con alaridos: ''Todo el mundo se tenga, si todo el mundo no confiesa que no hay en el mundo todo doncella más hermosa que la Emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso''; y en cien ocasiones, como cuando se cree tentado por Altisidora enamorada, jura y rejura que ninguna logrará sacar de su corazón el amor de Dulcinea, porque ninguna podrá con ella compararse en hermosura, gallardía, honestidad, linaje y discreción.

* * *

El otro aspecto de interés, entre los temas delirantes secundarios, es su certidumbre de conquistar reinos y tesoros, de los que promete sin cesar no poca parte al incauto Sancho. Verdad es que éste por momentos duda de que su amo es loco y desespera de alcanzar los paraísos terrenales prometidos; verdad, también, que a veces asoma en él cierta basta picardía que le lleva a tramar pequeños embrollos al hidalgo, cuando no se atreve, como en la escena famosa, a acogotarle en defensa propia y a amenazarle con poner sus burdas manos sobre las caballerescas mejillas. Pero son raros minutos. Por lo general, Sancho cree que su señor es andante caballero, espera el gobierno de una ínsula y sueña que a su Teresa Panza le vendrá mejor ser condesa que reina; él mismo se mueve dentro del mundo quimérico forjado por los delirios del hidalgo.

Sancho, además de sanchesco, es un delirante por sugestión; que de otro modo, y aun confesando a ve-

ces que a loco nadie le gana a su amo, no quedará un solo día con él, sabiendo, por testimonio de sus costillas, que en todas las aventuras le toca llevar la parte peor de la merienda. Quien le pela las barbas y quien le ablanda a puñadas; manteos para él y para él estacazos; las tundas más sonoras las recibe Sancho y suyas son las posaderas que buscan todas las coces. Sin embargo Sancho sigue fielmente al culpable, codicioso de las recompensas. Duda a veces de los hechos y cierto está con frecuencia de que su amo tiene los celebros desternillados; pero de sus promesas no suele dudar sino por acaso. Cuando el bribonzuelo de Pasamonte quiere hacer pedazos el yelmo de Mambrino, que Sancho recoge, es singular que el escudero avance sus opiniones hasta más allá de lo tolerable: "¡Vive Dios, señor caballero de la Triste Figura, que no puedo sufrir ni llevar en paciencia algunas cosas que vuestra merced dice y que por ellas vengo a imaginar que todo cuanto me dice de caballería y de alcanzar reinos e imperios, de dar ínsulas y de hacer otras mercedes y grandezas, como es uso de los caballeros andantes, que todo debe de ser cosa de viento y mentira, y todo patraña o patraña, o como la llamáremos; porque quien oyere decir a vuestra merced, que una bacía de barbero es el yelmo de Mambrino, y que no salga de este crror en más de medio día, ¿qué ha de pensar sino que quien tal dice y afirma debe de tener huero el juicio?" Y está en razón, como que la bacía la lleva en el costal toda abollada, y la lleva para aderezarla en su casa y hacerse la barba en ella. Pero... Sancho cree, cree y espera. Sancho es el súcubo, está sugestionado por el hidalgo, que es su íncubo. Sigue creyendo, no sólo porque es débil de espíritu, sino porque le conviene creer. Y muchas son las veces que su imaginación se vuela por esas nubes de ínsulas y talegas, con tan candorosa fe que el más loco de los dos se atreve a reprenderle para que no se aparte de la realidad.

* * *

Es interesante la figura juvenil y picaresca del bachiller Sansón Carrasco, el improvisado psiquiatra que resuelve curar a Don Quijote, atento a que es del mismo lugar y condolido de su locura y sandez. Le aplica

el "similia similibus" a su modo, que es dando cuerda a su delirio en vez de llevarle inútilmente la contra. Caballero por fisga, sale él también a desfacer entuertos y en busca de aventuras. La primera salida no es afortunada para el Caballero del Bosque o de Los Espejos, que Don Quijote lleva por delante y deja maltrecho. Tuvo mejor suerte cuando reapareció en la playa de Barcelona, transfigurado en Caballero de Blanca Luna; procedió con tino el bachiller, a merced de ser más precavido en la elección de caballo.

Cuando se vió caído el hidalgo, y rendido al acero de su rival, pidió que le quitaran la vida ya que le habían privado de la honra. "Eso no haré por cierto — repuso el vencedor;—viva, viva en su entereza la fama de la hermosura de la señora Dulcinea del Toboso; que sólo me contento con que el gran Don Quijote se retire a su lugar un año, o hasta el tiempo que por mí le fuere mandado, como concertamos antes de entrar en esta batalla". Ningún procedimiento más ingenioso que valerse del propio delirio para inducir al loco a desistir de sus correrías; fué justo pensar que una palabra dada por el caballero, en su calidad de tal, y con reservas satisfactorias para la fama de su Dulcinea, sería la más segura prenda de cordura en los actos, ya que no en los razonamientos.

Desde ese momento se inicia en el de la Triste Figura una transformación de su personalidad delirante, más adaptada, por cierto, al curso de la novela que a la verdad clínica. No es de confundir este lento proceso con otros transitorios que antes han ocurrido en él. Cuando había quedado tendido en el suelo, apaleado por los mozos de mulas, habíase creído transformado en Baldovino; cuando el labrador Alonso le montó sobre el jumento, en Abindanarráez; y otra vez, en Reynaldos de Montalván, sin ser esas sus únicas metamórfosis durante las crisis de su agudo delirio.

De vuelta de Barcelona el cuadro cambia; es el núcleo central del delirio lo que se transforma, a la vez que pasa de la agitación a la melancolía, su delirio caballeresco se convierte en delirio pastoril. Y es pasando por el mismo lugar en que a la ida les atropellasen los toros, donde dice al escudero: "Este es el prado donde topamos a las bizarras pastoras y gallardos pastores que en él querían renovar e imitar a la pastoral

Arcadia, pensamiento tan nuevo como discreto, a cuya invitación, si es que a tí te parece bien, querría. ¡Oh Sancho! que nos convirtiésemos en pastores, siquiera el tiempo que tengo de estar recogido''. Desde ese momento se repiten las aspiraciones pastoriles y cuando llega a su hogar no piensa en Amadises sino en Filenos, poco en Orianas y mucho en Amarilis. El mismo Sancho se ve ya cantando a la luna sus cuitas, en egló-gicos vergeles poblados de pastores y de zagalas. Confesemos que esta transformación de la personalidad delirante es, de toda evidencia, absurda. Los monomaníacos sistematizados, pasan generalmente del delirio de grandezas al de las persecuciones; y a fe que en el caso de Quijote, después del lance en que le dominó el Caballero de la Blanca Luna, todo convergía a que se convirtiese en perseguido, explicando su vencimiento por las malas artes ocultas de sus enemigos los encantadores. Pero esa transformación era, novelescamente, la menos propia para precipitar el ya urgente desenlace; Cervantes no era ni tenía por qué ser alienista, sino hombre de letras de su tiempo, lo que explica sobradamente que en pleno contraste con el delirio nacido en un género literario, mostrase otro nacido en el género opuesto. Y no sería osado suponer que si fué su ánimo inicial poner en solfa los libros de caballería, al fin quiso, con igual ánimo, marcar con el mismo estigma los de bucólica.

Con sus nuevas ideas, que tanto desconcertaron al Ama y a la Sobrina, como a los amigos Cura y Barbero, el hidalgo regresó a su lugar, pero tan acabado por los desabrimientos y melancolías que se le arraigó una calentura, suficiente para tenerle en el lecho seis días. Su imaginación decae entonces *a la par de su físico*; las mismas quimeras bucólicas del viaje parecen interesarle de menos en menos, como si la flaqueza del organismo se negara ya a soportar el peso de tanto desatino.

* * *

Llegamos así a la escena final, la más discutible, clínicamente, de todo el libro, aunque no de las menos bellas y conmovedoras desde el punto de vista literario. Después de un profundo sueño de seis horas, no despierta Don Quijote, sino Alonso Quijano; por este misterioso

fenómeno de curación repentina, el hidalgo reniega de todas las ideas delirantes que constituyeran su monomamía. Con el juicio libre y claro reconoce los disparates y embelecos que pusieran en su magín los libros fatales: "Ya soy enemigo de Amadís de Gaula y de toda la infinita caterva de su linaje; ya me son odiosas todas las historias profanas de la andante caballería; ya conozco mi necedad y el peligro en que me puse por haberlas leído; ya, por misericordia de Dios, escarmentado en cabeza propia, las abomino". Los que le rodean no están seguros de que ésta no sea una nueva dirección de su locura, pero al fin se resignan a comprender que el bueno de Quijano ha vuelto a su juicio y le preparan la confesión y el testamento. En vano Sancho — que no está curado de las sugestiones del amo — vuelve a hablar de ellas; en vano el bachiller, entre piadoso y desconfiado, suelta algunas palabrejas, para poner a prueba al hidalgo. Este se ha curado, y tan en demasía, que llama al orden a sus asombrados amigos: "Señores, vámonos poco a poco, pues ya en los nidos de antaño no hay pájaros hogaño. Yo fuí loco, y ya soy cuerdo; fuí Don Quijote de la Mancha, y soy agora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno".

No es admisible, en verdad, este género de curación de la monomanía, ni después de dormir, ni antes de la muerte. Un delirio maníaco agudo, que de pronto viene, puede irse bruscamente, y no es raro que tal suceda. Pero un delirio sistematizado que poco a poco se organiza y transforma gradualmente la personalidad del enfermo, nunca puede extinguirse de tan feliz manera, ni aun en trance de bien morir.

Sobre este último punto adhirió Cervantes a una creencia popular muy difundida, que sólo tiene apariencias de verdad. Es exacto, en efecto, que muchos locos dejan de expresar locuras en sus últimas horas de vida; pero ello no significa que recobran la razón, sino que su actividad mental se suspende poco a poco. Ese proceso, es harto sabido, comienza por disolver las adquisiciones más recientes de la personalidad, es decir, las más "racionales", persistiendo las más antiguas, que son las instintivas. En esas condiciones, las ideas delirantes desaparecen antes que los instintos relacionados con la vida orgánica y aun con los sentimientos familiares. El aliena-

do no recobra, pues, su razón normal, se limita a perder su razón anormal; no vuelve a la cordura, pasa a la demencia, tal como ocurre en la evolución natural de todos los delirios sistematizados. Una piadosa interpretación sugiere que los delirantes se vuelven cuerdos antes de morir, siendo así que todo se reduce a la pérdida de la capacidad de delirar.

* * *

Tal es, ante la crítica médico-psicológica, el valor de la obra inmortal en que piensan y actúan, en perpetuo contraste, las figuras del hidalgo y del escudero. Al comenzar su lectura parece una historia cómica, cuyos protagonistas mueven a risa; después, insensiblemente, es forzoso encariñarse con ellos, amarlos, con todas sus locuras, con todas sus necesidades. Al fin, sufre el lector ante las torpezas de los cuerdos que forman la sociedad picaresca en que el Hidalgo da rienda suelta a su monomanía de justicia.

Nobles o villanos, sacerdotes o laicos, los que se burlan del andante caballero suelen ser moralmente inferiores a él, todos viven de abusos, de injusticias, de parasitismo; y el libro, sin decirlo, resulta una crítica profunda de la sociedad de su tiempo y de los sentimientos que ella estimulaba en el común de los hombres.

Mísero obrero de la pluma, Cervantes pensó su libro en una cárcel, preso por deudas; bajo el disfraz de la novela su obra parece un gemido de la experiencia, el lamento de quien ve estrellarse sus ideales contra la realidad. Su reir es desgarrador, porque parece burla de los propios ensueños, de los mejores impulsos del ánimo generoso. Bajo su risa hay una verdad profunda, verdad de todos los tiempos, verdad que vibra perenne en el corazón de cuantos persiguen un ideal y sufren el incesante choque de la incomprensión ajena.

El arte, en vez de limitarse a reproducir la realidad, la transfigura y la idealiza, la expresa en símbolos. En los primeros poetas se hermanaban con la belleza el saber y la moral; los cantos de Homero y de Hesiodo contenían toda la ética y toda la ciencia de su tiempo, como la contienen Dante y Shakespeare, Cervantes y Goethe.

El arte por el arte es forma hueca, flor de invernácu-

lo, que pronto se agosta al contacto del aire y del sol. El arte es humanidad y para la humanidad, nace y muere con las libres corrientes de la vida; es grito de lo mejor o hacia lo mejor, deducido de la realidad misma. Y es tanto más admirable el genio literario, más duradera su obra, cuanto más humanidad contiene, palpitante, "vida viviente", llena a la par de verdad y de belleza, fundiendo en una misma síntesis los valores lógicos del pensamiento y los valores estéticos de la forma, lo real de la experiencia y lo ideal de la imaginación.

LA PSICOPATOLOGÍA DE LOS SUEÑOS

LA PSICOPATOLOGIA DE LOS SUEÑOS (1)

I. Los sueños y las supersticiones animistas. — II. Los sueños proféticos ante la psicología. — III. Criterios y métodos para estudiar los sueños. — IV. Los sueños en las especies y en los individuos. — V. Psicología de los sueños. — VI. Los sueños y las alucinaciones. — VII. Valor clínico de los sueños en las neurosis. — VIII. Valor clínico de los sueños en patología mental.

I. — LOS SUEÑOS Y LAS SUPERSTICIONES ANIMISTAS

Cuando el estudioso recorre las páginas de Spencer, Tylor, Lubeck, Lafitau, Letourneau, encuentra que el origen de la creencia en espíritus sobrenaturales, capaces de influir sobre el destino de los hombres, tiene sus primeras raíces en los sueños. Su rol, considerable en los pueblos primitivos, es muy importante en las civilizaciones antiguas, según podemos apreciarlo en la literatura oriental y griega; hoy mismo las "claves de los sueños" ocupan lugar preferente en la biblioteca de las clases mentalmente inferiores. En los pueblos bárbaros y en la Edad Media se atribuyó a los sueños una importancia que apenas podemos sospechar; ciertas leyendas que fueron puntales de religiones, la creencia en seres fantásticos e inverosímiles, las visiones de los místicos, algunas manifestaciones extrañas del arte primitivo, han sido, ciertamente, elaboradas con recuerdos de sueños. La visión profética es un sueño más o menos coherente, que deja su rastro vívido en un cerebro sobreexcitado o enfermo; acaso el Apocalipsis de San Juan no fué más que un largo sueño, capaz de perturbar durante siglos la conciencia de la cristiandad.

Estudiándolos con criterio filosófico parece imponerse la conclusión sugerida por la etno-psicología: la idea de la supervivencia después de la muerte tiene

---

(1) Publicado en "Semana Médica" de Buenos Aires (Febrero de 1900) y en "Revue de Psychologíe" de París, 1900.

su origen en los sueños. El proceso mental que lleva a la formación de esa creencia se puede reconstruir sin dificultad. Supongamos que un hombre primitivo, sin hábitos de análisis introspectivo, ve aparecer durante un sueño a un muerto de su familia o de su amistad, y que ese ser amado va, viene, le habla, actúa como si aún viviese, recordándole sucesos y circunstancias en que otrora actuaron juntos; de todo ello se inclinará a deducir que ese ser no está muerto del todo, que algo de él sobrevive todavía, algo que no es un cuerpo destruído y marchitado, algo que vivía al mismo tiempo que el cuerpo, sin confundirse con él. Compuesto de imágenes poco intensas e instables, ese algo se le imagina como una forma vaga, una sombra, un doble, un alma, un espíritu, que al principio es concebido con los mismos atributos y necesidades del cuerpo mismo; por ello, en casi todos los pueblos primitivos, se acostumbra colocar alimentos y útiles personales en las tumbas, en el supuesto de que serán usados por el espíritu sobreviviente.

Esa noción de algo distinto del cuerpo ha podido simultáneamente formarse en el hombre ignorante por la simple observación de lo que le pasa mientras duerme, sirviendo de base a una serie de creencias que luego se han perpetuado indefinidamente; no pudiendo sospechar la irrealidad de los sueños ocurridos durante el dormir, se inclina a creer que existe una vida distinta de la que conoce al estar despierto. Observando que el cuerpo está inmóvil y aparentemente muerto durante el sueño, deduce que existe algo distinto e independiente, capaz de vivir, de vagar, de gozar y de sufrir sin que el cuerpo lo sepa, un espíritu, más o menos incorpóreo. Estas dos clases de reflexiones sobre los sueños convergen a formar la creencia en un alma inmaterial e inmortal, independiente del cuerpo durante la vida, sobreviviente al cuerpo después de la muerte.

Esta creencia no se desarrolla en un solo día ni en un solo hombre; repetida diez y cien veces, en miles de individuos, renovada sin cesar en centenares de generaciones se transforma y se depura; la grosera noción de una forma que sobrevive al cuerpo, con los mismos gustos y ocupaciones que tuviera en vida, se va aligerando de sus atributos materiales. Poco a poco se concibe que el

alma no necesita comer para vivir, que se mueve sin fatigarse, que atraviesa los obstáculos físicos, que se sustrae a las condiciones generales de la gravedad y de la mecánica; en esa vida aparentemente "superior" el alma se acerca a los dioses, con los cuales puede comunicarse, y se junta con las de sus antepasados, en lugares imaginativos: los Campos Elíseos y el Cielo, el Averno y el Infierno, lugares de recompensa y de castigo que tienen su equivalente en casi todas las religiones positivas.

Estas breves reflexiones sobre la influencia de los sueños en el origen de las creencias animistas y espiritualistas, bastan para hacernos comprender las innumerables fantasías supersticiosas que en todo tiempo han nacido de los sueños: no es de extrañar que los pueblos primitivos crean en su valor profético, suponiendo que cariñosos espíritus desmaterializados vienen a complicar la vida de los hombres durante el sueño, para hacerles conocer sucesos lejanos o futuros, cuando no para inducirlos a obrar de acuerdo con alguna misteriosa fatalidad de su destino.

Siendo tan grande la influencia de los sueños en el desenvolvimiento de las crencias religiosas, se comprende que una de las mayores habilidades sacerdotales haya consistido en el arte de interpretarlos. La "oniromancia" ha tenido siempre cultores y adeptos, además de poseer una rica bibliografía en todas las lenguas que han dejado monumentos literarios. De cómo han influído los sueños sobre la conducta de los hombres podríamos tener una idea decisiva analizando los trágicos griegos y los dramas shakespearianos, si no abundaran datos en los poemas religiosos más orgánicos, como la Biblia y el Korán.

II.—Los sueños proféticos ante la psicología

Los sueños han sido más propicio campo a la divagación supersticiosa que a la investigación fisiológica. Verdad es que Aristóteles les consagró su "Tratado de los sueños", Lucrecio el libro V. de su "De rerum" y Alberto el Grande el "De Somno et Vigilia"; después se ocuparon del tema interesantísimo Hobbes en el cap. III de "La Naturaleza Humana" y Descartes en la 1.a de

sus "Meditaciones". La lectura de esos trabajos, y de algunos otros menos significativos, deja, sin embargo, la impresión de que el estudio de los sueños se desprendía con esfuerzo de las patrañas primitivas, preparando observaciones psicológicas de mayor interés científico. Cabanis, Maine de Biran y Jouffroy dieron un paso adelante, aunque desde puntos de vista heterogéneos. Maury, a mediados del siglo XIX, puso los cimientos de investigaciones verdaderamente experimentales y clínicas, que se han continuado en los últimos años.

Justo es confesar, sin embargo, que mucha paja aparece mezclada en el grano. Después que Haller, Burdach y Muller escribieron páginas clásicas, después de haberse difundido los escritos de Taine, de Maudsley, de Vierordt, de Delbocuf, de Wundt y de otros más, psicólogos, asombra el copioso reflorecer de prejuicios y supersticiones, a veces autorizadas por la hábil dialéctica de sus expositores y siempre acogidos con fruición por los hombres de imaginación artística. Lo natural y lo maravilloso interesan sobremanera en la actualidad. El fin de este siglo ofrece el curioso espectáculo de un despertar de viejas corrientes místicas, que en su recientísimo libro "Il Misticismo Moderno" (1899) ha analizado agudamente E. Troilo, en el arte, en la filosofía, en la ciencia y en la vida.

Es conocido el rol trascendental atribuído a los sueños en todo el misticismo antiguo y moderno; su carácter profético ha sido tomado siempre en cuenta, especialmente en la vida de los santos, en las concepciones artísticas de los simbolistas y, finalmente, por los adeptos de algunas doctrinas espiritualistas contemporáneas. Sin embargo a la psicología — despojada de ciertos harapos metafísicos — le ha correspondido la misión de descifrar su génesis, sus modalidades y morbosidades, sometiéndolos a un análisis cada vez menos absurdo.

El amor a lo maravilloso ha jugado un gran papel en los llamados sueños proféticos; la historia de la medicina narra algunos casos, más o menos verdaderos. Sin embargo, la psicología tiende a extirpar la creencia en la posibilidad de sueños maravillosos; y, aunque aun carece de la ley que pueda englobar todos los fenómenos psíquicos, consigue casi siempre reducir a procesos co-

nocidos los fenómenos que otrora pertenecían al mundo de lo asombroso y suprasensible. Así demostró Max Simón que el presentimiento es el resultado de un juicio inconscientemente elaborado sobre los datos que hemos adquirido de una manera también inconsciente. Los sueños inspiradores, tan célebres en el arte y en la ciencia, no pueden ya considerarse maravillosos: la psicología los ha explicado hace tiempo con lo que llamó Schopenhauer "rumiación mental". y más recientemente, Hamilton, Carpenter y Sergi, "cerebración inconsciente". Los sueños proféticos podrían reducirse a muy pocos si se analizara con riguroso criterio histórico los casos que se citan; y esos pocos restantes carecen de la documentación necesaria para ser sometidos a la crítica científica. Los sueños reveladores existen realmente; pero son casos de simple coincidencia fortuita. Si se contaran los casos negativos al mismo tiempo que los positivos, se vería que la cifra de éstos es ridícula; no es extraño que cada individuo pueda contar que ha tenido un sueño revelador, si se piensa que, sobre 500, 1.000 o 10.000 sueños, es bastante probable que uno corresponda casualmente a un hecho que puede ser previsto. Todo el que tiene enferma de gravedad una persona querida, sueña muchas veces que le ocurre una desgracia; pero sólo recuerda y narra su profético sueño cuando la prevista desgracia se produce. En cuanto a los sueños telepáticos, el problema se presenta a primera vista con ribetes de veracidad por la "reclame" que a ese respecto mantienen los partidarios del espiritismo, el ocultismo, la teosofía, y otras modernas corrientes neomísticas. De Sanctis afirma que sobre más de 55 casos designados por los soñadores como extraordinarios o maravillosos, no ha encontrado uno sólo que, mereciendo el nombre de sueño telepático o revelador de un acontecimiento real, enteramente desconocido por el soñador, resista a la crítica científica. Las más de las veces se trataba de cuentos lacónicos, desprovistos de la documentación necesaria. Cuando ha tratado de pedir nuevos datos y explicaciones, sobre alguno de los hechos afirmados, o no se le ha contestado o los datos obtenidos no eliminaban la duda

En medio de esas quimeras, siempre renacientes, algunos psicólogos han intentado determinar las condiciones en que los sueños se producen y sus relaciones con

la actividad imaginativa en el estado de vigilia. Los trabajos de observación y experimentación, en el campo de la "onirología", han recibido recientemente poderoso impulso con las publicaciones de Maury, de Macario, de De Manaceine, de Radestock, de Max Simón, de Delboeuf, de Egger, de la Calkins, de Tissié, de Heervagen, de Beaunis, de De Sanctis, de Vaschide, de Freud, de Vold, y de otros muchos, que en libros y revistas han procurado determinar la psicofisiología de la actividad mental durante los sueños. Basta nombrar tantos autores para comprender que excedería a nuestro propósito el análisis de tan variadas monografías; deseamos, en efecto, ocuparnos de un tema algo distinto, la psicopatología de los sueños, es decir, de las condiciones en que ellos se producen en las enfermedades mentales y de su significación clínica en determinados procesos psicopáticos.

La ciencia y la filosofía, al desprenderse de las viejas preocupaciones del transcendentalismo místico creyeron dar muestra de prudente sabiduría diciendo al hombre: "Al levantarte, por la mañana, deja los sueños donde aparecieron, en el lecho; no te ocupes más de ellos". Y pareció, en verdad, que la frase estuviera impregnada de sabiduría, pues muchos sabios comenzaron a archivar las supersticiones relativas a los sueños, despreciándolos como visiones que no podían tener ninguna relación con la vida cotidiana, presente o futura del individuo, y que ni siquiera revelaban el carácter o los sentimientos de aquél que soñaba.

La psicología contemporánea ha reaccionado, sin embargo, contra ese desprecio que envolvía a los sueños y a su interpretación mística; lo justo es separar el fenómeno mismo de la falsa interpretación que se le diera en otros tiempos.

III. — CRITERIOS Y MÉTODOS PARA ESTUDIAR LOS SUEÑOS

La función de dormir permanece aún en la obscuridad. Es una función activa y no una simple compensación de la vigilia. Durante ella hay, sin duda, un retardo del metabolismo de los tejidos; el pulso, la respiración, la circulación, la temperatura están modificadas

(Mosso, Morselli, Bianchi, Fano, Patrizi, Vaschide). El dormir es una función de todo el organismo y no del cerebro solo, como muchos creen; es de orden cenestésico; su causa debe buscarse más en la periferia sensorial que en el centro.

Mosso ha querido explicar el dormir con la teoría vasomotriz, suplantada por la teoría tóxica, sostenida por Preyer y otros; ésta ha cedido, a su vez, al empuje de las nuevas teorías histológicas de Ruckardt, Cajal, Duval, Lepine, etc., basadas en el supuesto ameboidismo de las prolongaciones de las células cerebrales, es decir, la llamada "plasticidad de los neurodendros". Esta teoría parece reunir la mayor suma de confirmaciones en las experiencias recientes. Debe recordarse que Verworn considera el sueño como un fenómeno de inhibición, explicable mediante determinadas acciones químico-morfológicas. Recientemente Benjamín pretendió indicar en el cerebro humano el centro del sueño.

El soñar es un hecho natural de orden fisiológico; es un producto autóctono del organismo del soñador y, particularmente, de su cerebro. Lo mismo que las alucinaciones, los sueños son una representación y su existencia sólo es real como manifestación de actividad biológica del organismo que sueña. No son más que la historia viva del sueño cerebral. Nada hay, pues, de transcendental ni misterioso en los fenómenos oníricos; se elaboran sobre datos de la experiencia anterior, son provocados por excitaciones externas o internas, son conocidos por el sujeto mediante su memoria. Son hechos observables directamente en sí mismo e indirectamente en los demás por sus expresiones físicas; baste recordar que en bellos versos describió Lucrecio los sueños de los animales domésticos y que toda madre inteligente aspira a descifrar la salud de sus niños por los gestos y sílabas que acompañan a sus sueños.

Diciendo observación no excluímos la instrospección, que es uno de los tantos modos con que el hombre observa sus procesos psíquicos actuales, aunque con más frecuencia los datos de su memoria. Este importante detalle metodológico es más fácil de comprender tratando de los sueños, pues aunque decimos que cada uno conoce los propios instrospectivamente, sólo conocemos lo que de ellos recordamos al despertar. No hay, en este

caso, instrospección verdadera y actual, sino memoria de un proceso psíquico ya pasado.

Todo el que tiene curiosidad de observarse ha notado que los sueños se recuerdan muy claramente en los primeros segundos que siguen al despertar; en un brevísimo tiempo se olvidan, casi instantáneamente; por eso los psicólogos que desean analizarlos, toman la precaución de escribirlos inmediatamente. En algunos casos, sin embargo, su recuerdo reaparece tiempo después, cuando obran circunstancias particulares que permiten una asociación entre las sensaciones actuales y el contenido de los sueños. Algunos autores, como Egger, han objetado que ese procedimiento no está libre de errores, pues se producirían siempre olvidos parciales y la imaginación tendería a completar los fragmentos dispersos e incoherentes retenidos por la memoria. La objeción es, en general, exacta, pues resulta difícil separar los recuerdos puros de las reflexiones retrospectivas; pero es indudable que las personas cultas puedan hacer una distinción suficiente, que les permite, por lo menos, eliminar los casos de recuerdo inseguro.

De más valor parece la objeción fundada en la continuidad entre el sueño y la vigilia, que hace difícil fijar el momento preciso del despertar. El hecho es exacto para el despertar espontáneo, verdadera interferencia entre estados de sueño y de vigilia, cada vez más conscientes en su conjunto. En cambio la objeción no es válida para los casos de despertamiento repentino, por una causa exterior; es seguro que entonces persiste la memoria de lo que se estaba soñando y no cabe duda sobre la realidad del despertar. Digamos, a este propósito, que para ciertos autores sólo son recordables los sueños que se refieren al período de transición entre el dormir y el despertar; esta observación nos parece inexacta, porque muchos sueños terroríficos o eróticos se determinan por un despertar brusco, teniéndose un recuerdo clarísimo de todo el proceso precedente, sin que haya habido período transitivo entre los dos estados.

A pesar de sus deficiencias, el método introspectivo ha sido el más usual y aun se ha intentado someterlo a condiciones verdaderamente experimentales; así lo hizo Maury desde 1848, aunque sólo en 1861 reunió sus resultados en la clásica obra "Le sommeil et le réve",

que en español sólo podría traducirse "El dormir y el soñar", pues la palabra sueño expresa a la vez dos funciones muy distintas.

No entraremos a discutir si merece el nombre de método objetivo el que consiste en estudiar los sueños ajenos, ya sean espontáneos o provocados, pero que siempre requieren el autoanálisis y la memoria del sujeto; sólo se trata, en rigor, de una introspección indirecta. Más objetiva es, sin duda, la observación directa de los animales o de las personas soñantes, aunque ello sólo permite reunir datos sobre la expresión de los estados psíquicos y deducir de la mímica la naturaleza de los sueños.

También se ha usado el método de las encuestas, mediante formularios escritos, o interrogatorios verbales; algunas han dado resultados interesantes, sobre todo las de Child, Jastrow, Heerwagen, Titchener, Vold y Vaschide.

Los sueños, en fin, pueden ser provocados experimentalmente; son bien conocidos los trabajos de Beatti, Scherner, Maury, Spita, Mourly, Vold, etc. Las excitaciones pueden ser de índole emocional o sensitiva; entre las segundas, las que producen fenómenos oníricos más intensos y concretos, son las auditivas y olfativas. De Sanctis ha realizado experiencias notables, especialmente sobre niños, llegando a las siguientes conclusiones: 1.° — Es posible modificar o imprimir una dirección determinada a la actividad onírica de un durmiente, excitando sus órganos sensitivos (específicos o generales), siempre que la excitación sea suficiente para disminuir el grado de profundidad del sueño; 2.° — Las mismas excitaciones sensitivas no producen jamás sueños idénticos, ni aun en el mismo individuo; 3.° — El tono afectivo ligado a la excitación artificial es capaz de reflejarse sobre el sueño provocado, pero sólo cuando el organismo del soñador se encuentre en condiciones favorables; en caso contrario, la imagen de la excitación entra en el círculo asociativo cambiando su tono emocional y asumiendo el que corresponde en ese momento al estado orgánico del soñador; 4.° — El tono sentimental (placer o dolor físico) engendrado por la excitación sensitiva provocada puede, en el sueño, transformarse en su correlativo moral.

En muchas enfermedades psíquicas la provocación artificial de sueños puede ser de la mayor importancia y utilidad: la oniroterapia merece, sin duda, incorporarse de manera definitiva a la psicoterapia, pues en casos especiales podría conducir a buenos resultados. Ella podrá ser aplicada provocando en el sujeto que duerme o en el sujeto que está por dormir (período prehípnico) sensaciones especiales (principalmente tactiles, auditivas y olfativas), o bieu suministrándole sustancias químicas cuyos efectos cerebro-psíquicos durante el sueño sean de antemano conocidos. Al explicar este tratamiento, deberá procurarse utilizar durante la vigilia la memoria que conserva el sujeto de su sueño artificial, provocando oportunas sugestiones, de manera que el sueño misme sea el centro de nuevas asociaciones intelectuales y afectivas.

IV. — LOS SUEÑOS EN LAS ESPECIES Y EN LOS INDIVIDUOS

La función de soñar, como todas las demás del hombre, se ha desarrollado en el curso de la formación natural de las especies; tiene su filogenia. Los griegos sabían que los animales soñaban y se han referido a ello con frecuencia; Plutarco, en sus "Obras Morales", dejó páginas excelentes sobre el desenvolvimiento mental de los animales. Es indudable que la frecuencia e intensidad de los sueños varían en cada especie de acuerdo con su desarrollo mental; pero nuestra capacidad de apreciarlas está limitada a las especies domésticas o cautivables, cuyos estados mentales podemos juzgar por sus medios de expresión. Todos hemos vistos soñar gallinas, perros o caballos, y con frecuencia hemos apreciado el contenido de sus sueños por ciertos gestos relacionados con sus funciones o emociones habituales; cuando un perro sueña que está comiendo su expresión no es la misma que cuando sueña con escenas que le intimidan. Los cuidadores de caballos de carrera, viendo que un caballo duerme agitado, dicen unas veces "sueña que está corriendo", otras "sueña que come", otras "sueña con yeguas", etc.; y otros sujetos del mismo oficio coinciden en que una u otra apreciación es inequívoca. Las mujeres que crían perros falderos distinguen si éstos

tienen sueños agradables o pesadillas, no vacilando en despertarlos en el segundo caso. Podríamos multiplicar estas observaciones y repetir otras muchas acumuladas por los especialistas en psicología comparada.

Se comprende que al estudiar los sueños en los animales el hombre no puede ir más allá de una apreciación de estados emotivos o de funciones frecuentes. Los animales no hablan y no pueden referirnos el recuerdo de sus sueños, por intensos que ellos sean. Por eso habrá que limitarse siempre a apreciaciones conjeturales sobre el contenido mismo de sus sueños. Es legítimo suponer que, en las especies animales, a un mayor desenvolvimiento mental corresponde una posibilidad de sueños más complejos y variados.

En el hombre, la función de soñar se desenvuelve en la experiencia individual, tiene una ontogenia. El niño no sueña lo mismo que el adulto, ni éste que el anciano; aparte, naturalmente, de que todos los individuos presentan variedades individuales en la función de soñar.

Los niños sueñan, por lo general, desde la edad de cuatro años; sus sueños son tanto más expresivos cuanto mayor es su inteligencia. Los tontos y los deficientes comienzan a soñar muy tarde y sus sueños se resienten de la poca vivacidad de sus psiquis; en cambio los niños precoces y vivaces son grandes soñadores, correspondiendo a la fantasía un rol importantísimo en sus visiones oníricas. El contenido habitual de los sueños suele relacionarse con hechos recientemente ocurridos al estar despiertos; la persistencia del recuerdo es proporcional a la emotividad de los sujetos, aunque depende, en parte, del tema del sueño.

Respecto de los sueños en los adultos, Hervaagen fué el primero en estudiar las relaciones entre la profundidad del dormir y la riqueza del soñar. Encontró que la mujer duerme menos profundamente que los hombres en general, y, en particular, que los estudiantes; las mujeres sueñan mucho más que los hombres, siendo sus sueños más variados o imaginativos. Ello puede atribuirse a que el hombre por la índole de sus ocupaciones, tiene mayor fatiga física y por consiguiente duerme con más profundidad; en esas condiciones la actividad subcons-

ciente es menos fácilmente recordable, teniendo en cuenta que sólo conocemos los sueños recordados.

Esa misma explicación podría convenir para el hecho de que los sueños son más frecuentes en las horas que preceden al despertar; en realidad no serían más frecuentes, sino más recordables, aunque la actividad cerebral sea la misma durante todo el tiempo que se duerme. De Sanctis, en sus "Estudios clínicos y psicológicos sobre los sueños" (1899), ha aplicado el método de la encuesta en doscientos sujetos, llegando a las siguientes conclusiones: sueñan más las mujeres que los hombres; en las primeras, los sueños son más vivaces que en los segundos; éstos tienen sueños más complicados y extraños que aquéllas; el recuerdo del contenido de los sueños es mayor en las mujeres que en los hombres; el contenido se relaciona con los hechos de la vigilia en un ochenta por ciento de los sueños. La mitad de los hombres sueña poco, el cuarenta por ciento sueña amenudo y el diez por ciento no tiene conocimiento de sus sueños; la tercera parte de las mujeres sueña siempre, la mitad muy amenudo, doce por ciento pocas veces, nueve por ciento no sueña.

En la vejez, como es natural, la actividad onírica disminuye y al mismo tiempo se debilita la memoria de los sueños; a medida que avanza la edad, aunque el dormir se torna menos profundo, los sueños son menos frecuentes; se dice que los bruscos cambios atmosféricos influyen mucho para que los viejos sueñen. Es importante señalar que el contenido de sus sueños consiste en imágenes de hechos antiguos, lo que confirmaría la noción corriente de que primero se pierden las memorias más recientes, persistiendo en cambio las más viejas.

Las variedades individuales son tan infinitas como los caracteres mismos. Cada sujeto sueña con su propio capital de imágenes y conocimientos, como que, en defitiva, el soñar se reduce a una desordenada actividad de la imaginación reproductiva y constructiva, que nada elabora de la nada.

V. — PSICOLOGÍA DE LOS SUEÑOS

Analizando nuestros propios sueños podemos establecer, en muchos casos, su inmediato factor determinante, su contenido mnemónico y sus asociaciones secundarias.

La causa inmediata suele ser una excitación externa o interna, periférica u orgánica, que señala el momento inicial. Se trata de excitaciones insuficientes para despertarnos y ser percibidas conscientemente como sensaciones; pero llegan a provocar verdaderas *subsensaciones subconscientes*, capaces de poner en juego numerosos centros cerebrales mediante asociaciones tan complejas como las de la actividad consciente, aunque menos coordinadas. Es evidente que este modo de interpretar el proceso inicial de los sueños lo fundamos en la noción previa de que existen muchos grados o jerarquías en la intensidad de los estados conscientes, ocupando los sueños diversos grados intermedios entre la plena conciencia de la vigilia y la plena inconciencia de actividades soñantes que no dejan rastros en nuestra memoria.

Eso nos lleva a definir los sueños como actividades automáticas de los centros cerebrales, cuya intensidad es insuficiente para despertarnos, pero suficiente para producir estados de memoria perceptibles al despertar. Esta definición nos permitirá algunas inferencias legítimas acerca de la actividad soñante mientras dormimos.

Es seguro, entre tanto, que todas las excitaciones pueden ser el punto de partida de sueños; en general, obran más las sensaciones tactiles, las musculares y las que provienen de los órganos digestivos. Es probable que en ciertos casos los centros cerebrales pueden entrar en actividad por simples variaciones de presión sanguínea, cambios de composición de la sangre, acciones químicas, etc., aparte de toda excitación propiamente sensitiva. Ciertos alimentos que producen toxinas suelen causar sueños frecuentes, intensos y complicados.

Las excitaciones determinantes de los sueños ponen en función centros de imágenes cerebrales que han sido memorizados en el curso de la experiencia individual. Sólo entran a formar parte de nuestros sueños las sensaciones, imágenes, ideas, sentimientos, formados ya en nuestra personalidad; por muy absurdo que parezca un

sueño, sus elementos son datos de la experiencia real, siendo disparatadas sus relaciones o su coordinación. Ocurre lo mismo, exactamente, en las alucinaciones y delirios en vigilia, como que los sueños no son sino alucinaciones y delirios del sujeto dormido.

Los recuerdos puestos en actividad al soñar suelen referirse a acontecimientos recientes, pero no es raro que se refieran a sucesos lejanos. Se ha observado que al soñar sucesos muy antiguos se conserva la personalidad actual; los adultos pueden soñar con recuerdos de su niñez, sin soñar por eso que son niños. Es sabido que en un mismo sueño suelen mezclarse datos mnemónicos de épocas muy distintas, perdiéndose totalmente la noción personal del tiempo, adquirida mediante la experiencia individual y social.

Los centros puestos en función por el excitante inicial irradian su actividad sobre un número más o menos grande de centros cerebrales, sensitivos, motores, psíquicos, produciendo así la variedad y complejidad de los sueños. La falta de contralor lógico consciente determina el carácter incoherente de los sueños, cuyo proceso es análogo al de los delirios alucinatorios agudos de origen tóxico.

La generalidad de las personas normales no puede soñar a voluntad, ni les es posible elegir de antemano los temas y los caracteres de los sueños. Tampoco se puede interrumpir un sueño, despertando voluntariamente.

La intervención de las diversas imágenes en los sueños depende del tipo fisiológico individual; hay sujetos visuales, auditivos, motores, etc. Los sueños con imágenes gustativas son raros; lo son más aún, con imágenes olfativas. Las funciones psicomotrices de más reciente adquisición no suelen intervenir en los sueños.

La actividad intelectual puede ser muy grande y poner en función los centros cerebrales superiores. Es posible analizar, comparar, juzgar, razonar, durante el sueño; la atención puede acomodarse voluntariamente sobre tal o cual objeto y es posible discutir las cuestiones más abstractas.

Heráclito decía que en la vigilia vagamos todos en un mundo común, mientras que al soñar cada uno en-

tra en su propio mundo individual. La afirmación es exacta, especialmente en su segunda parte; pero es necesario agregar que al soñar entramos a nuestro mundo individual con los ojos vendados, sin podernos orientar.

Es fácil advertir que la mayor parte de los razonamientos son falsos, las discusiones incoherentes, las conclusiones erróneas. Pero no debe inferirse que siempre es así; en ciertos casos pueden los sueños conducir a resultados muy lógicos, integrando razonamientos iniciados durante la vigilia, y suele contarse que muchos hombres de genio han soñado obras estimables o resuelto problèmas de importancia.

Todos los que han hecho autobservaciones sobre los sueños coinciden en afirmar que los sentimientos altruistas y sociales son menos intensos que en la realidad; en cambio los estados emotivos de placer, dolor, miedo, voluptuosidad, no parecen menos intensos que los sentidos en vigilia. Parecería desprenderse de ello que son más activos durante el sueño los estados emotivos de más honda raíz en la experiencia de la especie.

Puede afirmarse que se sueña todas las noches y es verosímil que no se puede dormir sin soñar, aunque generalmente sólo se recuerdan los sueños más cercanos al momento del despertar. Sobre este punto las ideas corrientes parecen destinadas a modificarse. Ya no es posible concebir que el dormir implica en ningún momento una cesación total de la actividad cerebral consciente, sino un descenso suficiente para que no sean percibidas las excitaciones habituales. Esto puede expresarse mejor diciendo que al dormir se eleva el nivel del mínimum perceptible de las sensaciones. Las excitaciones internas y externas siguen actuando sin cesar y manteniendo en perfecta actividad nuestros centros cerebrales; pero esa actividad no tiene la intensidad suficiente para despertarnos y provocar sensaciones conscientes, aunque sí para determinar subsensaciones que ponen en actividad funciones subconscientes, susceptibles de ser recordadas algún tiempo después de despertar. Esta explicación parecerá más legítima a las personas que conocen por experiencia personal la posibilidad de efectuar durante el sueño hipnótico sugestiones destinadas a ser recordadas en estado de vigilia.

Una conclusión importantísima, de la cual se despren-

de su valor clínico, es que los sueños son un reflejo de la personalidad individual; soñamos nuestro propio contenido mental, tan desordenadamente como se quiera, pero sin agregarle elementos nuevos. Los sueños son actividad imaginativa, incoherente, pero actividad imaginativa; su carácter inventivo o creador se refiere a las relaciones entre datos que ya han sido capitalizados por la memoria.

Es nuestra personalidad la que sueña, aunque no lo haga conscientemente ni lógicamente. En ello se funda la psicología contemporánea para devolver su antigua importancia al estudio de los sueños, considerándolos utilísimos para comprender el carácter normal de los individuos y para descifrar algunas de sus perturbaciones patológicas.

En presencia de los nuevos estudios clínicos y psicológicos sobre los sueños, ocurre meditar sobre el curioso rol que la ciencia desempeña en ciertas ramas de los conocimientos humanos. Ella, con frecuencia, vuelve a confirmar, desde puntos de vista muy distintos, ciertas nociones que en la mente del pueblo germinaban en estado de supersticiones. Ayer se suponía que los astros tenían influencias buenas o malas sobre la vida de los hombres y de las sociedades; hoy la climatología y la meteorología enseñan que, tanto la vida individual como la social, son influenciadas por la acción de las causas del ambiente cósmico, y esas ciencias sirven de poderosa contribución a la higiene y a la sociología. Ayer se enseñaba a leer el carácter del hombre en signos exteriores que aparecían en la fisonomía o en las palmas de las manos; hoy la antropología, aplicada a la psiquiatría y a la criminología, afirma que en los degenerados las anomalías psíquicas coinciden con estigmas físicos de la degeneración. Ayer, finalmente, la superstición enseñaba a leer en los sueños, a encontrar en ellos el carácter del individuo, el estado de su alma, etc.; hoy la psicología enseña a estudiarlos, a anallizarlos, porque ellos pueden darnos utilísimas informaciones sobre la mentalidad de los individuos, sus procesos mentales, sus anomalías.

Quiere esto decir que la superstición misma ha tenido su origen en una experiencia empírica, aunque ha errado en la interpretación, por falta de método y de crítica. Por eso nuevas observaciones, mejor disciplinadas, pue-

den corroborar algunos resultados de las primitivas, pero conduciéndonos a interpretaciones cada vez menos absurdas.

VI. — Los sueños y las alucinaciones

Antes de referirnos a los caracteres de los sueños en las diversas formas clínicas de neurosis y locura, conviene detenernos sobre la analogía del íntimo proceso psicológico de las alucinaciones y de los sueños, problema lleno de sugestiones y apenas desflorado por los estudios experimentales.

No suele tenerse en cuenta la posibilidad de que una imagen sensorial sea producida por la excitación de un órgano periférico correspondiente a otro sentido; sin embargo, las alucinaciones pueden ser provocadas indirectamente. Una imagen visual, normal o anormal, puede seguir a excitaciones auditivas, cutáneas, musculares, etc.; las recientes investigaciones sobre hipnotización de los histéricos han puesto de relieve esas equivalencias sensoriales.

De esos datos ha partido Mourly Vold, profesor de filosofía en la Universidad de Cristianía, para estudiar los excitantes motores de las sensaciones y de las alucinaciones visuales. Para resolver el problema de la equivalencia alucinatoria ha instituído experiencias sobre los sueños, procurando suscitar alucinaciones visuales mediante excitaciones cutáneas o musculares. El resultado ha sido más seguro para estas últimas. Aplicando un cuerpo frío sobre la piel se provoca, por ejemplo, el sueño de una nevada; flexionando el pie, el sueño de subir una escallera. No se trata, como se ve, de ilusiones, sino de alucinaciones provocadas indirectamente; no hay errores de percepción en el centro excitado, sino verdadera "percepción sin objeto" en un centro que no ha sido *directamente* excitado.

Lo esencial para nuestro tema, consiste en que podemos explicarnos las alucinaciones y los sueños por excitaciones internas y externas que actúan indirectamente sobre centros cerebrales, ya predispuestos a funcionar sin contralor consciente, lo que les da su carácter aparentemente automático. Tal sería el caso, por ejemplo,

de un alucinado o de un soñador que sufriera de sus intestinos y que a cada movimiento peristáltico entrase en función su centro visual, provocando una sucesión de alucinaciones o sueños de la vista. Ese ejemplo es casi tangible; pero no debe olvidarse que cualquier clase de excitación, un cambio de temperatura exterior, una variación cuantitativa de cualquiera secreción interna, puede tener el mismo efecto funcional: sueño o alucinación.

En ambos procesos son importantísimas las sensaciones musculares. Baillarger cuenta de un enfermo que sufrió la siguiente alucinación: "Un enfermo ve una noche dos brazos redondos que bajan del techo; sobre el piso ve músculos en movimiento; la habitación está alumbrada por la luna. La explicación más sencilla es la siguiente: el enfermo estaba fatigado y sentía sensaciones musculares (calambres, pesadez, etc.), que unidas a la imagen real de un techo vecino alumbrado por la luna, han producido la alucinación'.. Si eso pasa en un alucinado despierto, veamos el caso homólogo ocurrido a un sujeto que sueña: "Un estudiante, que durante la noche tiene una mano enguantada, sufre, entre otros sueños, el siguiente: ve salir repentinamente una mano de un vientre que acaba de abrir en una sala de cirugía". Fácil es deducir de estos hechos que los fenómenos oníricos tienen un gran valor en psicopatología; pero si se quiere interpretar su orígen es necesario tener bien presente el mecanismo de los fenómenos alucinatorios en vigilia y el de las alucinaciones en los alienados.

VII. — Valor clínico de los sueños en las neurosis

La medicina hipocrática no fué indiferente a la utilización clínica de los sueños. Double los clasificó en "sueños diagnósticos" y "sueños pronósticos". Macario, en su libro "Del sueño, de los sueños y del sonambulismo, en el estado de salud y en el estado de enfermedad", bosquejó una verdadera semiología de los sueños, deteniéndose en originales observaciones sobre el íncubo, la pesadilla, los sueños llamados proféticos, etc. En la actualidad son escasas las publicaciones sobre el valor médico de los sueños.

Sin embargo, a poco que se investigue, se advierte que,

en realidad, muchos sueños guardan relación con la enfermedad misma. En ciertos casos los sueños son el factor ocasionall de trastornos psicopáticos. Hay personas que sueñan todas las noches con alguna escena triste y dolorosa de que han sido actores o testigos, terminando por constituirse en ellos una obsesión o un delirio sistematizado; los sueños eróticos produlcen ese resultado, especialmente en las mujeres. Sabido es que cuando se creía en íncubos y súcubos, muchas personas se enloquecían, quejándose de sufrir cada noche las visitas de seres fantásticos e inmundos.

Parece comprobado que ciertos sueños intensamente emotivos, debidos con frecuencia a profundas alteraciones cenestésicas, pueden causar la locura, aumentar su intensidad o prolongar su curso; existen al respecto interesantes monografías de Ideler, Baillarger, Binz, Weir Mitchell, Pichon, Pick, Marro, muchos trabajos en revistas y abundantes referencias en los tratados de psiquiatría.

En personas mentalmente sanas, los sueños pueden correlacionarse con lesiones orgánicas o con trastornos funcionales, que obran como excitantes indirectos de los centros cerebrales en el sujeto dormido. Sería inútil insistir sobre estos fenómenos, perfectamente conocidos desde la antigüedad; el ejemplo más clásico es el de una mujer que se durmió en el templo de Esculapio y soñó que el dios le perforaba el abdómen con una espada, comprobándose algún tiempo después que tenía un tumor abdominal.

En los neurópatas y alienados el estudio de los sueños presenta mayor interés todavía. Es frecuente que estos enfermos se quejen del exceso de sueños, a punto de que el dormir no los descansa. En el consultorio de neuropatología del Hospital San Roque hemos visto a un neurópata que sufría sueños terroríficos tan intensos, que evitaba dormir por miedo de soñar; sólo se acostaba cuando el sueño le vencía y su descanso era continuamente interrumpido por sobresaltos desesperantes.

Beard, al describir la neurastenia, le atribuyó sueños desagradables o terroríficos, cuya existencia confirmó Bouveret. Ziehen atribuyó a esos enfermos una excesiva actividad onírica y Bisswanger dice que el sueño no da descanso al neurasténico, pues su mente sigue trabajan-

do. Son frecuentes las anipnias, disipnias e hiperipnias. Para De Sanctis los sueños son diferentes según que se trate de neurastenia degenerativa o simple, cerebral o espinal. Los sueños penosos parecen larguísimos, interminables, lo que implicaría una alteración de la memoria del tiempo.

En las histéricas no son raros los sueños terroríficos, en particular los de animales, esqueletos, precipicios, fantasmas, etc.; muchas veces las enfermas refieren sueños agradables, como la audición de músicas suaves, la visión de paisajes en que dominan tonos celestes y rosados, la visita de hermosos galanes, de ángeles, de santos, y aún del mismo Jesús rubio y enternecedor. Es singular que muchas histéricas lleguen a creer en la realidad de sus sueños, lo mismo que en la de sus alucinaciones; ello explica tantos casos de exaltación mística y suele conducir al delirio religioso. La incorporación de los sueños a la semiología de la histeria fué realizada en 1879 por Bourneville y Regnard; poco después Richer describió sus principales caracteres y Charcot sostuvo la especificidad de los sueños en los histéricos, aunque afirmando sus semejanzas con los de los alcoholistas, opinión que comparte Magnan. Otros psiquiatras han extendido la similitud a los sueños provocados por el absintismo, el éter, el haschich, el opio, la morfina, etc. De Sanctis confirma esas ideas fundándose en observaciones propias y considera que entre los estigmas de la historia podría incluirse el "estigma onírico".

Los epilépticos suelen dormir profundamente, con excepción de ciertos enfermos de epilepsia psíquica en quienes parece ocurrir lo contrario. Se opina, en general, que los enfermos de "gran mal" son poco soñadores y que los de "pequeño mal" sueñan mucho, como los neurasténicos. No sabemos con cuanto fundamento suele repetirse qué en los epilépticos son más frecuentes los sueños eróticos que los terroríficos. Algunos autores aseguran que estos enfermos sueñan volar, caer en precipicios, etc., suponiendo que esos sueños acompañan a pequeños ataques motores que no despiertan al sujeto. Laségue ha sostenido que los ataques en los epilépticos dormidos pueden ser debidos a la excitación producida por fenómenos oníricos intensos; Max Simón afirma que los sueños tactiles y musculares suelen parecerse a vértigos. Se considera

que la actividad onírica es mayor al principio de la enfermedad, que la memoria de los sueños está siempre disminuída y que influyen sobre su frecuencia las condiciones atmosféricas.

De Sanctis sostiene la existencia de equivalentes oníricos de los accesos nerviosos, conforme al concepto de la equivalencia en patología nerviosa y mental, expuesto por Morel y adoptado por las escuelas de Charcot y de Lombroso; podría hablarse con exactitud de equivalentes oníricos cuando un fenómeno, o conjunto de fenómenos, que se produce en el sueño, llena estos tres requisitos: 1.°, tener caracteres especiales; 2.°, ser excepcionales; 3.°, coexistir con otros síntomas que suelen acompañar el acceso. Ya Guislain y Alisón habían referido casos de locos en quienes podría hablarse de "equivalentes oníricos del delirio".

VIII. — Valor clínico de los sueños en patología mental

De acuerdo con las presunciones psicológicas, los sueños tienen una gran importancia clínica en patología mental; algunas curiosas observaciones se han hecho en todo tiempo a este respecto, a partir de Hipócrates. En su magnífica "Semiología de las enfermedades mentales" señala Morselli todos los datos que el alienista puede investigar: la frecuencia y número de los sueños; su vivacidad, en gran parte apreciada por el recuerdo que de ellos tiene el enfermo al despertar; los elementos presentativos y representativos dominantes; sensaciones e imágenes visuales, acústicas, tactiles, térmicas, gustativas, olfativas, musculares, etc.; estados emotivos predominantes, placer, miedo, desaliento, ansiedad, celos, remordimiento, etc.; sitios en que ocurren las escenas soñadas, conocidos o ignorados, próximos o lejanos, reales o fantásticos, paramnesias de localización; naturaleza de los personajes que actúan en los sueños, familiares o inventados, amigos o enemigos, conocidos o quiméricos; caracteres de los sucesos soñados, pasados o futuros, probables o improbables, verosímiles o absurdos; relación entre los sueños y la índole moral del sujeto, acciones vergonzosas, obscenas, criminales; intervención de elementos místi-

cos y sobrenaturales, dioses, diablos, ángeles, seres sobrehumanos, animales fabulosos, etc. Basta enumerar esos elementos de juicio para comprender todo su valor; ellos permiten apreciar la agudeza mental, la lógica, la memoria, la personalidad moral, el estado emotivo, las inclinaciones mórbidas, en estrecha relación con las ideas delirantes, con las interpretaciones mórbidas, con las alucinaciones, con la decadencia mental.

La analogía de estructura entre los sueños y la mentalidad mórbida fué claramente establecida por Cabanis en un capítulo de sus "Relaciones de lo físico y de lo moral". Esquirol indicó, precisamente, la conveniencia de velar junto a los alienados, observándolos, con el propósito de recoger en sus palabras y gestos alguna indicación clínica sobre el contenido de sus delirios, procedimiento que actualmente preconizan Vaschide y De Sanctis. Indicaciones precisas se deben a Lélut y a Moreau de Tours, siendo clásico el trabajo de este último sobre "El Haschich y la alienación mental". Maury trató el punto con discreta información, insistiendo sobre el carácter incoherente de los sueños para mostrar su semejanza psicológica con ciertos procesos típicos de la locura.

Moreau de Tours sentenció que la locura es el soñar del hombre despierto; antes y después de él, sueños y locura, han sido considerados gemelos. El asunto fué motivo de grandes discusiones, en la Academia de París, en las que participaron, entre otros, Maury y Baillarger. El eminente maestro italiano Morselli, considera que esa afinidad es algo más que verbal: la analogía es real, principalmente respecto de la manera de comportarse la memoria en el sueño y en la locura. La abundancia de sueños terroríficos, belicosos, heroicos, místicos, etc., suelen ser un signo precursor de ciertas locuras o de hemorragias cerebrales, meningitis, tifoidea, etc. Los sueños suelen dar lugar a paramnesias. El delirio puede presentarse en los sueños.

De Sanctis ha realizado investigaciones por grupos. En los alucinados los sueños suelen confundirse con las alucinaciones que sufren durante la vigilia; en algunos casos son inversos y equilibradores de las alucinaciones diurnas, presentándose como fenómenos emocionales de contraste sucesivo. En los frenasténicos la actividad onírica desciende; el idiota no sueña; el imbécil sueña poco

y sus sueños son poco intensos, mal definidos, sin importancia. En los paranoicos los sueños son creídos por el sujeto, que atribuye un carácter sobrenatural al fenómeno onírico; en los de tipo cerebro espinal, la vida onírica es más activa; en los de tipo originario, precoces, los sueños son quiméricos, extravagantes, grandiosos. En los alcoholistas el hecho es de vieja observación; son frecuentes en los sueños las imágenes tactiles y motrices, las alucinaciones hipnagógicas y, dentro de la zoopsia, predomina la microzoopsia.

De Sanctis estudia de una manera especial los *estados soñantes* y las *psicosis oníricas*. Los primeros serían esos estados especiales que existen entre la perfecta vigilia y el perfecto sueño, grados de transición, fases intermedias. Saben los psiquiatras que en muchos casos las manifestaciones anormales comienzan en el momento en que el individuo está a punto de despertar en el período posthípnico, de lo que infiere De Sanctis una distinción entre estados soñantes y estados pseudosoñantes. En cuanto a las psicosis oníricas debe recordarse que los sueños pueden producir alteraciones psíquicas o fenómenos psicopáticos de dos modos: 1.°, actúan a la manera de traumatismo psíquico o de causa deprimente, en cuyo caso la forma mental derivada debe interpretarse como una neurosis o como una psicosis traumática, si no como forma de agotamiento; 2.°, la materia misma del sueño pasa a la vigilia, suspendiendo, interrumpiendo o desviando el curso asociativo regular de la vida consciente. De Sanctis recuerda los casos de "fatiga onírica" presentados ya al Congreso de Psiquiatría de Bruselas; igual hecho ha sido recientemente admitido por Tissié. La segunda manera de acción se ve con frecuencia y existe también en los individuos normales.

Los delincuentes por temperamento o natos, — que son verdaderos locos morales, — suelen dormir profunda y tranquilamente, sin que los turben las visiones del remordimiento que les atribuyen los novelistas. Los sueños son escasos y aumentan en la cárcel después de cometido el delito, pero el contenido del sueño no se relaciona, sino muy raras veces, con el delito cometido; esto probaría la anestesia moral de estos delincuentes, confirmando lo que al respecto dicen Lombroso y Ferri. Son más frecuentes los sueños criminosos en los neurópatas

y en los delincuentes locos. En cambio son comunes los sueños aflictivos y las pesadillas en los delincuentes fortuitos y pasionales, cuya inadaptación al ambiente carcelario los expone a toda clase de perturbaciones afectivas. Se acepta, generalmente, que ciertos individuos, al ser bruscamente despertados por una pesadilla o por otra causa inesperada, pueden cometer delitos impulsivos, en estado de semiconciencia y aún de inconciencia total. Schmitt, Naecke, Regis, Lombroso, Krafft-Ebing y Penta han escrito sobre las relaciones entre los sueños y el impulso criminal.

* * *

Tales son las conclusiones más generales de la psicología y la clínica respecto de los fenómenos oníricos. Ellas evidencian que la vida del sueño, con todas sus complicaciones, matices, facetas, es algo así como un espejo de procesos que se desarrollan en la vida íntima del cerebro, vaga sombra que el pensamiento proyecta durante el sueño en el torbellino insondable de las actividades subconscientes, permitiendo al psicólogo perspicaz descubrir ciertas tendencias y desequilibrios de la psiquis individual.

"HACIA LA JUSTICIA"

BIBLIOTECA AMÉRICA
UNIVERSIDAD - DE - SANTIAGO ESPAÑA

"HACIA LA JUSTICIA"

I. Los médicos literatos. — II. La influencia naturalista en la novela sociológica. — III. Los tipos psicológicos en la novela. — IV. Psicología de las multitudes. — V. Inducciones sociológicas sobre los conflictos sociales.

I—LOS MÉDICOS LITERATOS

Una mal disimulada esclavitud oprime a los médicos intelectuales. La opinión pública tiende a estrechar su horizonte mental, desdeñando a los que para distraerse del tedio de las clínicas buscan inocente pasatiempo en las ciencias sociales o en las letras puras. Un médico pensador o literato parece absurdo, como si el hipocrático diploma inpusiera el analfabetismo a quien lo recibe.

Por eso la aparición de "Hacia la Justicia", novela escrita por un médico, cuyo nombre reservaremos para no perjudicarle, ha sido recibida con zurdas guiñadas de los literatos profesionales y maldicientes ironías de los galenos empedernidos. Unos y otros pretenden que el médico lo sea exclusivamente, apartándose de toda cultura artística y literaria; la imposición resulta absurda en el país de Argerich, de Alcorta, de Cuenca, de Rawson, de Gutiérrez, de Wilde, de Holmberg, de Podestá y de Ramos Mejía, descollantes todos en nuestras letras primerizas.

En las aldeas no se concibe el médico escritor; las ciudades más cultas consienten alguna licencia a sus galenos. Nuestro Buenos Aires, aldea inmensa, mira con asombro que un profesor de clínica médica se pervierta escribiendo obras sociales o literarias. Los lapidadores no averiguan si la obra es buena o mala; el delito, para ellos, consiste en la herejía de pensar.

Esta ciega tiranía sólo consigue entorpecer a los que carecen de verdadera vocación. Un espíritu superior, aunque médico, será rebelde; aun costándole reputación y clientela, será pensador o artista en todo cuanto es-

criba. Si las imposiciones del ambiente inferior lograran contener su pluma, acabaría por descubrir su cojera literaria en la simple manera de formular sus recetas de jaborandi o calomelanos.

Moliére, — que ocupa sitio de honor en la biblioteca de todo médico intelectual, — debió ser médico, aunque sus biógrafos prueben lo contrario. Sólo así podríamos comprender su saña contra ellos y su empeño para demostrar que todos los de ese oficio, por su condición de tales, están condenados a ser espíritus estrechos e inferiores.

Que la mayoría lo es, no podríamos negarlo; pero conviene tener presente que en las demás profesiones existe, de igual modo, una compacta mayoría de espíritus mediocres. Es bueno que sea así. Conviene para el ejercicio profesional, y aún para cierto adelanto de la ciencia, que existan muchos médicos de escaso cubaje psicológico, cerrados a toda profana tentación. Ellos son los héroes obscuros del reparto domiciliario de la receta; ellos las hormigas laboriosas que analizan los "casos", preparando materiales para que los espíritus superiores lleguen más tarde a coordinar en leyes sus pacientes investigaciones.

Todo tiende a "especializarse" en el ambiente profesional. Hay colega que no concibe la ciencia más allá de la aplicación de oportunos enteroclismos e insaciables ventosas; otro conoce las virtudes y los vicios de todas las camarillas microbianas, sin excluir las exóticas; éste sabe al dedillo cuales células intervienen en la fisiología del más inocente movimiento reflejo; aquél puede diferenciar más de trescientos diagnósticos entre esas molestias cutáneas que comúnmente llamamos granos; no falta en fin, el que, sutil entre los sutiles, sentencia alambicados diagnósticos sobre síntomas imperceptibles para los ojos inexpertos. Su campo de observación se reduce al enfermo y a las enfermedades; sus medios de investigación varían desde el estetóscopo y el reactivo hasta el microscopio y los rayos equis. Carecen, en cambio, de ideas claras acerca del universo que los contiene, la vida que viven, la sociedad en que actuan, las ideas que piensan. Les falta lo más íntimo, la introspección psicológica; y lo más amplio, la síntesis, que es la antorcha del genio.

Fuera de sus "casos", el mundo no existe. Se burlan sin recato de los que, *además de eso*, buscan elevar

su espíritu, explorando el follaje del árbol de la ciencia, del arte, de la filosofía. A un médico "serio" nadie le averigua si es comerciante, alcoholista o jugador, pues son asuntos privados; pero si el médico piensa o escribe está perdido, todos le juzgan y le condenan, lo mismo el público que sus colegas. La sentencia es injusta; mientras otros se distraen en diversiones de gusto equívoco, nada hay reprochable en que algunos cultiven las inclinaciones más nobles del humano ingenio.

II—LA INFLUENCIA NATURALISTA EN LA NOVELA SOCIOLÓGICA

La crítica no ha encontrado todavía el preciso adjetivo que pueda caracterizar la extrañísima erupción de arte y de vida que representa ese "Libro Extraño", cuya última lava se ha derramado en el molde singular de la novela "Hacia la Justicia". Pocos lectores han sabido ponderar su originalidad. Muchos críticos confiesan que no lo entienden; algunos, sin ser ironistas, confiesan haber entendiido en demasía. Parece, en verdad, que un sollo juicio no puede extenderse a todo el escritor, que es talentoso por momentos, aunque a menudo indefinido e ingenuo. Al lado de tipos vibrantes de intensa vida artística, se mueven algunos caracteres gelatinosos, figuras desteñidas, de contornos indecisos, cual si fueran muñecos de juguetería despintados por largo manoseo. En muchas descripciones la paleta imaginaria parece haber derrochado tonos de calurosa vividez; gamas complejas de colores son percibidas incesantemente, como vaporosa y fecunda emanación de una naturaleza en orgiástica vitalidad; en todas partes el autor ausculta y analiza torbellinos de sonidos que, en ciertas figuras, adquieren polifonías ensordecedoras. Pero la intimidad de las sen saciones no es uniforme; como caídas entre las pinceladas hermosas, se descubren brochazos de modesto blanqueador que parece ocupado en sus tareas a compás de modestos sonidos de organillo. El autor es desigual, como las almas que describe, desenfrenado como sus multitudes en rebeldía.

Sabe que la perfección, para cerebros como el suyo, "es una gloriosa megalomanía". Presume que lo bueno y lo mediocre de su obra son una resultante; en nuestro nedio y en nuestro tiempo, el autor, siendo como es, no

podía escribir una novela mejor que la que ha escrito. Su obra es un exponente; tiene los rastros del atavismo pampa y de la montonera gaucha, las indecisiones del engreimiento burgués, los presentimientos de esa dolorosa conflagración social que entre nosotros comienza a revelar su inclinación.

Esta novela no puede ser indiferente a los psicólogos y los sociólogos. Describe tipos característicos de agitadores y de multitudes, haciéndolos actuar en conflictos sociales que plantea sin reticencias. Ultima parte del ciclo titulado "Libro Extraño", aborda problemas de palpitante interés y propone solucionarlos mediante sugestiones bien intencionadas, que justifican su título: "Hacia la Justicia".

En todo el ciclo de "Libro Extraño" el autor se ha propuesto describir la vida inquieta y apasionada de nuestra urbe porteña, en su momento histórico presente. Su concepción es un reflejo de la novela naturalista de Zola; pero la diferencia entre el novelador de París y el de Buenos Aires corresponde al desnivel, no pequeño, que existe entre la mentalidad de uno y de otro ambiente.

Maestro en su género, Zola supo trasuntar en el ciclo gigantesco de sus producciones el momento contemporáneo de la sociedad en que vivió. Se puede discrepar de su escuela literaria, pero es forzoso reconocer la magnitud de su obra. Hubo en ella una parte de análisis destructivo y otra de reconstrucción positiva. En la primera disecó la sociedad actual con profundo sentido sociológico, analizando las condiciones determinantes de los fenómenos sociales; en ese escenario puso en acción tipos psicológicos que resbalan en la lucha por la vida, delincuentes de sangre, de amor, de avaricia, todos los tipos de "Los Rougon". En la segunda parte, iniciada con "Las Tres Ciudades", bosquejó tres grandes fases de la vida contemporánea, para entrar luego a la obra constructiva, desgraciadamente incompleta, de "Los Evangelios". Expresan éstos una honda profecía; parten de los vicios y las miserias de la presente organización social, para marcar rumbos y alentar esfuerzos hacia una elevación de las multitudes infortunadas. Y sobre el escenario de los evangelios, actúan personajes sanos, fecundos, laboriosos, justos, cuya fe puede sintetizarse en las cuatro pa-

labras simbólicas: Fecundidad, Trabajo, Verdad, Justicia.

Es evidente que nuestro médico-novelista se ha esforzado por realizar una obra semejante, siguiendo las huellas del difundido modelo. En su génesis y desarrollo la novela que examinamos es una crítica de nuestra sociedad y un análisis de las costumbres presentes; con frecuencia las ha cubierto de heridas, tan crueles como las que asestara Zola en las páginas más crueles de "L' Argent", "La Bete Humaine", y "L' Assommoir".

Los protagonistas de "Libro Extraño" pretenden haber sido observados en la realidad; se relacionan y se continúan, transmitiéndose sus virtudes y sus vicios, con la misma inviolable fatalidad psicológica que gravita sobre los personajes de Zola. Los que aparecen en el tomo último, titulado "Hacia la Justicia", no escapan a la pura ley; Méndez, Germán, Goga, Lola, Elbio, son los descendientes morales de sus predecesores: "Así se consigna que la historia de las familias sea un libro sin páginas rotas ni capítulos manchados, puesto que lo que escriben los hijos tiene siempre algo que fué del padre, la trama o el estilo, y muchas cosas del alma". Eso dice, el autor, de sus hombres. En otra parte agrega, hablando del libro: "un borbotón de palabras, de cuadros, de olores y de sonidos, una zinguizarra brutal de la mente calcinada como un volcán, un hervidero de escorias y de metales, un vértigo de creación en que fueron lanzadas al estadio cuatro familias de psicópatas, suicidas como Carlos Méndez, homicidas como Genaro, locos morales como Valverde, megalómanos, perseguidos y rústicos como la familia de don Manuel de Paloche". Los personajes evangélicos surgen pálidamente en "Hacia la Justicia", sobreviviendo a sus camaradas. Martín Errécar es su tronco. El matrimonio de Elbio y Angélica inicia la sana y vigorosa progenie de los regeneradores.

Si deseáramos confirmar el parentesco entre esta obra y la de Zola, nos bastaría subrayar ciertas palabras y expresiones, que en otras manos serían un programa e iniciarían una tendencia en nuestra novela. "Tengo para mí que para llegar a la perfección los poetas debieran tragar el humus de los campos, llenarse la boca del barro fecundo y escupirlo a chorros sobre las páginas. Así crearían la selva, la maleza, la covacha de la fiera y el

nido, y debieran pedirle al éter los colores, a los astros las corolas luminosas y al océano el misterioso idioma de las mareas, el zumbar de las borrascas, y la tranquila y solemne elocuencia de las calmas. De esa manera la estrofa estaría llena de la ansiosa vitalidad de la Naturaleza. Sería la verdad y sería lo digno''.

Aunque es visible cierta desentonada tumultuosidad del estilo, hay fuerza en él. Y el ''Libro Extraño'' aspira a reflejar la vida entera de nuestro pueblo en un momento dado de su evolución; de allí el parecido con la obra de Zola, sin olvidar la desigualdad social de los ambientes que ambos autores han observado y en que han vivido.

III—LOS TIPOS PSICOLÓGICOS EN LA NOVELA

En ''Hacia la Justicia'', parte final de la serie desenvuelta en ''Libro Extraño'', actúan personajes vibrantes de voluntad y de pasión; sus páginas psicológicas son las que atraen más al lector y al crítico. Hay en ellas sentimentalismos místicos e idealismos demoledores, brazos que arrojan la bomba o levantan el crucifijo, turbas de alma ardiente como el incendio, arrebatada como el huracán. Observemos.

GERMÁN

Un invierno. Con él han venido la miseria y la desolación al suburbio, donde se agitan los corazones bajo el harapo. Sobreviene la inundación que todo arrasa, hasta que huyen los obreros de sus chozas, en una noche de ensambladura trágica. Y mientras emigra la plebe, rumbo a la desesperanza, dejando la catástrofe a la espalda, resuena en la tiniebla la voz profética y amenazadora de *Germán* que llama a la rebelión, grita la venganza del pobre contra el rico, esparciendo la simiente del exterminio. Un relámpago la interrumpe, y se ve brillar en sus manos un tubo de bronce; cuando hace ademán de arrojarlo en medio del tropel, muchos retroceden en fuga, precipitadamente. Es una bomba de dinamita.

Germán, como encarnación del ''meneur'', es un tipo psicológico acertado. Un individuo es la resultante de

su herencia psicológica y de las sugestiones que recibe constantemente del medio en que vive, su educación; la herencia de Germán es matriz perfecta para hacer germinar la rebeldía. Su padre es Valverde, sujeto sin sentido moral, que vive resbalando a cada paso en la ciénaga de todos sus delitos. ¿Su madre? Misterio. El terrorista debía ser hijo de un amor ilegal, si no de un fugaz capricho en alguna orgía de prostíbulo. Sobre esa materia prima viene la educación funesta. Se inicia al azar, como grano de arena que el destino desprende desde el pico nevado de una cumbre; y así rueda por la falda escarpada de la vida, entre la educación de un colegio de jesuítas, que le repugna, viendo infamias, sugestionándose por lecturas que le fanatizan, hasta que recibe el testamento de su padre, que precipita su mente por caminos de indignación y de venganza. Y va rodando por la cuesta, adquiriendo contornos de avalancha, que arrasa, al pasar, los sentimientos de solidaridad social, y engendra un anarquismo que no es piedad por el humilde sino rencor contra el poderoso, que no es lamentación sino alarido, precursor de un apocalíptico derrumbamiento.

Y cae al abismo. Se va tras una prostituta, una pobre caída como él, síntesis de todos los odios y de todas las infamias, y con ella se lanza a propagar la rebeldía, la devastación.

Como tipo artístico del genio destructor, Germán es audazmente bello. En ciertos instantes parece que en torno de su cabeza loca brillara una aureola de humo rojizo y caliginoso, cual si su busto se irguiera amenazador sobre el fondo de un incendio de petróleo. Pero carece de solemnidad: porque el genio de la destrucción debe ser solemne. Dígalo si no la tela sensacional de Shneider, "el nihilista", en que un hombre, de virilidad soberbia, se prepara a arrojar, con gesto casi sacerdotal, una bomba humeante a los pies de los ídolos. El bello gesto es la disculpa artística del destructor, como el que oportunamente elogiara Laurent Tailhade, cuando aun vibraba el estampido de la bomba de Henry Vaillant.

Este elogio al protagonista de la novela requiere una salvedad. En la vida real no hay quien se le parezca. Germán es una síntesis psicológica, no un tipo psicológico verdadero; es el anarquista como debiera ser, no como es. Más parece símbolo que retrato.

Hablo, tocante a esto, con la circunstancia de conocer personalmente a muchos anarquistas que han pisado Buenos Aires, desde los intelectuales Malatesta y Gori hasta cierta escoria carcelaria que se titula anarquista. En algunos la anarquía es una expresión de misticismo, ilustrado a veces, y hasta recubierto de vestidura científica más tarde, para disimular bajo manto positivo el núcleo sentimental de la profesión de fe primitiva; en otros casos es simple vanidad, apego a la pose, vértigo del aplauso y de la fácil popularidad; no faltan literatos en quienes la doctrina comienza por ser un gesto antiburgués, siendo grave el peligro de que la sugestión sectaria ahogue toda originalidad estética en quien le rinde homenaje; muchos, por fin, son simples desgraciados, en quienes la herencia se suma a la miseria, la ignorancia, la pobreza fisiológica, para engendrar un tipo tanto más peligroso cuanto mayor es su inferioridad mental. Son géneros diversos de agitadores, que sirven de levadura o de fermento para convulsionar a la masa ya predispuesta por la ignorancia y la miseria.

El Germán de "Hacia la Justicia" sintetiza todos los tipos, aunque con predominio del último, porque es ante todo un desequilibrado, y, de una manera negativa, un degenerado superior. Ha leído mucho, ha meditado en las horas dolorosas de su infancia, sin que la caricia tierna de una madre amorosa pusiera en su alma pensamientos de bondad. Y, por fin, encuentra su media naranja en Goga, con la que realiza la perfecta pareja, resbalando juntos hasta los horrores del asesinato y del incendio.

Germán es lógico: muere como ha vivido. La tuberculosis le mina, implacablemente, el organismo desde la infancia. Mientras la ideología sectaria da vuelcos a su razón, la miseria le despedaza los pulmones. Una vez llegado a la acción, el organismo le traiciona; cae, el hospital le acoge, y, ante la hermana de caridad que le asiste en su agonía, el delirio le asalta, las alucinaciones le estremecen y sus palabras se convierten en estridentes blasfemias. "No continuó más, porque un chorro de sangre caliente saltó de su boca y fué a manchar la toca blanca de la monja. Luego la cara se contrajo en un trismus diabólico y un poco de espuma enrojeció sus labios. Germán Valverde se había quedado quieto y atónito con las pu-

pilas dilatadas. Había muerto, en medio de un silencio de sepulcro!...''

GOGA

Flor de lodazal, corola extraña que anida polen de pasión y de locura, Germán la conoce por casualidad. Ella regresa de alguna orgía o se levanta de prestar su belleza marchita. Un indigno, su primer seductor, pretende que ella le siga, y la violenta. Germán, que observa desde la ventana en que rumia su pesimismo, se indigna, clama, la defiende con el gesto y con el grito. Goga, libertada de su verdugo, dirige hacia él sus ojos húmedos, de inenarrable dulzura, y con su voz de sibila: ''Te agradezco. Has tenido lástima de esta pobre basura. Con todos, pero con él nunca. ¡Adiós!''

Germán Valverde tenía que sentirse violentamente seducido por ese hermoso fiango de mujer; atracción inevitable entre espíritus afiebrados por el sufrimiento y el rencor. Como acero e imán, se acercan y se juntan. Esta verdad que presumieron los psicólogos-artistas fué sancionada por la ciencia, inspirando la noción de la ''pareja delincuente'', que tan hermosas páginas mereció de Sighele, Tarde y otros. Pero en Germán y Goga hay más, si cabe; no van al delito por sugestión del uno sobre el otro, sino por multiplicación recíproca de sus pasiones en el roce constante de sus desequilibrios.

Mujeres como Goga no hay. Las petroleras de la Comuna de París, que incendiaban cantando la Carmañola, son invención o leyenda. La célebre Luisa Michel es una histérica que entre sus muchos amantes tuvo uno anarquista que la convirtió; cuando perdió su compañero ya era tarde para volver atrás. Pero la Michel es feísima; Goga, en cambio, es muy hermosa, lo suficiente para seducir y arrastrar por ''flechazo''. Es un filtro de vicios, repulsivamente bella.

Se hace anarquista por seguir a Germán, que, en cuanto a ideas, es el *íncubo* de la pareja. Y rueda por el torbellino de la propaganda, enturbiando conciencias, sobornando voluntades, rebelando corazones.

Tiene las fallas de una histérica; no es firme en el vicio, como no lo sería en la virtud si fuera honesta. En una de sus giras de propaganda se encuentra con Dolo-

res. La entrevista se inicia con la ofensiva de Goga; discurre de la infamia social que pierde a las mujeres pobres, matizando su elocución con airadas invectivas. Pero Dolores consigue hacerse escuchar, la piedad vence al odio, la caricia al rasguño. Y en Goga se produce una reacción psicológica, que sólo se explica tan repentina en su cerebro de histérica. El paréntesis es breve: Germán la esperaba, y del pantano de la Sensualidad, la levanta de nuevo a la hoguera de la Revolución. Reaparece al frente de muchachas en huelga, pobres víctimas esqueletosas y anémicas, lentamente asesinadas en el taller obscuro y sin oxígeno. Es esa una página superior; se lee una vez, y otra, y diez más, y se encuentra tal verdad en la crítica social, tanto motivo en la conducta de las rebeladas, que hasta parece injusto condenar sus fechorías..!

Goga sintetiza el alma de la multitud femenina, que en las horas de violencia sobrepuja la ferocidad del hombre, como Ferrero y Lombroso pusieron de relieve, como señaló Sighele, como Zola pintó las mujeres de la multitud en Germinal. Ebria de sugestión, hostigada por su vida de precipicio, tórnase bacante de la turba rebelde y canta estrofas mientras los sectarios de Germán se baten con los soldados, hasta que una batahola de blasfemias y de gritos saluda su último verso.

Ese mismo desborde de actividad irrita su cerebro y, en misteriosas asociaciones celulares, la invade el delirio. Mientras la multitud la aclama, ella sufre un vuelco mental y grita ¡Dolores! ¡Jesús!, echando a correr, locamente, a saltos, como una furia. Es el delirio histérico que surge y la arrastra hacia sus enemigos de ayer, a prevenirles que se salven, a custodiar su puerta contra el aquilón de la multitud que todo lo arrasa y que pretende coronar su obra con las cabezas de los Méndez. Y allí, en la puerta, clavada como una mártir sobre un leño de crucifixión, Goga espera a las turbas de Germán, les disputa el paso, les niega el acceso, se aplasta más y más contra la puerta, mientras las hachas siguen astillándola. "Entonces hubo como un relámpago. La daga había fulgurado, de arriba abajo, en la mano de Germán. Se sintió un crac. Era la punta que había penetrado en la madera, pasando a través de las costillas de Goga, y cuando los otros creyeron que iba a herirla de nuevo,

vieron que él se tambaleaba como un borracho, pálido de cera, y que de su boca saltaba una oleada de sangre caliente. El pulmón se había hecho pedazos y había dado en tierra con su cuerpo. Entonces hubo un agitado remolino; se atropellaron los foragidos los unos sobre los otros; arrojaron las hachas y huyeron en una fuga pavorosa para perderse en las sombras. Seguían huyendo con una carrera de fantasmas, como flagelados por la lubricidad del delito, mientras los soldados disparaban sus fusiles en las tinieblas. Cuando Goga sintió el frío del cuchillo, dió un grito y bajó la cabeza... y empezó a resbalar hacia abajo sobre el filo de la daga. Después no supo más."

Los Méndez la recogen, la asisten, la consuelan en su hora de adiós. Goga, renegando su pasado, se deja morir como cualquier mujerzuela arrepentida, fácilmente conquistada para una fe religiosa que no podía comprender. Estos fáciles desfallecimientos morales se explican por su instabilidad mental de histérica y por fenómenos delirantes que siguen a la agitación de sus angustiosas rebeldías.

MÉNDEZ

Ricardo Méndez deja la impresión de un pobre diablo, sin perfil, sin colorido, un protoplasma humano sin carácter, humilde asiduo de sacristías, exento de arte ni parte en el desenvolvimiento de la acción: sin Méndez la novela correría lo mismo. Después de Germán, síntesis de rencoroso pesimismo, cabía esperar un San Francisco de Asís, enfermó de mística piedad, estilita de la contemplación, inflamado por el más ardiente incendio de fe que puede abrasar el alma humana.

Méndez no es así, no es síntesis; es un personaje vulgar en las filas del socialismo católico, uno de tantos presidentes de esos Círculos en que se mezclan los olores del azufre y del incienso. No se diga que el tipo del fanático clerical no se presta al desarrollo artístico como el tipo anarquista. Nombramos a San Francisco de Asís, y podría nombrarse a Pedro el Ermitaño, a Tomás de Torquemada, al rey San Luis; un hombre síntesis, un personaje simbólico, no debe ni puede ser un modesto zascandil de sacristía. Las mismas razones que obligan

a celebrar literariamente el tipo de Germán, imponen declarar insuficiente a este Ricardo Méndez, falto de genio en la virtud, desprovisto de intensidad en la acción, que no llega a ser el vendabal de fe y de piedad necesario para resistir la avalancha de rebeldes que amenaza demoler el escenario del drama. No es siquiera el Pedro Froment de "Lourdes". Nada. Interviene poco en la acción; entra y sale obedeciendo al traspunte, perdiéndose entre bastidores sin que al público le despierte interés ni antipatía.

DOLORES

Mármol esculpido por un maestro de la estatuaria religiosa, tallado por mano creyente, clásico, sin atrevimientos rodinianos, sin osadías de gesto ni de alma, tal es, psicológicamente Dolores; símbolo de la Caridad en la novela.

No puede hacérsele, frente a Goga, la objeción que a Méndez frente a Germán. Sería más bello, es cierto, un tipo de mística batalladora o claustral, Juana de Arco o Teresa de Jesús, deslizándose por el fanatismo alucinatorio, con crisis de éxtasis, altruismos patológicos, capaz de hermosos absurdos de poseída medioeval, con estigmas, como las que vivieron en el crepúsculo de la era demoníaca.

No es dudoso que un bello contraste nacería de un tipo semejante, frente a Goga, oponiendo una fe única a una rebeldía sin freno. Sería más dramático, más emocionante, más estético quizá. Pero tal como surge de la obra, y como remata en "Hacia la Justicia", la silueta psicológica de Dolores es meridiana. No ostenta facetas mórbidas en el prisma de su alma, su gesto es siempre mesurado, como si la piedad lo hubiera tallado en blanquísimo Paros; su verbo es evangélico, y su mirada dulce, y su caricia blanda, y su consuelo penetrante como luz de aureola en las conciencias desesperadas.

Siempre es digna. Lleva modestamente el socorro a los menesterosos que lo necesitan; da sin mortificar, aconseja sin ofender, conquista sin combatir. Corre por el suburbio en busca de una lágrima enjugable, de una desnudez que cubrir, de un desvarío que evitar. Así llega a una choza donde un anciano se apaga en la miseria. Go-

ga la ha precedido y trabaja con ansiedad en la seducción de una huérfana: reconoce a Dolores, insulta en ella al cristianismo, a la caridad; la acosa a insolencias, la deprime, la babosea. Y Dolores, serenamente muda, como quien tiene la conciencia de una misión, escucha. "Goga hablaba con la cabeza echada para atrás y el cuerpo erguido. Sus narices se dilataban en ese himno de odios y de venganzas. Una luz fría iluminaba el azul de sus ojos. Dolores la miró con tristeza y se acercó a ella, y suavemente le contestó con voz llena de humana pena: —Cuánto mal le habrán hecho los hombres, no es verdad, señora? Qué culpables son! ¿Por qué pierden estas divinas hermosuras? Agregó Dolores levantando las manos al cielo como si rezara, ¿por qué las arrebatan a Dios? Venga, Goga. Cálmese. Siéntese aquí.—Acercó una silla. Goga le dirigió una extraña mirada y se sentó". Es una escena de encantador de serpientes. Dolores parece una maravillosa telaraña que en las mallas de su tejido aprisiona al más urticante de los insectos.

Y ese contraste entre ambas se mantiene vivo en todo el desarrollo. En la estación, cuando la multitud de peregrinas se estremece por la aparición de la incendiaria, Dolores, siempre magnánima, va hacia ella, la consuela, abre en su alma una grieta a la esperanza. Y la seducción se completa. Goga, convertida por el amor, y por la locura, pasa de uno a otro extremo, hasta inmolarse para salvar a la familia de su ángel bienhechor, pagando con su sangre la redención de su espíritu y muriendo en brazos de los que fueron enemigos.

Como símbolo de la Caridad, Dolores es irreprochable. Esa misma es la causa de su ineficacia sobre las masas: porque la Caridad es impotente. No previene el mal, lo disfraza. Quiere enmendar los efectos pero no consigue suprimir las causas, que son muy hondas. La cuestión social no se resuelve con eso. No se trata de dar un mendrugo al que muere de hambre, sino de evitar las injusticias que benefician a los que huelgan y dañan a los que trabajan.

ELBIO

Ante Goga moribunda, el autor prepara la aparición de su nuevo personaje, símbolo de la regeneración por

las buenas intenciones, tan loables como inútiles cuando no corresponden a la experiencia.

Dolores ha convertido a Goga agonizante. Elbio, el joven médico, hijo de Martín Errécar, sale a la calle y Ricardo así lo dialoga:

"—Y?—Mal, contestó Elbio.—Tanta mala vida, pues! No es cristiana. Como la va a salvar Dios, agregó Ricardo.—No es eso, Ricardo.—Jamás se ha confesado, Elbio.—No hace falta eso.—Ni ha rezado, ni conoce a Dios, ni es cristiana.—No hace falta. No hace falta, repitió el médico.—Y sobre todo, es preciso cuidar a Angélica, agregó Ricardo. Yo ayer no me dí cuenta pero la reflexión ha venido. Cómo podemos consentir que se manche de esta manera toda nuestra tradición. Si cura, cómo va a vivir con nosotros? Es imposible!"

Así presenta el autor, en su desnudez ingrata, al sectarismo negro, tan odioso y violento como el sectarismo rojo; no tiene, siquiera, la piadosa ecuanimidad impuesta por la muerte de la mujer impía!...

De allí nace Elbio. "Es claro, rompió Elbio impetuosamente, es claro! Jesús perdonaba, pero ustedes lo han perfeccionado y ya no perdonan! Son muy rígidos! ¿Sabes tú lo que exhala ese pobre cuerpo, sabes tú lo que exige esa alma. quebrada injustamente por la miseria y el abandono? ¿Callas, no? ¿no ves que lo que exige es la compasión infinita, son todos los perdones, no ves que es moribunda? Lo que yo observo es que, cuanto más sectarios son ustedes, resultan menos cristianos!"

Para su misión de pacificador Elbio necesitaba ser hijo de Martín Errécar, el viejo sano y laborioso, el obrero de ayer que ha llegado a tener su buen pasar y enaltecer el apellido con el doctorado filial; pequeño burgués que. sin ser reaccionario, no ha pensado mucho en las posibilidades de una trasmutación social. Elbio queda profetizado en las pocas palabras de su padre a Méndez: — "Esto no anda, ésto no anda. Ustedes rezan demasiado y trabajan poco; los anarquistas son holgazanes y obedecen a malos predicadores".

Elbio es tibio de moralidad y de acción. Es un "socialista vergonzante" Quiere el socialismo, nada más, nada menos; lo reconoce bueno y necesario, sabe que es inevitable, pero desea que venga gradualmente, sin sobresaltos, por lisis y no por crisis. Pero, más que todo,

se empeña en que no le llamen socialista y hasta se dice enemigo del socialismo, siendo un simple "evolutivo y posibilista", como son hoy los políticos prudentes de todos los países.

Aunque pocos, Elbio tiene momentos acertados.

La multitud, después de cavar la fosa y abrir con dinamita la cloaca que le servirá de oprobiosa sepultura, se apresta a arrojar a ella una vieja proxeneta. En medio de la náusea inmunda, entre el hedor gangrenoso de aquel ambiente, cuatro bandidos levantan su cuerpo y marchan hacia el pantano. De pronto un hombre cruza el paso a la multitud, y con el gesto, con la mirada resplandeciente, con la palabra dominadora, detiene el crimen, suspende el martirio: es Elbio. La multitud se agrieta, se contuerce, se disloca; hay una reacción repentina y un soplo de sensatez orea las mil cabezas, arrastradas al delito por sugestión de Germán. Pocos minutos después, cuando el grupo se aparta para correr tras la sangre y el incendio. Elbio dice un discurso, tan exacto como vulgar, en el que expone los principios del socialismo de Estado, ora dirigiéndose a los ricos, ora a los menesterosos, discurso que se encuentra en folletos de propaganda de los clubs socialistas. Su palabra es reposada, justa, casi elocuente. Las masas lo aplauden y el tribuno queda convertido en jefe de los 'trabajadores libres", que proceden bajo su dirección, a solucionar *ipso facto* la cuestión social.

Ya veremos cuán inexactas son estas ilusiones sociológicas.

* * *

En resumen, Germán, instigador de la multitud, es un *desequilibrado hereditario*, hijo de un padre delincuente y de una madre que no conoce. Le han faltado la caricia maternal y la tibia dulzura del hogar. Su educación es torcida. De los brazos mercenarios, en que oye nenias adormecedoras, pasa al colegio de jesuítas, donde una atmósfera de hipocresía rebela precozmente su espíritu. Las lecturas anarquistas encuentran en su alma un terreno propicio para el florecimiento de todas las rebeldías. Su padre, en un sugestivo testamento, le conmina a venganzas contra toda la sociedad. Así se

forma la siniestra psicología que le precipita locamente en la insurgencia.

Goga es una *histérica*. Nace en el charco y crece desafecta a la moral del medio en que vive. La miseria la empuja entre los brazos de un hombre infame, que la abandona en seguida a la prostitución. La histérica se encuentra con el desequilibrado; la morbosidad recíproca los atrae y constituyen la pareja delincuente. El anarquismo entra como factor ocasional en su psicología. Germán se autosugestiona por lecturas sectarias y las infunde a Goga; él es el *íncubo* y ella la *súcubo* de la pareja.

Méndez, hijo de un suicida, tiene una psicología indecisa, mezcla de bertoldo y de tartufo. Es un *sectario* incapaz de vuelo mental, ni de bellos gestos en la acción. Su retrato está, entero, en su diálogo con Elbio, en presencia de Goga moribunda.

Dolores es una *mística* cuya vida es una piadosa peregrinación a través de las lágrimas de los desgraciados.

Elbio es un *iluso optimista*, con ingenuos pujos de apóstol, sin otra falla que la de pedir a los ungüentos la salud que sólo puede esperarse de la cirugía.

IV. — PSICOLOGÍA DE LAS MULTITUDES

Aunque su estudio data de pocos lustros, fué en todos los tiempos vigorosamente intuída por los artistas más geniales. Sin hacer una excursión por las obras de los escritores clásicos, señalaremos, al pasar, cómo acuden a nuestro recuerdo, tres tipos diversos de multitud que han sido expresadas en la literatura.

Ya son tumultuosas, como las de los mercenarios que anima *Flaubert* en "Salambó"; ya es la multitud normal, como *Hugo* la describe en los comienzos de "Nótre Dame de París"; ya, por fin, es la multitud blanda, informe, como en "El Fuego" la pone *D'Annunzio* ante su Stelio Effrena, para que él sea su animador.

Sinckiewies, en su "Quo Vadis", exhibe justos bocetos de psicología colectiva: las multitudes paganas, teniendo por "meneur" a Nerón, esteta, citarista, incendiario, frente a las cristianas con sus tres "meneurs" heterogéneos: Pablo, el mensajero, Pedro, el bondadoso, Crispo, el agresivo.

Pero nadie mejor que *Zola* ha sabido animar las mul-

titudes con el soplo del arte. Le vemos exhibir en "Germinal" las pasiones desenfrenadas de la multitud delincuente; en la "Debácle" hace palpitar la vida de esa forma especial que es el ejército en acción; en "Lourdes" nos lleva a contemplar el pío desfile de multitudes afligidas y creyentes.

El autor de "Hacia la Justicia" ha sido feliz en la descripción de esas almas colectivas. Su turba anarquista evoca a la de "Germinal"; la de sus católicos invita a recordar las magistrales páginas de "Lourdes".

La primera se mueve en el escenario de la inundación. Es sorda y silenciosa, legión de vencidos por las aguas que anegan sus chozas miserables. Marchan en la noche, invisibles, presentidos más bien que descubiertos. Sólo la mansedumbre de los Errécar y el rebelde gesto de Germán caen, como gotas de laca, sobre el cuadro brumoso en que desfila esa multitud amorfa.

Esa es la masa indefinida todavía. Sobre ella actúan, en seguida, los sugestionadores. Germán y Goga esparcen la simiente de rebelión; los Méndez, la de misticismo. Y la masa se organiza, se define, las sectas se forman, engranaje complicado de sugestiones cada vez más complejas, llegando a la acción, al choque, al exterminio.

En plena huelga predica Germán su credo, disecando ante la chusma las injusticias sociales. "¿Para qué van a rezar? Los obreros no tienen primaveras. La indigencia les ha arrancado el corazón y no los suelta. Dios cuida la casa rica, que regala altares, cirios y custodias; luego los pobres usan la blasfemia y el sarcasmo, lanzándose a la calle con la protesta. Llenan las calles y plazas, acariciando la huelga. Germán guía a la muchedumbre. Habla al pueblo.

"Son frases crueles. Hieren. Es el eterno ritornelo que los hace estremecer de miedo, y sobre su banco, en la gran plaza de la ciudad, a la caída de la tarde, entre los rayos del sol tibio que se hundía en la Pampa, mientras los árboles brotan y los pájaros gorjean, la figura del anarquista tenía la apocalíptica grandeza de un fantasma". El escenario necesita nuevos personajes, nuevas comparsas.

Llega la turba de mujeres en desorden, con clamores de tumulto: son las cigarreras enfermas de nicotina, acaudilladas por Goga. Los dos "meneurs", el íncubo y

súcubo de la pareja, la azuzan, la aguijonean con la espuela del insulto. Entonces la turba se desenfrena, y, semejante a lo que en "Germinal" hace con el superintendente Maigrat, la multitud lo intenta con una sucia celestina, disponiéndose a ahogarla en la cloaca. En ese momento surge Elbio.

Pero la multitud sigue a Germán, ansiosa de entonar su canto siniestro. Goga hace oir su himno sensual y rebelde. Y esa marcha de la multitud, ese desfile del furor colectivo, evoca huestes vandálicas, los grandes arrasamientos de Atilia y el furor de sus turbas exterminadoras.

Al mismo tiempo la multitud mística peregrina al santuario, buscando la felicidad en el éxtasis y la resignación en la plegaria, siguiendo al insulso Méndez, que hace lamentar la ausencia de un Froment, y pisando la estela de piedad que Dolores deja tras sí. Ya de regreso, la multitud mística acampa en la estación cuando la avalancha anarquista se acerca rugiente y amenazadora. Acude la tropa a protegerla y el choque es terrible. Y mientras los rojos combaten por sus ideales laicos, los negros "se escurren lentamente hacia los clubs del centro de la ciudad y una vez conjurado el peligro entonan un himno a María, que se dilata por las calles, como un soplo de fe y de heroísmo..."

Esa pasiva cobardía de la grey católica, que sólo parece estoica por su incapacidad de ser viril, abre la vía a la multitud enloquecida, que llega con estertores de tempestad, entre las brumas sombrías de la noche invasora, y como aquilón que muge la tétrica sinfonía de sus clamores. Son miles de cuerpos que viven bajo la tristeza del harapo, miles de corazones privados de ternura y amor, porque el alma se ensombrece cuando el estómago siente el latigazo de la miseria, porque la razón se obsesiona cuando el cerebro no ha sido emancipado de la ignorancia. Así "los malos pastores", como los llama *Mirbeau*, van a sufrir las consecuencias indirectas de su imprevisión que hambrea a las multitudes.

"A lo lejos, se veía venir el tumulto de los anarquistas, con hachones encendidos, que arrojaban en lo alto sus crenchas de llamas verdosas. Parecía un ejército de fantasmas, en un desenfrenado desorden, ocupando calles y veredas, y furiosamente bramando hacia el gran

portón de la fábrica. El edificio estaba silencioso y sin luz, como si hubiera sido abandonado, con algo de esquivo y tenebroso. Parecía esconder una celada. Para llegar a él, tenían que atravesar las filas de los católicos, que seguían cantando el himno a María. Por fin vino el choque. Las dos psicologías se prepararon a despedazarse. De un lado los cruzados, dispuestos a morir y a matar por la religión; del otro los vengadores, dispuestos a morir y a matar por los sacrificados de todos los tiempos".

Méndez y Germán se divisan en el entrevero, se acercan, se injurian, se escarnecen. Germán se aproxima cada vez más, con el puñal en alto y con los ojos enloquecidos.

"Y cuando se iban a herir con furor, una oleada de pueblo los arrebató en alto y los separó, en una espantosa zinguizarra, arrastrándolos a través de la gritería y del estrépito. Aquí caía uno, allí otro, manchado de sangre; más allá un alarido de dolor, que sacudía la tiniebla; el sordo rodar de cuerpos por los adoquines, una manejada humana, aplastada contra las paredes y tirada por todas partes; el tambalear de una muchedumbre que parecía borracha de cólera, en medio del desesperado pujar de brazos y cuerpos y del estertor sofocado de los que se asfixiaban. Una llamarada de incendio resplandeció, bruscamente, en la calle tumultuaria, y aparecieron, en la claridad, los rostros trágicos de los combatientes, iluminados por el fuego siniestro. En frente de ellos ardía la fábrica y detrás de los cristales sucios se veía el fulgor de la hoguera y las llamas que escapaban fuera, resoplando en medio de la estridente carbonización de los tabacos y del estampido de los techos al derrumbarse. El horizonte se tiñó de rojo y una nube de humo, salpicada de chispas y de haces ardientes, se dispersó en el aire caliginoso. Y mientras el calor quemaba las ropas y hacía retroceder y huir a la multitud agitada, una descarga de fusilería, llena de amenazas, apuró los miedos de los fugitivos, que se atropellaban por las calles iluminadas, en medio de alaridos feroces.

—"¡Los soldados! ¡Los soldados! gritaban. Los católicos los traen. ¡Asesinos! ¡A la casa de Méndez! ¡Al jefe canalla! ¡La muerte! ¡La muerte!"

"Y cuando los anarquistas se dirigieron, rugiendo, hacia la casa de anchos corredores, los clericales se reu-

nieron lejos, silenciosos y resignados, en un enorme grupo, heroicamente lentos, aceptando aquel inmerecido martirio. Y desaparecieron, siempre tranquilos, en su marcha solemne por calles desiertas, como si aquel morir de los amigos por la fe fuera savia que robusteciera el manantial de divina gracia.

"Los heridos que podían caminar los acompañaban sin quejarse y agradecían, en silencio, al Dios de los fuertes, que los hubiera probado. Eran almas de grandeza estoica, que veían correr la sangre de sus cuerpos y la ofrecían en holocausto, y ultrasectarios que rezaban muriendo, convencidos de redimir al mundo, mientras los anarquistas que yacían con vida sobre el pavimento, aceptaban el sacrificio, que iba a mejorar la vida de los proletarios entristecidos, los parias miserables de todas las épocas!

"Un grupo de hombres, arrancado de la estación por la fuga, perseguido por las descargas de los soldados, borrachos de alcohol y de rabia, se azotó, corriendo, hacia la casa de Méndez. En la punta, Germán, con torvo gesto, lo animaba, con la blasfemia homicida. Su cara era tétrica; sus ropas estaban manchadas de sangre. En la carrera veloz tosía a cada rato y arrojaba esputos rosados. Nunca, como en ese momento, había sido más lúgubre su alma de crimen, salvaje en el rencor de la derrota, enajenada en aquella orgía de delito, en aquella lujuria de devastación y muerte. Su voz no se oía, en el clamoreo horrendo de la horda; pero sus ojos daban miedo, rodeados de una vislumbre escarlata. Todas las puertas están cerradas; todas las ventanas están cerradas. Hay en la calle, entre las sombras de la noche, el terror de la estepa solitaria, por donde pasan aquellos de la tierra baja. Tristes malditos, arrebatados por la sombría demencia! Y Germán adelante siempre, gigantesco y lívido como si caminaran con él los bandoleros de todas las cárceles, las sentinas y las zahurdas que cobijan y ocultan los vicios, y las degeneraciones de la recua humana. Ya no era un hombre aquel; parecía un furioso orgasmo, que alzaba sobre todos la cabeza satánica, en un paroxismo de cólera, en esa agitación de exterminio y de venganza. El espectro de Enrique Valverde le gritaba al oído las palabras fatídicas:

—"Te encontrarás con los Méndez. Han ofendido a tu padre. Aniquílalos.

"Cien varas adelante, corría Goga con sus crenchas al viento, con las ropas desgarradas. Su carrera era vertiginosa. Sentía detrás el estrépito de los bandidos que se acercaban. A lo lejos un redoblar de tambores; las casas temblaban. ¿Si llegaría a tiempo para salvar a Dolores? Agarró el llamador con todas sus fuerzas y la calle resonó de los estampidos del hierro. Acercó el oído a la cerradura y sintió como un murmullo tranquilo y largo. Goga había comprendido.

—"Están rezando el rosario, exclamó. ¡Jesús! Los van a matar.

"Y levantó el llamador y la calle resonó del grave estampido de los golpes. Entonces se azotó muchas veces como una loca, con todo su cuerpo, contra los batientes. Adentro se sentía el mismo murmullo tranquilo y largo. Seguían rezando el rosario, en los momentos que aparecía la lívida máscara de Germán Valverde, iluminada por un hachón de resinas. Traía en la mano una daga brillante; otros blandían hachas. Cuando llegaron cerca, Goga daba espaldas a la puerta y había extendido los brazos para defenderla. En ese momento tenía en el rostro una serena hermosura de angel y en los ojos una transfiguración de cielo. Sus cabellos caían, como un río de oro, sobre el pecho desnudo. Era casi una casta, en su tranquilo heroísmo de mártir!

"El redoblar de los tambores se oía más cerca. Los soldados ya dispersaban la retaguardia en momentos en que las hachas caían sobre la puerta a despedazarla.

—"Fuera Goga! Fuera, rugió Germán abalanzándose sobre ella. Gran perra! también tú los defiendes!"

Y aquí fué cuando Germán, ciego, blandió su daga filosa contra el busto provocativo de Goga, que antes acribillara tantas veces con ardientes besos. En seguida de clavarla en la puerta cayó bajo el estallido sanguinolento de su pulmón, mientras la turba, asombrada de su propia crueldad, huía a ocultar en la noche la vergüenza de sus excesos.

Son páginas de maestro, que apasionan y caldean, contrastando con la inexplicable frialdad de las multitudes de obreros "modelos" que siguen a Elbio, un socialista moderado que no entusiasma ni irrita.

¡La bonanza no tiene en su mudo cordaje los ritmos sonoros y tempestuosos del huracán! Y en las almas sucede lo que en la naturaleza.

Vemos, en suma, que la multitud primitiva, la que desfila silenciosamente bajo la lluvia y entre la inundación, es una masa humana sin sentimientos colectivos, una MULTITUD NO ORGANIZADA. Las sugestiones de los "meneurs" la animan, dándole sentimientos y organización. Así se forma la MULTITUD REBELDE que va al crímen en plena inconciencia y con absoluta irresponsabilidad de los actos que realiza. A su lado se mueve cobardemente la MULTITUD MÍSTICA y entre ambas nace la ilusa MULTITUD POLÍTICA sugestionada por Elbio, a la que el autor atribuye una conciencia de su misión, erigiéndola en partido de reforma social pacífica.

V. — INDUCCIONES SOCIOLÓGICAS SOBRE LOS CONFLICTOS SOCIALES

Sólo queda por decir, y debe ser expresado con honesta severidad, el juicio que nos merecen las ideas sociológicas acariciadas por el autor en sus divagaciones de augur inexperto. Es un juicio breve. La realidad social no es accesible por el método de la adivinación, ni por sentimientos de simpatía que exponen a caer en ingenuidades; el autor, lo mismo que su Elbio, aparece como un ingenuo "socialista vergonzante", sin saberlo ni desearlo; poco tiene de reformador o de sociólogo, mucho de lírico metafísico. No razona asociando ideas, sino diluyendo buenos sentimientos; olvida que el corazón expone a equivocarse, máxime cuando sus pulsaciones no riman con principios firmes.

La novela "Hacia la Justicia" trata la cuestión social en sus tres fases: genética, funcional, resolutiva. En la primera señala su origen y la plantea; en la segunda presenta las fuerzas en lucha; en la tercera bosqueja soluciones.

Por la boca de Germán Valverde hace el autor la crítica de la organización social presente; es feroz, despiadado, cruel en la ironía, sangriento en la invectiva. Su palabra es filosa; su gesto, incisivo. Diríase condensado en esas páginas el grito rebelde de todas las injus-

ticias, más expresivo y conmovedor en el testamento que a Germán dejó su padre, como una fatídica conminación. No sorprendería que los terroristas imprimieran por separado esos dos capítulos de "Hacia la Justicia", convirtiéndolos en folletos de propaganda.

La lucha planteada entre anarquistas y católicos da una impresión de falsedad por la ausencia de los términos medios que actúan en la sociedad real. Esas dos sectas son los polos, nada más, del gran huso en que hila sin descanso el progreso. La lucha, tal como aparece en la novela, es más simple que la verdadera, y por eso más apasionadora. Deja, sin embargo, la misma expresión que los muñecos dibujados por niños, con líneas sencillas, sin gestos complicados, caricaturando los rasgos sobresalientes; a pesar de eso, adquieren cierto vigor algunos contrastes de luz y sombra, como las máscaras de Vallotón. Pero la experiencia social es menos violenta y dramática; la realidad está llena de medios tonos, de matices, de oscilaciones complejas que no puede percibir el observador inexperto. La novela plantea mal el conflicto, convirtiendo una secular lucha de clases o de partidos en una feroz riña de fanatismos sectarios.

La solución es ingenua. Si los extremos son malos, si la inerte plegaria es tan inútil como la descabellada rebelión, nada más vulgar que inventar un personaje que represente ideas de conciliación, pacificador sin ser místico, progresista sin ser peligroso.

Se ve, en suma, que la cuestión social está planteada en términos falsos, con un desarrollo simple y hacia soluciones mansas. El autor no observa bien porque es romántico e inactual. En lo íntimo de su corazón es socialista, persigue esa finalidad: "El último libro será para los que sufren y delinquen por ser pobres". La tesis es, sin embargo, de un socialismo lírico, sin fundamentos propiamente lógicos.

La cuestión social y sus soluciones son problemas científicos inaccesibles a los ignorantes, sean ricos o pobres, católicos o anarquistas. La ciencia es demasiado aristocrática, exige un poder de comprensión que suele faltar en las mentes incultas. Del autor de "Hacia la Justicia", como sociólogo, podría decirse, parafraseando a Hugo, que resulta "el armiño de la ignorancia sin

una sola mancha de ilustración''. Fácil es indicarle algunas nociones sencillas que constituyen la mejor crítica de sus ilusiones sentimentales.

Las sociedades humanas evolucionan a medida que se desarrolla la técnica productiva, haciendo más eficaz su lucha contra la naturaleza. Ese desarrollo progresivo tiende a elevar el bienestar medio de los individuos en la sociedad, pero ese resultado, por razones complejas que es imposible analizar aquí, no es simultáneo para todos los hombres, formándose clases privilegiadas y clases desposeídas. La lucha entre las clases, para la elevación de su bienestar colectivo determina los conflictos sociales, independientemente de las personas que en ellos actúan y que pueden tener la ilusión de motivarlos. Cada conflicto plantea problemas políticos y determina la aparición de doctrinas que se proponen resolverlos; pero los apóstoles y los teorizadores, aunque parecen causas, no son sino expresiones legítimas de la historia misma, que se va haciendo incesantemente.

No se puede marchar ''hacia la justicia'' con sólo cambiar los sentimientos de las personas; lo indispensable es que se transformen las instituciones que hacen posible la injusticia. El verdadero optimismo social no parte de buenas intenciones sino de la experiencia misma: si el desenvolvimiento social tiende ''hacia la justicia'', no es de temer que pueda torcer su curso la mala voluntad de los ignonantes.

Una sociedad civilizada, si perfecciona la técnica de su producción, tiende ''hacia la justicia'', aunque a ello se opongan las pasiones fanáticas de los católicos y de los anarquistas. Ese perfeccionamiento es el que conduce a la socialización de las fuerzas productivas, eliminando la explotación del que trabaje en beneficio del que las acapara; pero esa reforma básica del régimen económico no puede efectuarse sin resistencias, surgiendo de éstas las manifestaciones tumultuarias que caracterizan las luchas sociales contemporáneas.

Es inútil equivocarse, suponiendo que ellos pueden suprimirse con ''palabras de concordia''. Están en conflicto intereses económicos inconciliables, aunque a menudo disimulados por dialécticas políticas, religiosas o intelectuales. Las luchas de los partidos, de las multitudes o de los caudillos, son la expresión visible de con-

flictos económicos profundos; la cuestión social no puede explicarse como el choque de dos sectarismos, el clerical y el anarquista. Ellos son, acaso, la expresión más llamativa en que se polariza la opinión de los intereses inconciliables, pero lo llamativo no es lo verdaderamente fundamental.

Problemas del día son los del proteccionismo y del libre cambio, del oro y del papel moneda, de la paz o de la guerra, mucho más esenciales que el choque de las facciones sectarias en el suburbio. Problema de mañana, la posesión de los instrumentos de trabajo por los mismos trabajadores.

El autor de "Hacia la Justicia", lírico e intuitivo, ha estrechado su horizonte, encerrando en límites harto modestos las formidables luchas que minan el organismo social contemporáneo. De sus premisas sentimentiales nace la conclusión, tan infantil como bienintencionada. Supone que puede aparecer un nuevo género de "trabajadores libres", capaces de escuchar la sugestión de sus palabras pacificadoras; olvida que los "obreros reales", los asalariados, tienen intereses propios y no escucharán a quien les hable de fraternidad abstracta en vez de asegurarles la posesión concreta del producto de su trabajo.

El novelista ha sustraído las masas obreras a su determinismo natural, olvidando las causas que engendran el fanatismo clerical o anarquista; supone que uno y otro podrían, en cierto momento, rendirse al iluso pacificador que arreglara todos los entuertos sociales mediante cuatro decretos políticos, como quien cambia las bambalinas de un escenario, mientras los espectadores se aburren en el entreacto.

Parece probable que la cuestión social se solucionará de otro modo, por lo menos en su aspeto presente. Todas las sociedades de tipo capitalista evolucionan hacia formas de organización que permitan una mayor solidaridad entre los hombres; el extraordinario desarrollo técnico de la producción, traerá consigo transformaciones económicas que aseguren a los que trabajan el derecho a una vida sana, culta y moral. Todo induce a pensar que ello se realizará mediante la socialización de los medios de producción, dejando a los individuos el libre uso de los productos del trabajo personal.

Las inducciones sociológicas más atendibles concuerdan en que esa es la tendencia de la evolución social contemporánea. Las diferencias entre las escuelas políticas y económicas suelen ser, simplemente, de nombres o de matices. El desarrollo de las fuerzas productivas resolverá los problemas presentes y planteará otros nuevos, sin que las soluciones puedan ser precipitadas por los anarquistas ni retardadas por los conservadores.

Las transformaciones sociales no se efectúan de manera progresiva y constante, sino intermitente y discontinua. Por eso la evolución ha sido descripta por algunos como una serie de "cursos y recursos" o como una rítmica oscilación que siempre avanza en sentido del progreso.

Las luchas entre los estados, los partidos, las sectas, las multitudes, son efecto de simples representaciones mentales colectivas de fenómenos que se van integrando y desintegrando en la sociedad misma.

Por todo ello el personaje pacificador de "Hacia la justicia" nos parece un iluso, al suponer que sus buenas palabras pondrán término a luchas que requieren soluciones más fundamentales. Los hombres que ignoran el ritmo de la experiencia social no pueden prever el curso de los sucesos en la sociedad de que forman parte, ni modificar con ideas inexactas la marcha de la humanidad. Esta marcha, al reflejarse en la mente de los hombres ilustrados, produce ideas que permiten interpretar el pasado, tener conciencia del presente, presentir las líneas generales del porvenir.

LA VANIDAD CRIMINAL

LA VANIDAD CRIMINAL

I. El ambiente criminógeno. — II. El contagio moral. — III. La vanidad en las cárceles. — IV. Eróstrato. — V. El egotismo mórbido. — VI. La vanidad criminal. — VII. El erostratismo político. — VIII. El individualismo antisocial. — IX. La sugestión criminal. — X. El periodismo y la criminalidad.

I. — EL AMBIENTE CRIMINÓGENO

Puede perdonarse la vanidad al que realiza buenas obras; en el que nada hace, resulta risible; en el que procede mal, es repulsiva. Ciertos defectos y vicios, comunes a todos los hombres, adquieren caracteres típicamente antisociales en las personas de moralidad inferior. Sin el sentimiento del ridículo que nace de la cultura, y sin el contralor ético fundado en la educación moral, algunos sujetos llegan a jactarse de palabras y acciones reñidas con la más elemental honestidad o abiertamente encenagadas en el delito. El hecho no es nuevo; lo señalaba ya La Bruyére y acaba Lombroso de analizarlo en sus bosquejos de psicología criminal.

La vanidad mórbida es de fácil observación en las gentes mestizadas y parece obedecer a causas étnicas. En una de sus novelas coloniales dice el historiador V. F. López que "los zambos y mulatos llegados a mejorar de condición solían enorgullecerse de hechos que avergonzaban a la gente decente, mostrando en sus palabras vanidades malsanas"; de esta característica racial han multiplicado los ejemplos autores tan estimados como Sarmiento, Ramos Mejía y Bunge. Todos conocemos algunos ejemplares enfermizos de "vanidad inmoral", fuera de las cárceles. Pero los que hemos estudiado la psicología de los delincuentes en los sitios mismos donde purgan sus delitos, conservamos algunas impresiones indelebles de ciertos tipos más expresivos.

Cuando en un país ocurren delitos de resonancia, ana-

lizados por la prensa y comentados por el público, se crea una atmósfera criminógena apropiada para tentar la vanidad de los predispuestos. Las apologías de matones y asesinos, por razones de localismo incivil o por espíritu de rebeldía antipolicial, acaban por formar verdaderas leyendas que incitan a la imitación. José María en la Sierra Morena de España, Musolino en las montañas de Calabria, Juan Moreira en la campaña de Buenos Aires, son tres tipos legendarios que han despertado émulos en las clases menos cultas de sus países respectivos.

Hay quien se enorgullece de sus delitos, pero también hay vanidosos que se jactan de matonadas y pillerías que ni siquiera son capaces de cometer. Espíritu de imitación, sin duda, en los más. Pero, en algunos, pura y simple vanidad, no enfrendada por criterios morales.

Ciertos sujetos llegan a fingirse autores de delitos que no han cometido; se exhiben, ante los demás, como capaces de actos que son motivo de vergüenza para el común de los hombres. El profesor De Veyga, que ha intentado explicar estos hechos, señala, entre otros móviles, la utilidad social para el simulador del delito.

Esa utilidad debe atribuirse al medio inferior y se traduce en prestigio para determinados géneros de delincuencia. Haber muerto a otro hombre, seducido a una doncella, falsificado una elección, acertado una tramoya bursátil, son hechos delictuosos que confieren al "hombre sin escrúpulos" una reputación que nunca alcanza el "hombre de principios"; pero ello sólo es posible por la inferioridad moral del ambiente. Fácil es comprender que los autores de esos delitos se envanezcan de ellos; y, también, que los incapaces de cometerlos tengan la vanidad de simularlos, para sacar provecho del prestigio que los acompaña en los ambientes de "matonismo" o de "picardía".

La simulación de la delictuosidad difiere, sin embargo, de la vanidad criminal. El simulador se propone "sacar provecho" de su conducta, simulando una guapeza o una picardía que no tiene, lo que ocurre en ciertos sujetos que hablan como el Cid y obran como Cacaseno. El vanidoso, en cambio, anhela "conseguir gloria" con sus actos delictuosos, siendo capaz de cometerlos por simple amor a la celebridad.

II. — EL CONTAGIO MORAL

Por el año de 1900, estimulada en la prensa y en el teatro, se produjo en Buenos Aires una epidemia de "moreirismo". De tiempo en tiempo, en los suburbios de la ciudad, algún sujeto de la mala vida,—como "El Melena", "El nuevo Juan Moreira" y otros semejantes,—agregaba a su traje habitual ciertos atributos de la antigua vestimenta gauchesca y decidía resistir a mano armada a las autoridades. Provisto de la clásica guitarra,—en que, por lo general, no sabía tocar,—el matón de barrio se echaba a rodar por los despachos de aguardiente, cantando con voz desafinada algunas décimas "tradicionalistas", aprendidas en malos folletos poéticos, casi siempre compilados por editores catalanes o italianos. Antes que la policía diera con ellos en la cárcel, algunos cronistas policiales se ocupaban de hacerles buen reclamo en la prensa de mayor circulación, creando el ambiente criminógeno indispensable para que otros sujetos predispuestos se decidieran a imitar o simular el "moreirismo" en escenarios más modestos.

En otro género de criminalidad se produjo, al mismo tiempo, un fenómeno semejante. Las novelas policiales puestas en boga después de Conan Doyle, han circulado en el mundo de los delincuentes astutos, refinando los medios de robar y estafar, y los ardides para burlar a la policía. Tipos verdaderamente ingeniosos—como el "Vizconde de Guadiana", que acabó por publicar sus "Memorias"—han estimulado el amor propio de sus colegas; los más vanidosos se empeñaron en cometer o simular delitos que, por su mucho ingenio, hicieran descollar su nombre sobre la vulgaridad.

Ese estado psicológico ha favorecido un recrudecimiento de la vanidad criminal entre los delincuentes profesionales de Buenos Aires; muchos son los que, en vez de avergonzarse de sus crímenes, se jactan de ellos. No vacilan en agravar su propia responsabilidad, con tal de "figurar" en su mundo; y cuando no pueden cometer delitos tan interesantes como desearían, se deciden a exagerar los efectivos o inventar algunos que les hagan cobrar fama entre sus iguales.

III. — LA VANIDAD EN LAS CÁRCELES

Este fenómeno llamó especialmente nuestra atención al visitar una cárcel. De pronto, rimando el tono de su voz en el matiz grisáceo de la tarde sin sol, un mulato con cuello de toro y manos como garras, nos guiñó el ojo picarescamente. Vivía más satisfecho en la Penitenciaría que en su "bulín" del suburbio. Mirando su cara simiesca parecía leerse en ella la satisfacción de un hombre que ha realizado su ideal. Mientras recorríamos los corredores cenicientos, cuya penumbra cobija tanta lacra pavorosa y donde cada alma es una pústula, el sujeto nos tocó el hombro a hurtadillas, para que no le vieran los empleados del establecimiento.

—¿Es usted el doctor?—nos preguntó.

—Sí; ¿por qué?

—¿No querría publicar mi retrato en algún diario o libro suyo, como hicieron con el de "Melena"?

—Pero usted no cometió delitos tan interesantes...

—Porque no pude. Mas le juro que cuando ví el retrato del "Melena" en todos los diarios, sentí anhelos de ser un gran hombre como él. Desgraciadamente, fallaron mis proyectos. Me tomaron en seguida. Porque si no...

Y, junto con la vanidosa amenaza, el celeste sin brillo de sus ojos se iluminó súbitamente, como cuando en la pesadumbre de un cielo nublado se desarticula un rayo.

Pocos pasos más lejos, un gandul de veinte años, nos desmenuzó la crónica de su adolescencia. En el prisma de su vida, aun breve, no había un solo resplandor de honestidad. Nos exageró con inmoderada fanfarronería las páginas más abyectas de su historia. Le preguntamos por cuántos años estaba sentenciado.

—¿Yo? Nada; tres años. Pero advierto a Vd. que mi padre está condenado a treinta y mi hermano a doce. Y de mi padre hablaron mucho los diarios. ¿Comprende?

Un "Moreira" del Barrio de las Ranas nos puso quejas contra las inicuas autoridades que no le dejaban estafar y acuchillar en paz.

—Ya hice publicar un lindo suelto en "El juicio final". ¡Ese sí que es un buen periódico! Siempre nos publica algo contra la policía. Pero le juro que cuando salga haré hablar de mí en los demás diarios, porque yo

no soy un pillo vulgar ni un cuchillero como cualquier otro.

Manifestaciones semejantes hemos oído ciento en las cárceles. Un rengo—de alma no menos que de piernas—autor de varios homicidios, nos pidió intercediéramos ante el director para que le permitieran garabatear su autobiografía: "Vale la pena, se lo aseguro; yo soy un hombre que ha trabajado bien. Créame que va a quedar hecho un poroto el "Vizconde de la Guadiana". Un eminente "punguista" pidió permiso para venir a la dirección y lucir sus habilidades en presencia de los visitadores: en un santiamén nos dejó limpios de relojes y alfileres, antes que autorizáramos su ensayo. Un homicida, verdadero arquetipo de la degeneración, con una de esas caras que ilustran los atlas de criminología, reclamó con violencia: "Háganme lo que quieran. Aguantaré que me maltraten y asesinen. Pero no me impidan hacer conocer de todo el mundo las principales circunstancias de mi vida y las causas de este crimen". Otros, por docenas, nos refirieron sus delitos. Ponían, todos, particular empeño en pavonearse de sus hazañas. Los más foragidos adornaban sus aventuras cargando la pincelada roja; los bribonzuelos de segundo orden, mortificados por la lenidad de sus crímenes, inventaban de planta imaginarias fechorías. Los avergonzaba la pequeñez de su propia infamia.

No se trata de hechos nuevos, ni siquiera raros. Lombroso menciona muchos casos semejantes. Un tal Rossi, por ejemplo, gritaba junto a sus jueces como ante una platea: "No imitaré a mis camaradas que hacen misterio de sus acciones. Lejos de eso; las mías me enorgullecen. He robado, es cierto; pero nunca menos de diez mil francos". Y una envenenadora célebre, la Busceni, se carteaba con su amante, firmando "Lucrecia Borgia"; así denunció los propios crímenes, por no refrenar su petulante vanidad criminal.

Como estos casos podría referirse millares. Indudablemente, esos rasgos psicológicos no son exclusivos de los delincuentes de ningún país; en todas las cárceles obsérvanse con mayor o menor intensidad. Pero en ciertas épocas y ambientes predominan, constituyendo una de las peculiaridades más características de la criminalidad.

Los hechos particulares interesan a los cronistas y a

los curiosos; el hombre de ciencia sólo se preocupa de establecer lo que es más común en todo un género de hechos. Por eso suele repetirse, fundadamente, que *sólo hay ciencia de lo general.* ¿Cuál es, en este punto, el hecho general en la psicología de los delincuentes, prescindiendo de las circunstancias particulares? Entre los criminales hay verdaderos Cyranos y Quijotes del delito, como los hay del arte o de la caballería; existe una criminalidad que busca el camino de la gloria y una variedad criminal que mira al público y a la posteridad.

IV. — ERÓSTRATO

Eróstrato, el obscuro e inmortal ciudadano de Efeso, ¿fué un simple vanidoso o un verdadero megalómano? Callan los historiadores a este respecto; por ese entonces no había alienistas que pusieran, como ahora, sutiles diagnósticos a los cerebros que caían bajo su escalpelo. Vivía, sin duda, obsesionado por una atroz pesadilla: su nombre no quedaría en la historia. Necesitaba vincularlo a algún hecho grande, universal. Miró en su interior y se vió impotente para emprender una obra buena. Recordó entonces que los grandes conquistadores se inmortalizan mediante devastaciones y carnicerías en vasta escala. Una obra grande y mala ¿no valdría lo mismo ante la posteridad? Con gesto de bárbaro puso fuego al templo de Diana. Quería solamente la gloria; y la gloria, para él, estaba más allá del bien y del mal. La asió como pudo, cogiéndola por su único garrón vulnerable, como el que Tetis dejara a Aquiles. Legó su nombre a la posteridad, asociado a una gran obra mala. ¿Acaso Caín es menos célebre que Abel?

La leyenda es conocida. En Efeso, ciudad de Jonia, en el Asia Menor, existía un templo que figuraba entre las siete maravillas del mundo, como el Coloso de Rodas. Tenía 425 pies de largo y 220 de ancho; lo sostenían 137 columnas de 60 pies de altura, erigidas por otros tantos reyes, en el espacio de 220 años. Lo enriquecían tesoros de toda el Asia; sus pinturas, estatuas y bajorrelieves eran obras maestras de los artistas más célebres; las puertas y el artesonado eran de ciprés y de cedro; la estatua de Diana, modelada en oro. El mismo día en que nació Alejandro el Grande,—y mientras Diana asistía

al parto de la madre del príncipe,—Eróstrato prendió fuego al templo, deseando inmortalizar su memoria por la magnitud de la infamia. En vano los Efesios decretaron que el nombre de este bárbaro no fuera pronunciado jamás; la historia ha satisfecho la vanidad del criminal.

Algunos poetas griegos y latinos han enmarañado la leyenda de Eróstrato, forjando otras versiones; para nuestro objeto basta la enunciada. Sólo diremos que el profesor Lacassagne, con certero espíritu generalizador, ha denominado *erostratismo* a esa hipertrofia de la vanidad, a ese deseo de exhibición y de fama que, en muchos casos, semejantes al de Eróstrato, suele ser el móvil esencial del delito. Otras veces entra como factor preeminente en la psicología del criminal.

Eróstrato es, pues, el precursor ilustre de todos los criminales vanidosos, su "hombre representativo". Max Stirner o Nietzche habrían podido mencionarlo como un modelo de hombre extrasocial, ajeno a la ética y a las conveniencias colectivas, libre del espíritu de rebaño. Su caso moral fué extraordinariamente sencillo: debía elegir entre su fama y una magnífica obra de arte. ¿Para qué le servía el templo, cuando él muriese? Se eligió, pues; destruyó la obra de arte y él sobrevivió en la historia. Fué un gesto del individuo contra la sociedad.

V. — EL EGOTISMO MÓRBIDO

La noción pleonástica de la personalidad propia se exalta en los ambientes civilizados. El brillo de la gloria sobre las frentes elegidas deslumbra a los mediocres, como el hartazgo del rico encela al miserable. El elogio del mérito ajeno es un estímulo para apetecer la propia loa. Bajo la obsesión del éxito, que en vano persiguen, los impotentes adquieren una exagerada noción de los méritos propios. Todo hombre entra a la vida haciéndose un escenario, grande o pequeño, bajo o culminante, sombrío o luminoso; cada uno vive con la preocupación del juicio ajeno sobre su persona. Así consumen los hombres sus mejores energías, sedientos de distinguirse en su órbita, de ocupar a su mundo, de cautivar la atención ajena, por cualquier medio y de cualquier manera. La diferencia, si la hay, es puramente cuantitativa entre el

escolar que anhela diez puntos en los exámenes, el político que sueña ser aclamado ministro o presidente, el novelista que aspira a ediciones de cien mil ejemplares y el asesino que desea ver su retrato en la sección policial de los grandes periódicos.

Tarde ha dicho que el amor propio es el mayor estímulo para la acción: el deseo de brillar en nuestro ambiente inmediato, la preocupación del juicio que sugerimos al pequeño grupo que nos circunda de cerca, es la más intensa de sus formas. Los hombres, generalmente, desean que se les pague sus esfuerzos al contado, aunque sea con las pequeñas monedas del éxito sobre tablas. El rol de estos sentimientos es grande en todos los hombres, desde el más humilde hasta el más encumbrado. La vanidad, el orgullo y la pretendida megalomanía de los grandes hombres son formas intensas de fenómenos comunes, rara vez mayores que la vanidad y el amor propio de los imbéciles. La diferencia está en su cantidad, pero es una diferencia lógica y normal. A un metro y a simple vista nadie ve la pata o la boca de una hormiga, pero todos perciben la garra de un león y la trompa de un elefante; ambas son normales, guardan justa proporción. Lo propio ocurre con el orgullo ruidoso de los grandes y la desapercibida vanidad de los insignificantes.

Las que podríamos llamar "enfermedades de la vanidad" revisten dos aspectos. En algunos casos la hipertrofia patológica convierte al individuo en un extrasocial, simplemente; otras veces lo transforma en un antisocial. Los primeros se escurren junto a las fronteras de la locura; son millones de megalómanos a medias, que fermentan en todos los ambientes sociales, inadaptados por incapacidad, contradiciendo sus flacas aptitudes con el propio juicio de méritos imaginarios, cascabeleando la pompa de su yo enfermizo. Los segundos reaccionan contra el medio; ruedan al manicomio o a la cárcel, según las circunstancias.

VI. — LA VANIDAD CRIMINAL

En los delincuentes la vanidad reviste caracteres mórbidos, netamente antisociales. Se observan todos los grados: desde el simple ratero que se jacta de sus golpes audaces, hasta el regicida, que desea inmortalizarse ma-

tando a un soberano y cantando la carmañola al subir a la guillotina. Todos, en grande o en pequeño, buscan la celebridad; la persiguen como aquel señor de Gensac, de quien cuentan las crónicas del siglo XVI, que quiso batirse contra dos adversarios al mismo tiempo, sin más razón que ésta: "¡Ah, Dios mío, quiero que se ocupen de mí en las crónicas!" Ya había crónicas; luego vinieron las gacetas, los diarios, las revistas ilustradas. Todo un sistema para fomentar la vanidad criminal. El señor de Gensac no es una excepción. De Marat y de Robespierre, dice Lombroso, en un estudio interesante, que fueron criminales por vanidad, tanto como por pasión política: la desproporción entre su capacidad intelectual y su extraordinario egotismo fué una de las causas de sus excesos.

En esa misma encrucijada de la historia convergen y desfilan las grandes histéricas de la Revolución Francesa, cuya neurosis las inclinó al deseo de notoriedad y al afán de preocupar al público. Hacia la guillotina pasó Olimpia de Gouges, amazona de la pluma; sobre los peldaños de la máquina siniestra ella sintetizó en una frase toda su psicología: "¡Fatal deseo de la celebridad! ¡He querido ser alguien!" Y pasó Théroigne de Méricourt, que los Goncourt nos pintan en su precioso estilo, "a caballo, con un penacho rojo, blusa de escarlata, fusta en mano, pistolas en la cintura, cabalgando en su triunfo"; desahogaba su histérica fiebre de celebridad peleando a la cabeza de multitudes enloquecidas. Ella guió los puñales plebeyos en las jornadas de Octubre, hostigando a la masa con vociferaciones de manicomio; la pobre murió loca, en efecto. Carlota Corday tomó por asalto la inmortalidad, vibrando su arma como un rayo sobre Marat, que era la tempestad viviente; Rosa Lacombe, satanisa de la guillotina; y muchas, muchas otras, hasta que la hora trágica de la Comuna volcó del suburbio sobre el bulevar "la histeria revolucionaria", con las famosas petroleras embriagadas por el olor de la sangre y la chamusquina del incendio. En esos casos, y en otros similares, el crimen se entrelaza con la locura de la celebridad; cada una de esas histéricas soñaba legar su nombre a la historia, como heroína de la redención humana.

La vanidad mórbida asoma, pues, en todas partes: ca-

racterística predominante en la psicología delictuosa, tanto en el crimen individual como en las multitudes delincuentes.

Cuando la lucha contra el delito consista en una organización racional de los medios preventivos, que impidan los actos antisociales de los delincuentes, estas nociones de psicología tendrán utilidad en las funciones de la policía y de la justicia. La ciencia criminológica comienza a influir sobre la evolución del derecho penal; para el procedimiento policíaco merece aplaudirse la iniciativa de Ottolenghi, profesor de medicina legal en Roma, que dicta un curso de "policía científica" a los empleados de esta repartición. ¿Os imagináis las ventajas que resultarían de reemplazar al pesquisante compadrito por un técnico que ganara su empleo en un examen de sociología criminal y de técnica policial? Cualquier discípulo de Ottolenghi encontrará cien ocasiones para explotar la vanidad del delincuente en beneficio de la defensa social. Cuando quiera interrogar a un "lunfardo" le bastará elogiar sus aptitudes delictuosas, tratándole como a un maestro en su arte; el delincuente, envanecido por el elogio, tratará de confirmar esa reputación y acaso refiera con pelos y señales su propia biografía y también la de algunos cómplices o colegas. Este procedimiento coincide con un viejo aserto de Lombroso: "La vanidad profesional es mayor en los delincuentes que en los cómicos, los literatos, los médicos y las mujeres elegantes".

VII. — EL EROSTRATISMO POLÍTICO

En ciertos casos la vanidad criminal suele complicarse con un vago barniz de teorías políticas. Se prefiere las que están de moda. Así el delito aparece como una misión y su autor como "el heroico brazo que ejecuta los destinos de la historia". Es seguro que algunos próceres y héroes de las leyendas patrióticas no fueron más que bandidos afortunados; en vez de pelear con las policías del Estado, les tocó hacerlo contra soldados extranjeros. Muchos regicidas, en todos los tiempos, han sido vulgares criminales o simples ambiciosos imitadores de Eróstrato. Otros han entreverado la filosofía con la abyección, la ciencia con el delito. ¿No hemos oído al cobarde asesino de una anciana, Lebiez, pretendiendo justificar-

se, caricaturando en su beneficio una afortunada fórmula del darwinismo "Yo había declarado la guerra a la sociedad; ella es más fuerte, yo sucumbiré". Esa evolución se advierte en toda la criminalidad política. El profesor Regis ha demostrado, y lo confirmó plenamente Villette, que los regicidas de antaño fueron idénticos a los dinamiteros de hoy. Otros tiempos, otras fórmulas verbales; nada más. Ahora sus discursos reivindicatorios han adoptado un nuevo esquema: desfacer a dinamitazos los entuertos de la sociedad.

Es evidente que estos anarquistas de acción no deben ser confundidos con los sociólogos idealistas a la manera de Reclus y de Kropotkine; los romanticismos políticos son siempre respetables, mientras sean sinceros. Ni puede confundirse a los crueles partidarios de la violencia ciega con los poetas que buscan en la miseria y en la rebeldía inspiraciones concordes con su temperamento, como Richepin o Laurent Tailhade. En todos los casos, sin embargo, la simple instigación al delito es más torpe que el delito mismo; hay cobardía en aconsejar un crimen que lleva al cadalso, sin tener el valor de realizarlo personalmente.

Los regicidas han adoptado ahora la teoría de la propaganda por el hecho, creando "la guerra química", según la frase pintoresca de J. Simón. El profesor Regis encuentra en estos sujetos una hipertrofia de la vanidad que les produce desarmonía del carácter, constituyendo una forma de delirio místico. Bajo los reyes, Francia tuvo místicos religiosos; bajo la revolución y el imperio, místicos patriotas; bajo la república, los místicos son anarquistas. Cuando ese misticismo político-ambicioso brota en un temperamento criminal, tenemos al dinamitero. ¿Quién podría impedir a los delincuentes vanidosos creerse regeneradores de la humanidad y obrar en nombre de la filosofía individualista? Muchos de ellos ofrecen el más completo erostratismo. Lombroso, en un estudio por otros conceptos deficiente, encuentra que suelen ser desequilibrados y muy sugestionables, verdaderos "mattoides", presentando "una combinación de insuficiencia mental y megalomanía, con una extraordinaria exageración del orgullo y de la ambición".

En el fondo, algunos podrían ser egoístas envidiosos; en su odio al rico hay envidia instintiva por su riqueza.

Además, tienen imperioso deseo de hacer hablar de sí, son víctimas de ese cabotinaje moderno que obsesiona a tantos mediocres y anormales, sedientos de publicidad malsana e histrionesca. Incapaces de alcanzar celebridad a fuerza de talento y de trabajo, adhieren a una forma violenta de acción política y disfrazan su vanidad con el antifaz anarquista, titulándose desfacedores de injusticias, vengadores de los débiles, castigadores de la sociedad madrastra.

Orsini, su precursor, quiso mostrar que podía acometer, él sólo, una empresa equivalente a la revolución de todo un pueblo; tenía, además, "la intención de terminar con una vida que comenzaba a pesarle, mediante un acto que le haría eternamente célebre", como dice Lombroso. De otro, de Fieschi, señala Maxime du Cap, "la vanidad constante. Le complacían los extensos relatos de los diarios, repartía autógrafos a sus custodios y firmaba sus cartas: el regicida Fieschi. Sus memorias terminaban afirmando que su nombre pasaría a la historia". Y no es menos curioso Hoedel, que atentó a la vida del emperador de Alemania, el cual, antes del atentado, mandó hacer numerosos ejemplares de su fotografía, asegurando a los fotógrafos "que harían un buen negocio, pues en breve su nombre correría por el mundo entero en alas de la fama".

VIII. — El individualismo antisocial

El doctor Villette, en una tesis de Lyon, inspirada por el profesor Lacassagne, reunió datos muy curiosos acerca del exhibicionismo y la vanidad de varios individualistas célebres. Recordaremos algunos de los más significativos.

En Ravachol se percibe la más heterogénea combinación de crueldad y de anarquismo; ocultaba los instintos amorales, propios de la criminalidad, bajo el manto de reivindicaciones sociales profesadas con petulancia. Es curioso el proceso psicológico de este ladrón y violador de sepulturas, contrabandista y asesino, que intentó erigirse un pedestal con la argamasa de utópicas filosofías. Antes de recurrir a la dinamita ha usado todos los instrumentos vulgares del delito, desde sus simples manos de vagabundo hasta el puñal, el revólver y el martillo; puede envanecerse cínicamente pensando que "ca-

da uno de sus dedos ha matado un hombre''. Alguna vez, anticipándose al atentado, había dicho a su compañero Chamartín: ''¡Si yo quisiera contar lo que he hecho, verías mi retrato en todos los diarios!'' Y realizó su deseo. Por ese tiempo vimos en *Le Pere Peinard*, que recibía en Buenos Aires un librero de la calle Esmeralda, la siniestra apoteosis del bandido; en un pésimo grabado, la cabeza de Ravachol, encuadrada en el armazón de la guillotina, resaltaba sobre la luz sangrienta de una gran noche simbólica, como un astro. Después, durante años, leímos en Buenos Aires un semanario titulado *Ravachol;* en el mundo se publicaron más de treinta homónimos. ¿No es celebridad? Lo mismo queda un nombre en la historia, ya se le escriba en letras de luz o en letras de sangre. La diatriba, cuando es sonora, inmortaliza más que el elogio.

Vaillant, envidioso de tanta gloria, se propuso exceder a Ravachol. En París, desde las tribunas del Palais Bourbon arrojó su bomba mortífera al hemiciclo de la Cámara de Diputados. Ese ''bello gesto'', como lo clasificó Laurent Tailhade, fué teatral en grado sumo; Vaillant dijo, orgullosamente, que era la sanción final de su lucha contra la sociedad. Había preparado la leyenda del crimen para que su apoteosis fuese rápida y hermosa. Pudo comprobarse que poco antes del atentado envió su fotografía a Paul Reclus, a fin de que estuviese lista para la publicidad. Mr. Bertrand, estudiando su psicología, señaló ''su inmenso orgullo y una inconmensurable adoración del yo''.

Un mes después un pobre diablo falló un atentado contra el rey de Servia, en París. Ese infeliz, llamado Leauthier, escribió previamente una carta a Sebastián Faure, director de un diario ácrata, excusándose de no ofrecer a la causa más que ese mínimo holocausto, ''careciendo de medios para dar un golpe de efecto, como el sublime compañero Ravachol''. Fué excesivamente ingenuo para llegar a célebre.

Emilio Henry es un tipo más interesante. Precoz, inteligente, en la escuela había sido muy buen alumno. Su instabilidad mental le impedía esa labor asídua que conduce al éxito. Ambicioso en extremo, sus fracasos le desesperan al fin. Su anarquismo es una simple revancha de fracasado. Joven, de buen talante y casi poeta, no va al

anarquismo como desesperado a quien la miseria hostiga, que ha perdido la cabeza y ve todo rojo, no; él busca en el pequeño círculo de la secta el éxito que no le sonríe en el vasto escenario de la sociedad entera. Necesita hartar su vanidad; pronto consigue el elogio de sus compañeros y el aplauso fácil de sus amigos. El, como todos, prefiere ser primero en su aldea y no segundo en Roma. Durante el proceso, y hasta subir a la guillotina, vive preocupado por el "que dirán"; es un precavido egoísta, que desempeña el papel de emancipador de la humanidad oprimida. Fuerza es confesar que lo desempeña bien, con la perseverancia que cabía esperar de su vanidad desmesurada. Al terminar los debates escribió el doctor Goupil: "Su actitud en la audiencia, su mirada fija, su mueca impasible, su pérdida absoluta del instinto de conservación, todo evidencia que padecía una forma de locura de las grandezas, la locura de la grandeza póstuma, la locura de Eróstrato".

En el desgraciado Caserio se repite la historia. A pesar de su ignorancia, pues era casi analfabeto, encontró en las teorías individualistas un excitante de su vanidad semisalvaje. Comenzó dedicándose a la propaganda verbal y escrita. ¿Os imagináis el envanecimiento de hombres sencillos, cuando llegan a creerse periodistas universales y reformadores de la sociedad? Después se enfermó y tuvo su cama en un hospital, por una enfermedad crónica y vergonzosa. Su filosofía pesimista le indujo al suicidio; pero su yo, hecho pompa de jabón, no aceptó una muerte vulgar y modesta. "Su inconmensurable vanidad no podía resignarse a ello. Resolvió sacrificarse por la causa, vender cara su cabeza y mostrar a sus compañeros que era digno de admiración y de legar su nombre a las generaciones venideras".

Después siguieron los atentados de Czolgoz, Lucchemi, Rubino y otros, hasta Bresci. Podrían mencionarse junto a esas formas trágicas del erostratismo, otras larvadas e indecisas. Muchos sujetos disparan su arma sin proyectil para llamar la atención sobre su persona. Otros arrojan, a guisa de bomba, inofensivos legajos de folletos o reclamaciones. Hay, pues, una escala progresiva, desde los débiles mentales hasta los megalómanos razonadores. La vanidad y la sugestión constituyen sus resortes más violentos; son casos de simple criminalidad política, co-

mo los regicidas en otras épocas. Es tan absurdo reivindicarlos para el anarquismo como imputárselos sistemáticamente.

IX. — La sugestión criminal

Sugestión y vanidad: es el binomio psicológico del moderno erostratismo. En los demás delincuentes esos términos conservan su papel preponderante, aunque no exclusivos como en ellos.

La masa de la población criminal se recluta entre individuos anormales, incapaces de adaptarse a las condiciones de lucha por la vida, propias de su ambiente social. En muchos la degeneración es hereditaria: en su ascendencia hay delincuentes, alienados, neurópatas, alcoholistas, artríticos, etc. En otros la degeneración es adquirida, producto de condiciones propias del medio, primando entre sus factores la miseria, el alcoholismo, la mala educación, la falta de higiene, el trabajo excesivo, etc. En todos los degenerados el órgano más falible es el cerebro; está destinado a funciones biológicas más evolucionadas y, por ende, su íntima textura es más sensible, más frágil. El engranaje de un cronómetro se descompone por un grano de arena o por un golpecillo que no molestan a un reloj de campanario; se gana en precisión lo que se pierde en tosca solidez. Así también el cerebro. La degeneración mental puede ya observarse en sujetos que aun no presentan caracteres físicos degenerativos.

Todos los hombres son más o menos sugestibles; esa condición aumenta con la inferioridad mental, pues ésta impide oponer resistencias críticas a las ideas sugeridas: la credulidad de Cándido y de Cacaseno. Los anormales, desequilibrados y degenerados tienen disminuido su poder de contralor crítico; por eso aceptan fácilmente sugestiones que un normal rechazaría después de analizarlas con serenidad. Los fanáticos de todas las sectas religiosas y políticas suelen reclutarse entre sujetos anormales; aceptan la sugestión doctrinaria en forma absoluta y la polarizan unilateralmente, por falta de aptitud por la función crítica.

Los delincuentes, por pertenecer en su mayor parte a la familia degenerativa (exceptuando los criminales de

ocasión y los criminaloides), son eminentemente sugestionables. No sólo en cantidad, sino en calidad. Su cerebro está orientado por ideas y sentimientos antisociales, fruto del medio particular en que viven y cuya influencia reciben constantemente; la moral del hampa y de la cárcel es distinta de la moral común. Un cerebro así preparado es un receptor propicio para todo lo que al delito se refiera, es una placa sensibilizada, impresionable por sugestiones que no actúan sobre una mente equilibrada. Por eso puede afirmarse esta premisa: los delincuentes por temperamento suelen ser degenerados, de sugestibilidad anormal, influenciables por toda sugestión armónica con sus tendencias. Y su lado flaco, el más vulnerable de sus sentimientos, es la vanidad del crimen, el orgullo profesional.

X. — El periodismo y la criminalidad

Los diarios colaboran eficazmente en la tarea de sugestión funesta; son laboratorios de apologías criminales. Es un mal casi inevitable; huelgan las frecuentes protestas de los moralistas y los criminólogos. El periodismo contemporáneo, obligado a completar su información y a complacer al grueso público que lo mantiene, necesita descender a estas transacciones con el mal gusto popular, que no son las únicas.

La prensa es, indudablemente, el más importante vehículo de sugestiones. Cuando se le atribuye una función educadora, se presupone su capacidad sugestiva: educar es sugerir. ¿Qué ocurre con la descripción detallada de los delitos y la glorificación de sus autores?

Los honestos, los que piensan y obran dentro de normas tendientes a asegurar la existencia y el bienestar de cada uno, al leer esas crónicas sienten repulsión por el delito y por sus artífices: su conducta resulta de una orientación social de su inteligencia. La sugestión del delito cae en terreno infecundo, los gérmenes mueren sin infectar las conciencias.

Pero esas mismas sugestiones, llevadas por la prensa a la población criminal, producen el efecto contrario; encuentran cerebros dispuestos antisocialmente, inclinados al delito por la herencia o la educación. Cada crimen es tema de emulación profesional; cada crónica perio-

dística, un honor envidiable; el objetivo fotográfico, el ideal. Leyendo el relato minucioso de un mismo delito, el tranquilo burgués exclamará: "¡Infamia!", y el delincuente comentará: "¡Magnífico golpe!" ¿Cómo desconocer que la exposición circunstanciada de esos magníficos golpes debe tener gran influencia sobre el espíritu vanidoso de los delincuentes? Esas apologías—pues los dicterios de los periodistas resultan alabanzas para los criminales—¿no estimulan su orgullo profesional?

Si pudiéramos adoptar por un momento el alma de un carcelario habitual, si pudiéramos percibir y juzgar como él los hechos exteriores, encontraríamos en las crónicas judiciales una cátedra, enseñanzas para colmar las propias lagunas, estímulos eficaces para perfeccionar los procedimientos, hermosos ejemplos que imitar, nuevos peldaños que subir en la escala de la gloria. Siempre un ¡más arriba! en la aristocracia de la infamia. Porque el delincuente, estimulado por su orgullo, quiere adquirir celebridad en su carrera, por las mismas razones que la ansían el político y el poeta, el sabio y el artista.

Como el gascón heroico de Rostand, estos cruzados del puñal y de la ganzúa tienen su penacho, dan su estocada para completar un soneto de audaces premeditaciones. Sueñan, acaso, un rojo y siniestro San Graal, como soñaba el suyo el caballero Lohengrín. Por eso Henriot, el agudo caricaturista parisiense, escribió al pie de una página este profundo tratado de psicología criminal: "Mais, Monsieur le président, la Court d'Assises, la Guillotine, c'est notre Légion d'Honneur a nous".

LA PIEDAD HOMICIDA

LA PIEDAD HOMICIDA

I. Sentimientos y costumbres que se extinguen. — II. Costumbre, consentimiento y petición reiterada. — III. Consentimiento y petición anterior. — IV. Uxoricidio sin consentimiento. — V. Matricidio sin consentimiento. — VI. Discordancia entre lo moral y lo legal. — VII. Circunstancias atenuantes. — VIII. El derecho a la muerte.

I. — Sentimientos y costumbres que se extinguen

Un juez de provincia nos ha hecho el honor de consultarnos acerca de un caso médico legal interesante, "convencido — dice — que las leyes no pueden prever estos problemas de compleja psicología criminal, que serían resueltos erróneamente si quisiera aplicarse la letra de los códigos".

El hecho, en efecto, no es de los que la ley puede prever en sus fórmulas aprioristas; se trata de un caso de homicidio *a pedido* de la víctima, para ser *despenada* de una enfermedad incurable y avanzada. La comparación con otros delitos similares nos permitirá establecer algunos distingos necesarios entre acciones que son diversamente juzgadas por la moral y por las leyes.

El hecho no es muy extraordinario en sí mismo. En muchos pueblos primitivos, y en las clases inferiores de los pueblos civilizados, suele observarse. En los países sudamericanos, la población rural ha tenido a este respecto criterios bien definidos: *despenar* ha sido un deber de buen amigo, y negarse a hacerlo se reputaba como acto deshonroso, mezcla de impiedad y cobardía.

La costumbre, más acentuada entre los soldados que en la población civil, había tenido justificativos legítimos. La extensión del territorio, la falta de medios de transporte y la escasez de población, habían demostrado la inutilidad de trasladar a grandes distancias enfermos o heridos que por su gravedad se consideraban moribundos. Llevarlos a lomo de caballo era precipitar su muerte;

abandonarlos en el desierto equivalía a centuplicar los sufrimientos de su agonía, agregando el hambre a la falta de asistencia. Y en la hora postrera los tigres cebados y las aves de rapiña podían llegar a comerlos, semivivos todavía... Se comprende que los soldados moribundos implorasen de sus compañeros que los 'despenaran'', cuando era forzoso abandonarlos; y es sabido que los deudos del muerto solían recibir la noticia por el mismo ejecutor, agradeciéndole profundamente que no lo hubiesen dejado moribundo en el desierto.

Esos piadosos sentimientos, fundados en condiciones de hecho ya desaparecidas, hieren vivamente nuestra moral adaptada a medios sociales muy distintos. Olvidamos que muchos pueblos primitivos, acosados por el hambre, obligados a vagar errantes en busca de caza, practicaban el sacrificio de los ancianos y de los enfermos. movidos por el cariñoso deseo de no abandonarlos al hambre y a las fieras. La costumbre americana de ''despenar'' es un caso de atavismo moral determinado por circunstancias mesológicas y sociales equilvalentes; el desamparo y abandono de un moribundo revelaba una crueldad cien veces mayor que el acto doloroso de abreviar su agonía.

II. — Costumbre, consentimiento y petición reiterada

El caso actual, de verdadera ''piedad homicida'', es sencillo. Un hombre de 40 años, tuberculoso pulmonar y con lesiones laringo-esofágicas que le impiden tomar alimentos, comienza a verse morir de hambre. Durante dos años ha recorrido muchos hospitales urbanos, vendiendo más tarde un campito para entregar su producto a curanderas y manos-santas. Reducido a la mayor miseria, descorazonado, sin recursos para permanecer en la ciudad, regresa a su pueblo de campaña, donde un viejo amigo de infancia le hospeda caritativamente en su rancho pobrísimo. Al principio el enfermo sobrelleva su situación; come algo y sus fuerzas le permiten moverse en la cama para satisfacer las necesidades más premiosas. A poco andar la deglución tórnase difícil y el estado general reduce al enfermo a una completa inacción, viéndose morir de hambre, día por día, hora por hora,

En tal situación, pide a su buen amigo, a su "hermano" de toda la vida, que lo despene. El otro se resiste, intenta alentarlo, le dice que tal vez pueda sanar. Después de pocos días el enfermo renueva su pedido, con igual resultado. La tercera vez se realizó el hecho, que el acusado refiere en la forma siguiente:

A las 8 p. m. el enfermo lo llamó por señas, y con gemidos, pues desde tiempo atrás tenía gran dificultad para hablar; se le echó al cuello, llorando y gimiendo, en forma tan desesperada que él también rompió a llorar, hondamente conmovido. En ese momento el enfermo cayó de espaldas, sofocado por un horrible acceso de tos, en que parecía volcar los pulmones por la boca: y mirando fijamente a su "hermano", como implorándolo, tomó su mano derecha con las dos propias y la llevó hasta su cuello, invitándole a apretar con muecas desesperadas.

El amigo no recuerda más. Dice que estaba llorando, con el corazón partido de pena; apretó un momento, dando vuelta la cara para no ver y el infeliz quedó en seguida tranquilo, como si le estuviesen haciendo un gran bien...

Una escena de tragedia.

El estrangulador agrega que al rato salió a avisar a algunos veeinos, diciendo que el enfermo había fallecido; no le hizo velorio por su propia extrema pobreza. Al amanecer del siguiente día dirigióse al pueblo para avisar al comisario y al cura, a fin de que el cadáver fuese enterrado. Por creerlo inútil no contó que lo había despenado; nadie sospechó que así hubieran ocurrido las cosas, por ser notorio que el enfermo estaba agonizante. Pero al regresar al rancho se le aparejó un colono, y "no sabiendo qué contarle se me ocurrió decirle de cómo lo tuve que ayudar a morir al pobre Juan", según la declaración del procesado.

Aunque el narrador lloraba al referir los detalles, el colono se asombró de lo que oía, pues su mentalidad se había formado en un medio social donde no era excusable despenar a un amigo. Cuando llegaron al rancho, el colono se volvió al pueblo a denunciar el hecho, temeroso de que fueran a considerarle encubridor.

Detenido el homicida, éste declaró tranquilamente que no había contado como pasaron las cosas por no habérsele ocurrido que fuera malo y por impedirle hablar de eso la propia aflicción en que le tenía la muerte de su

amigo. El funcionario policial que le tomó declaración agregó este justo comentario: "parece que realmente don C. no cree haber hecho nada malo, y más bien que ha cumplido con los deberes de la amistad".

Lo único original del hecho, considerado como caso de psicología criminal, es que se haya realizado por estrangulación y en un enfermo crónico. El hábito de despenar ha sido común en nuestra antigua población rural, pero siempre aplicado a casos de heridas o accidentes graves; rara vez por enfermedad crónica. Por otra parte, se ha despenado siempre usando arma blanca; jamás se ha empleado la estrangulación manual.

Esas dos circunstancias distinguen el caso actual de los delitos justificados por la costumbre y lo encuadran en otro grupo, cuya posición ante la ley penal no está definitivamente resuelta.

III. — Consentimiento y petición anterior

En el hospital San Roque hemos recogido la siguiente información sobre un acto de piedad homicida realizado por uno de los enfermeros, hombre de óptima conducta y queridísimo por los enfermos de la sala V, destinada a la clínica neurológica. Nos confirmó el hecho el doctor J. M. Ramos Mejía, agregándonos que nunca se atrevió a hablar de él con el enfermero, pues no tenía duda alguna sobre su piadosa intención.

Un enfermo de parálisis bulbar progresiva había ocupado durante varios años una cama en la sala, asistiendo con toda lucidez a la evolución de su enfermedad; sabía ya perfectamente la clase de muerte que le esperaba y había pedido cien veces al enfermero que al llegar su hora le librase de una agonía terrible. El caso previsto llegó, más dramático de lo que el mismo enfermo había previsto; las funciones más vitales habían perdido su ritmo y el desgraciado agonizó durante varios días, paralizado en su lecho, sin poder hablar, ni comer, ni dormir. Todos los enfermos de la sala estaban extremecidos de horror; la misma hermana de caridad no osaba aproximarse, aterrada por el cuadro. En esas circunstancias el enfermero tomó del botiquín un frasco de jarabe de cloral y a ojo de buen cubero vertió una cantidad en

un vaso de agua; se acercó al agonizante, que no podía beber y le volcó en la boca el jarabe, con lentitud. Pocos minutos después el enfermo se durmió.

Definitivamente.

IV. — Uxoricidio sin consentimiento

Nuestra moral de hombres civilizados nos impide justificar con igual tolerancia el caso siguiente de homicidio por piedad, pero sin pedido ni consentimiento de la víctima.

Un médico dice a un sujeto que su mujer, — a quien adora, — tiene una enfermedad incurable y está condenada a una muerte segura, después de una agonía dolorosísima. La enferma ignora ese pronóstico y piensa sanar; esa esperanza es el consuelo único de sus dolores. Esa mujer, además de no pedir ni consentir que la maten, acaricia la vida y la sueña llena de felicidades entre su esposo y sus hijos. Pero el marido, desolado frente al mal que la arrastra fatalmente al sepulcro, desesperado por los dolores que torturan a su amada, seguro de que nuevos y más crueles sufrimientos atormentarán sus días restantes, decide librarla de sus penas, dándole una dosis mortal en cualquiera de las inyecciones de morfina que suele aplicarle por prescripción médica.

Este hombre mata por piedad, por infinito amor; su uxoricidio es, subjetivamente, un acto heroico. Prescindamos de los desequilibrios que pueden perturbar su mente por la desesperación, las noches insomnes, el espectáculo incesante del dolor irreparable; prescindamos de todo ello y admitamos que ha podido resolver serenamente su acción: ese hombre, ante sí mismo, es un mártir, un hombre de corazón, cristianamente honesto. Sin embargo, no obstante su rectitud moral, no podríamos justificar su acto e irrevocablemente le condenaríamos. ¿Por qué? Porque falta el consentimiento de la víctima. La conducta del marido nos parecerá, sin duda, muy atenuada por el móvil piadoso y noble que le impulsó a matar; pero a nadie consideramos autorizado para despenar a quien desea vivir, aunque los técnicos hayan declarado que la muerte es fatal e inminente.

V. — Matricidio sin consentimiento

El 26 de Mayo de 1901 un joven de óptimos antecedentes, de 27 años de edad, soltero, impresor, dió muerte a su propia madre en las circunstancias que extractamos de la sentencia firmada por el juez Tomás de Veyga y confirmada por la Cámara. El delito está probado y el autor ha confesado su crímen. Manifiesta el prevenido que "desde hace algún tiempo tenía la idea de quitarse la vida, motivando ese deseo, por una parte, su falta de colocación, y por otra, la aflicción que le causaba una grave enfermedad al corazón que padecía su señora madre", a la que no podía prestar los cuidados y asistencia que su amor filial hubiera deseado.

La víspera del hecho "resolvió suicidarse el siguiente día; y meditando sobre la suerte que correría su madre una vez privada de él, pensó que era mejor que también ella muriese, para que acabaran así sus sufrimientos físicos y sus penas morales"; de acuerdo con su resolución "escribió un papel en que comunicaba a la policía que si ocurriera su fallecimiento y el de su madre, él era el autor de las dos desgracias". Al siguiente día, "resuelto a ejecutar su plan, tomó un revólver cargado que tenía de mucho tiempo atrás y acercándose a su madre que estaba sentada con la cabeza apoyada en las manos, con cautela, tratando que no oyera sus pasos ni lo viera, le descerrajó un tiro de revólver en la cabeza"; en seguida y con la misma arma, "se descerrajó un tiro en la sien derecha, no recordando más a partir de ese momento".

Habría correspondido la pena de muerte. Pero los médicos de los Tribunales (Drago y Hernández) dictaminaron que el matador "es un histérico obsesionado que obra equivocadamente, debido a su temperamento, organización y falta de cultura, sacrificando su propia vida para conseguir lo que considera el único reposo a su alcance: la muerte. Y arribaron dichos peritos a estas conclusiones: "que es un histérico degenerado, y por lo tanto sus facultades mentales se resienten de ese modo de ser orgánico, si bien aparente y superficialmente consideradas sean normales. Estos individuos, pues, están en condiciones desfavorables para resistir a las solicitudes de sus obsesiones e impulsos, y por lo tanto su

responsabilidad debe considerarse muy atenuada''. Concurriendo estas circunstancias, el juez falló condenándolo a la pena de presidio por tiempo indeterminado, que pasó a cumplir en la Penitenciaría Nacional.

El 22 de diciembre de 1907 el Alcaide comunicó al Director el siguiente hecho: 'Llevo a conocimiento del señor Director que hoy a las 5 y 30 a. m. el guardián que abría las celdas bajas del pabellón 1, para que los presos concurrieran a los trabajos del lavadero, encontró ahorcado al penado N.º 54. Este había atado una sábana en el último barrote de la reja de la celda, pasándose un nudo corredizo por el cuello; retirando luego el banco en que estaba parado, se dejó caer de espaldas hacia la pared.

''Parece que antes de tomar esta resolución, ha pretendido suicidarse infiriéndose una herida en el costado derecho del cuello, con el cortaplumas adjunto, herida que no interesó la carótida y ninguna vena ni arteria de importancia, según se desprende de la poca hemorragia causada. De la investigación practicada y de la inspección hecha a la celda resulta lo anotado, así como que el preso no se había acostado, por estar la cama sin desdoblar y haberse encontrado con botines, pantalón y calzoncillos puestos, faltándole solamente la camisa y camiseta; ésta última fué hallada en un rincón, manchada de sangre.

''No ha dejado nada escrito sobre la causa determinante de su suicidio.

''Me permito hacer presente al señor Director, como dato ilustrativo, que cuando hirió de muerte a la madre, pretendió suicidarse descerrajándose un tiro en la sien derecha, y presumo que esta idea la ha conservado hasta hoy.

''Durante su permanencia en la casa ha observado muy buena conducta, no habiendo sufrido castigo ni amonestación alguna, demostrando solamente ser de temperamento muy nervioso''.

Por su psicología, este matricida lo fué por piedad; su único objeto al darle muerte fué ''despenarla'', para que no quedase enferma y desamparada, al suicidarse. Faltó es cierto el ''consentimiento'' o la ''solicitud reiterada'' de la víctima; pero existió el propósito del suicidio, que si falló la vez primera por circunstancias in-

voluntarias, fué reiterado hasta lograrlo, confirmando la veracidad de los móviles expresados desde su primera declaración ante la justicia.

VI. — Discordancia entre lo moral y lo legal

Por poco que se reflexione sobre la psicología de los que *despenan*, se impone la conclusión de que no son verdaderos "homicidas", sino "cooperadores de un suicidio", por cuanto se limitan a satisfacer el pedido de sujetos que desean suicidarse y no pueden realizarlo por sí mismos. La diferencia legal es muy grande. El "homicidio simple" está penado en nuestro Código con 10 a 25 años de presidio; la "cooperación al suicidio" con 3 a 6 años de penitenciaría. Pero no es la calificación legal lo que nos proponemos analizar, sino la psicología misma de los delincuentes por piedad.

Estudiando el homicidio-suicidio, Ferri intentó señalar normas que permiten distinguir los casos en que es delito o no lo es. Si el que instiga o coopera al suicidio de otro lo hace con fines piadosos y altruistas, no puede, en rigor, considerársele como delincuente. En cambio, lo es, a todas luces, el que instiga o coopera a un suicidio animado por móviles deshonestos o antisociales. "Entre el amigo que por piedad mata a su amigo, condenado por una enfermedad inexorable, cediendo a sus ruegos reiterados, y el individuo que no mata, pero con falsas noticias y pérfidas sugestiones instiga a otro a suicidarse, proponiéndose con ello librarse de un compromiso o participar de una herencia, existe un abismo moral en favor del primero". Sin embargo, el primero es ejecutor directo de un homicidio, mientras que el segundo no es directamente homicida, con todas las consecuencias legales que es fácil inferir.

La significación moral del hecho se advierte mejor recordando el ejemplo, bien notorio, de un padre cuyo hijo, criminal reincidente, muchas veces condenado, mereció, al fin, la pena infamante de la horca en una plaza pública; el padre, movido por sentimientos de honor y de piedad, aprovechó la última entrevista para entregarle un veneno que le anticipara la muerte, ahorrando al apellido de su familia la vergüenza pública

del extremo suplicio. ¿Quién podría sostener que este padre es moralmente un homicida?

En cambio, lo es, y en condiciones infames, el sujeto cuya historia clínica vamos a referir, limitándonos a consignar que el caso es frecuentísimo y escapa habitualmente a la acción de la justicia.

Un degenerado moral, acostumbrado a vivir de las prostitutas que "sostiene", consigue raptar de casa de sus padres una doncella de 18 años, prometiéndole casarse con ella, pero sin otro propósito efectivo que el de explotarla en la prostitución. Cometido el rapto, el sujeto comienza a "trabajar" a la muchacha para que se avenga a su modo de vivir, insinuándole que "si ella fuera buena" los dos podrían ser muy felices, sin tener estrecheces de dinero. La desgraciada resistió a las proposiciones, desplegando entonces su concubino argumentos de otra clase. Vejámenes, golpes y persecuciones le sirvieron para obligarla a aceptar la compañía de otros hombres como él y de mujeres deshonestas, diciéndole que así se "acostumbraría". La desgraciada, sin embargo, no se acostumbró; esa decepción indujo al raptor a manifestarle que él no podía mantener bocas inútiles y que si no se avenía a "trabajar" podía pegarse un tiro. Sobre este último consejo insistió algún tiempo, hasta que un día, después de una violenta recriminación, le dejó sobre la mesa un revólver cargado, diciéndole que se matase de una vez.

La joven se suicidó. Los vecinos, que algo habían esquchado, denunciaron al amante, que fué procesado y condenado por instigación al suicidio.

Poca debía ser su vergüenza, pues apeló de la condena; pero el fiscal de cámara, con una clara visión de las cosas, reconvino en los términos siguientes: "Debía darse por satisfecho el recurrente de que se le haya condenado como instigador al suicidio, pues bajo las apariencias legales de ese delito relativamente leve se escuda su ánimo cruel y cobarde que impulsa a la víctima a matarse, para escapar a las responsabilidades del homicidio". Y, en efecto, este *souteneur*, que no ha matado con su propia mano, es un asesino de la más baja laya moral, un delincuente digno de ser sustraído para siempre de la vida en sociedad.

Es necesario observar este reverso de la medalla para

que el caso del criollo que despena a su querido amigo, librándolo de una espantosa agonía, se nos presente en toda su ingenua inocencia, en cierto modo heroica. Se puede "despenar" sin tener sentimientos antisociales; y es posible ser infame asesino sin cometer por mano propia un asesinato.

VII. — Circunstancias atenuantes

Los casos de homicidio por piedad, que acabamos de referir, tienen una sanción moral muy diferente, que merece tenerse en cuenta al penarlos. En el paisano que "despena" a su amigo se reunen la *costumbre*, el *consentimiento* y la *petición reiterada*. En el del padre que proporciona veneno a su hijo condenado a muerte, está implícito el consentimiento, sin haber costumbre ni petición. En el enfermero que da cloral a un agonizante, hay petición reiterada, sin costumbre ni consentimiento. En el marido que inyecta a su esposa morfina en dosis excesiva, no existe ninguno de los tres justificativos; tampoco los hay en el suicida que despena a su propia madre para no dejarla enferma y desamparada.

La intención es piadosa, en todos los casos; sin embargo nuestros sentimientos concuerdan con la ley al reprobar más esos hechos cuando en ellos falta la justificación de la costumbre, el pedido y el consentimiento.

La palabra "despenar" dice, por sí misma, que la acción tiende a librar de una pena a la víctima. Librar de una pena es un acto de caridad, concebido como una buena acción en ciertos países y clases sociales; no despenar a un sufriente se mira como simple manifestación de pusilanimidad o cobardía. Esa misma significación moral tiene el "tiro de gracia" que es obligatorio dar a los ejecutados, con el piadoso objeto de abreviar su agonía. Y por fin, en los países cultos y en las clases civilizadas, se considera un deber elemental dar un tiro de gracia a un caballo que se fractura las cuatro patas o a un perro que agoniza con el cuerpo aplastado por un carro. Es piedad, honda piedad, la que nos impulsa a disparar ese tiro contra el pobre animal, cuya suerte nos aflige, piedad análoga a la del gaucho que despena a su amigo agonizante.

Los hombres civilizados y cultos han perdido ese sentimiento porque los enfermos han adquirido una fe mayor en la medicina, aumentando sus esperanzas de que, aun enfermos o mal heridos, puedan vivir; es cada vez más raro que un hombre pida que lo despenen desde que tiene a dos pasos la Asistencia Pública, en las ciudades, y la Sanidad Militar en los campos de batalla. Por otra parte, el progresivo desarrollo del sentimiento de solidaridad social ha aumentado el respeto por la vida humana; ningún hombre urbano, de sentimientos normales, se sentiría capaz de despenar a un herido o a un enfermo, aunque éste se lo pidiera con insistencia.

VIII. — El derecho a la muerte

No debemos ocultar que en estos últimos años se ha planteado el problema del derecho a la muerte en términos muy distintos. Una dama yanqui reclamó de los jueces de Nueva York la autorización, para su médico, de poner fin a los atroces sufrimientos que le causaba una enfermedad incurable, procurándole el eterno descanso de la manera más suave posible. La petición no fué resuelta, pero plantea para el porvenir tres probabilidades distintas, en que la situación moral es muy diferente.

Podría el enfermo pedir al médico que le librase de sufrimientos insoportables, como en el caso precedente, en otros casos, la iniciativa podría partir de la familia, apiadada; y, en fin, el médico mismo, como caso de conciencia, podría pensar en solucionar de esa manera una situación irreparable.

En el primer supuesto, el enfermo propondría al médico, a cambio de honorarios, la ejecución de un homicidio piadoso; la hipótesis repugna a los sentimientos actuales de la humanidad. Si el enfermo cree irreparable su mal y no puede soportar ya los sufrimientos, está en su mano suprimirlos; en último caso correspondería la dolorosa misión a sus parientes o amigos, que lo harían por deber o por cariño, no por honorarios.

El segundo supuesto es más grave. Además de excluir el consentimiento y la petición de la víctima, expone a abusos interesados que podrían cobijarse bajo una hipó-

crita piedad. No es siquiera concebible que un médico pueda aceptar el papel de verdugo científico.

El tercer supuesto no es discutible mientras se admita la posibilidad de que puedan llegar a curarse las enfermedades actualmente incurables. Si esa posibilidad puede verificarse mañana, ¿con qué derecho se mataría hoy? Agréguese a ello que la certidumbre de los diagnósticos no es matemática y resaltará la gravedad de pensar siquiera en una solución que no ha sido pedida ni consentida.

Se podría discutir el "derecho a la muerte", en los suicidas, pero es evidente que su responsabilidad es intransferible; es inadmisible que el médico pueda convertirse en instrumento de suicidio ajeno. Es cierto que él conoce métodos seguros y al parecer indoloros; pero se trata de secretos que no descubre el que no quiere.

Con nuestra moral presente, estamos obligados a considerar como delito cualquier acto que abrevie la existencia de un enfermo, sea cual fuere su gravedad. No se puede invocar la piedad para "despenar" a un enfermo en un ambiente civilizado, aunque en un medio social primitivo ese acto pueda ser justificado por la costumbre y por la petición reiterada de la víctima.

EL DELITO DE BESAR

EL DELITO DE BESAR

I. El problema jurídico. — II. El "beso casto". — III. El "beso de amor". — IV. Falta de consentimiento e injuria. — V. Intención erótica y ultraje al pudor. — VI. Premeditación y alevosía, como agravantes. — VII. Publicidad y escándalo. — VIII. Imprudencia y lesiones. — IX. Conclusiones.

I. — El problema jurídico

Dar un beso anhelado es poner alas a una esperanza; la gratitud de la persona que lo recibe es eterna. Darlo violentamente, en cambio, puede ser un delito, aunque con frecuencia es perdonado en obsequio al noble deseo que expresa.

Algunas veces, sin embargo, no se perdona; casos hay en que el delito de besar motiva querellas judiciales. Nuestro Código Penal no califica al beso como delito contra la honestidad ni lo menciona entre las injurias o los ultrajes al pudor; las ordenanzas de policía, por otra parte, se abstienen de enumerarlo entre las manifestaciones de escándalo. Pero, aunque no conocemos jurisprudencia al respecto, nos parece indudable que su carácter delictuoso está sobreentendido en determinadas circunstancias.

Besar sin su consentimiento expreso a una persona del sexo contrario, fuera de ciertos casos en que la costumbre, la edad o el parentesco autorizan a ello tácitamente, es un hecho que ofende el pudor y la honestidad, agravado por su ejecución en público. Esta última circunstancia, por sí sola, aun mediando consentimiento, puede constituir un atentado a las buenas costumbres, según la forma en que se ejecute el acto de besar.

Prescindiendo del "beso casto", de índole doméstica o amistosa, se comprende que el "beso de amor" pueda implicar una incitación o un principio de actos penados por la ley. Dado a una menor, aunque ella lo permita,

puede ser preparatorio de una seducción o de un rapto; si ella no lo consiente, es sin duda un atentado a su pudor. Si se da a una mujer casada suele ser el exordio de un adulterio; por el beso se empieza y no es posible distinguir en qué momento la intimidad reviste caracteres delictuosos, como el que narra Francesca da Rimini en los versos del Alighiero: "La bocca mi bació tutta tremante..." El caso es más simple tratándose de personas viudas, pues saben éstas lo que hacen y dejan hacer; sería difícil, por otra parte, determinar cuándo desean o no que se las bese, pues algunas siguen diciendo que no mucho después de besar ellas mismas.

Varios delitos comienzan, pues, por el beso. Adviértase que tratándose de un acto, no cabe considerarlo como simple intención; si las hay ulteriores, las intenciones podrían complicar la gravedad jurídica del acto, que es ilícito y punible por sí mismo. Los magistrados y la jurisprudencia están contestes para apreciar jurídicamente los actos concurrentes a la seducción o al adulterio; no lo están, sin embargo, respecto del beso. La cuestión es menos clara y parece subordinada a las circunstancias en que se ejecuta el acto de besar.

No podría contestarse la pregunta: ¿el beso es delito? Habría que formular esta otra: ¿cuáles son las circunstancias en que un beso puede considerarse delictuoso?

II. — El "beso casto"

Fácil sería la defensa jurídica del beso confundiendo bajo el mismo nombre dos cosas tan distintas como el beso tierno y el beso erótico; por comodidad los llamaremos, respectivamente, "beso casto" y "beso de amor".

El beso entre amigos o hermanos, el de padres a hijos, el de las despedidas o los encuentros, el diplomático besamanos, son contactos a flor de piel consentidos por las costumbres domésticas o ceremoniales. El límite de tolerancia varía en los diversos pueblos. Las costumbres regionales establecen diferencias importantes. En muchas ciudades el "beso casto" es permitido a todos los amigos en determinadas fechas, como una expresión de regocijo o de agasajo; esto no excluye, sin embargo, que

el beso pueda darse abusivamente con intención erótica y ser un verdadero "beso de amor", no exento de complicaciones penales.

El consentimiento tácito sólo puede presumirse cuando está excluída la intención erótica, como en ciertos besos que se envían por carta, olvidando que sabe mejor la fruta cogida en el árbol mismo.

Dentro del parentesco, el beso entre personas de distinto sexo es lícito; las limitaciones no dependen del grado de consanguineidad, sino de la confianza y de la costumbre. Se supone que esos besos son manifestaciones de cariño o de ternura, libres de toda significación amorosa. Pueden, sin embargo, tenerla en ciertos casos, dado que el amor no es imposible entre consanguíneos; entonces se trata de "besos de amor" y, dados sin la anuencia de quien los recibe, son atentados al pudor, lo mismo que entre extraños.

La edad es otra presunción de consentimiento tácito. Las personas que pasan de cierto límite—en que se supone agotado el hervor de los sentidos—disfrutan de privilegios generalmente respetados. Nadie reputa ilícito el beso de un anciano a una doncella; ésta es acaso una de las compensaciones más dulces, a punto de que algún poeta clásico llegó a desear la vejez con ese objeto. Los menores de cierta edad—que se consideran inmaduros para el amor—pueden ser besados con libertad, pues se presume excluída toda intención erótica en quien los besa. Lo que no siempre es exacto.

Fuera de los casos en que las costumbres, la consanguineidad y los años, implican el consentimiento tácito, todo beso dado a una persona de otro sexo, sin su condescendencia, puede considerarse ilícito o delictuoso. Entre personas del mismo sexo el beso de amistad suele practicarse como simple fórmula ceremonial, aunque más comúnmente entre las mujeres que entre los hombres; eso no excluye que el beso puede ser un verdadero atentado al pudor si lo acompaña una intención erótica, como es frecuente en los hombres lampiños y en las mujeres barbudas.

III. — El "beso de amor"

Entre personas que tienen responsabilidad de sus actos, el "beso de amor", consentido o recíproco, no es delito. Es el gesto más natural entre seres que se aman. Brota con espontaneidad, como chispa que salta al chocarse dos deseos, y en su leve contacto nace una misteriosa corriente de voluptuosidad. La naturaleza misma lo enseña, es instintivo; pero aunque la práctica del beso existe en muchas especies animales, sólo en el hombre lo acompaña un fervor sentimental que determina la compenetración de los espíritus por el simple acercamiento de los labios.

El beso simultáneo es una promesa hecha al deseo recíproco. Más que la mirada, más que el apretón de manos, más que la caricia, más que el abrazo, tiene el beso una secreta inquietud deliciosa, capaz de poner en tensión todo el organismo y de estremecerlo ansiosamente.

Comentando el primer beso de amor que se dieron Romeo y Julieta, los amantes sublimes, hemos podido escribir: "Quien lo haya dado sabe que la primera vez tiembla tímidamente sobre los labios como el amanecer primaveral cuando asoma sobre las colinas. La tibia humedad del primero que amanece entre los cuatro labios temblorosos—prolongado, insistente, interminable—tiene sabor a miel himeta y desciende como un filtro hasta los corazones. ¿No es más poderoso que el ofrecido por Brangania a Isolda y a Tristán, en el tempestuoso poema wagneriano? Sobre el balcón y bajo la luna se estrecharon muchas veces todavía, volcando sus bocas en los labios recíprocos, como dos ánforas inagotables, desbordantes de besos, infinitas".

Ninguna parte de un cuerpo enamorado es insensible a su provocación; el beso en la cabellera, aun dado en la punta extrema de una trenza, tiene el poder de sobresaltar el corazón. No exageraba Cyrano al definirlo:

"...mais á tout prendre, qu'est-ce?
Un serment fait d'un peu plus prés, une promesse
Plus précise, un aveu qui veut se confirmer,
Un point rose qu'on met sur l'i du verbe aimer;
C'est un secret qui prend la bouche pour oreille,

Un instant d'infini qui fait un bruit d'abeille,
Une communion ayant un goût de fleur,
Une façon d'un peu se respirer le cœur,
Et d'un peu se goûter, au bord des lévres, l'âme!...''

Hay, sin embargo, cien clases de besos. Fueron doctos en el arte de besar, Cátulo, Ovidio y Propercio; Marcial, a decir verdad, no es buen maestro, pues sabe demasiado. No copiaremos las antologías eróticas. Nuestros recuerdos de arte nos ofrecen tres arquetipos. El beso admirable de ternura serena que se dan ''Amor y Psiquis'' en el mármol de Canova. ''El primer beso de amor'', tímido y desconcertante, que avergüenza a los enamorados en la tela preciosa de Proudhon. El beso turbulento de los paisanos en el ''Juramento de Amor'' de Fragonnard. Tres besos distintos: beso de la imaginación, beso del corazón, beso de los sentidos; pero un solo fin verdadero, pues todos son besos de amor.

Difieren mucho, sin embargo. Un beso en la mejilla no es como en los labios; fugaz, no es como prolongado; acariciador, no es como mordiente. La intención erótica puede hacerlo variar desde el platonismo hasta la lujuria, modificando su coeficiente de voluptuosidad. Hay, pues, en los ''besos de amor'' infinitos matices, que oscilan desde la tímida ternura hasta la desesperada sensualidad.

La misma persona que ya consiente un beso en la mejilla, rehusa todavía su boca; si acepta el leve beso de la epidermis, puede no tolerar otros más íntimos; cuando entrega sus labios por un segundo, no está, acaso, resuelta a concederlos por media hora. Por esos justos distingos el beso se presume consentido mientras respeta los límites de cantidad y calidad que están en la intención de quien lo recibe; toda transgresión es abusiva, aunque difícilmente puede reclamar de abuso quien ha consentido el uso sin estipulaciones previas.

IV. — Falta de consentimiento e injuria

Las precedentes consideraciones obligan a pensar que sólo puede ser ilícito o delictuoso el beso dado a una persona que no lo ha consentido, presumiéndose de hecho

la intención erótica del besador. Desde el punto de vista jurídico la falta de consentimiento sólo es admisible en caso de reclamación inmediata y explícita; la tolerancia dilatoria o la vaguedad del reclamo deben interpretarse favorablemente al besador. Desde el punto de vista psicológico es imposible que el agente pueda tener verdadera certidumbre del consentimiento; el primer "beso de amor" no podría darse casi nunca si se exigiera un permiso expreso y formal. La aquiescencia no suele ser tácita siquiera; la rendición del ser amado es siempre una lucha entre el deseo y el pudor. Es simple cuestión de tacto y de prudencia el saber en qué momento el corazón pide que sí mientras las palabras dicen que no. Equivocarse es una culpa, decían los estoicos; hay que besar en el momento oportuno. El que pretende besar un minuto antes, se expone a violentas resistencias; el que se decide a besar un minuto después, merece que lo desprecien.

El beso no consentido puede calificarse jurídicamente entre las "injurias de hecho". Así parece establecerlo una reciente definición del Tribunal del Imperio, destinada a reparar una laguna del Código Penal Alemán, que no preveía el beso y sus efectos legales.

"El beso — dice el Tribunal — es un acto ejecutado sobre el cuerpo de otra persona y presupone su aquiescencia. Sin permiso expreso, sólo puede besarse cuando se presume el consentimiento tácito, como entre padres e hijos, etc. Pero si la persona resiste seriamente — y no por simple formalidad — debe considerarse el beso como una violación ilícita de sus derechos personales y como una ofensa a su honor. El que besa en tales circunstancias, se hace culpable de injurias de hecho. Para constituir injuria basta que el beso se efectúe contra la voluntad de la persona besada; no es necesario que ella se considere ofendida".

Nuestro código se presta a una interpretación análoga: "Comete el delito de injuria, el que deshonra, desacredita o menosprecia a otro... por medio de hechos o acciones que no importen otro delito de más gravedad", (art. 179). Y las injurias son graves cuando "tales acciones... sean tenidas en concepto público por afrentosas en razón de su naturaleza, ocasión y circunstancias",

(art. 180); si no median esas condiciones las injurias son reputadas leves (art. 181).

Puede considerarse que las circunstancias agravantes no deben referirse a la naturaleza misma del beso, sino a la violencia que pueda acompañarlo y particularmente a su publicidad. Es muy raro, en efecto, que una mujer se querelle por un beso recibido estando a solas con el besador; se presume que si ha estado a solas con él mediaba un principio de consentimiento tácito, o por lo menos una imprudencia que ha podido favorecer el error del agente.

V. — La intención erótica y el ultraje al pudor

En algunos países se ha planteado la cuestión en otro terreno. La naturaleza delictuosa del beso no dependería de la ofensa a la persona que lo recibe (delito de injuria), sino de la intención erótica de quien lo da (delito contra la honestidad). Algunos jueces de Italia han sostenido que el beso, por sí mismo, es siempre un "reato di libidine"; pero la Casación se ha opuesto a ese criterio, arguyendo que "es grave error el de equiparar el beso a un verdadero y propio acto libidinoso, capaz por sí solo de procurar la satisfacción de un lúbrico deseo".

Ante esas discordancias de pareceres el Tribunal de Campobasso ha creído necesario puntualizar, en una sentencia, algunas de las circunstancias específicas del delito de besar: "El beso — dice — en su ejecución material no provoca ningún sentimiento repulsivo y en la mayor parte de los casos representa la expresión de purísimos afectos, que, precisamente por su pureza, se satisfacen con la efusión de instantáneo contacto de los labios. Sin embargo, sólo en algunos casos y entre personas extrañas, especialmente si son de sexo diferente, representa un acto libidinoso; no hay duda de que en tales casos el beso es un acto explicable por la satisfacción sexual que acompaña al contacto no consentido, contacto que, precisamente, despierta en el agente aquellas vibraciones de sus apetitos que preludian, etc.". Pasando por alto lo que preludian, oigamos la conclusión: "Cuando se piense que por pudor público debe comprenderse no solamente la defensa social contra los pertur-

badores de la moralidad, sino también el conjunto de aquellas normas que gobiernan el orden y el decoro de las familias,—no hay duda que el beso dado a una niña honrada contra su voluntad, no mediando parentesco ni amistad íntima, debe considerarse como una manifestación de carácter erótico, y tal que ofende la decencia pública''.

Lo característico del delito no sería, pues, la ''injuria de hecho'' privada, sino la ofensa a la pública honestidad implicada por la intención erótica del agente. No se distingue bien, sin embargo, entre el delito público contra la moralidad y el delito privado contra el pudor de la víctima, punto que no carece de interés jurídico.

VI. — Premeditación y alevosía como agravantes

Es ciertamente difícil separar en el beso no consentido la ''injuria de hecho'' del ''atentado al pudor''. Pero es seguro que, en cualquier caso, deben considerarse como agravantes la premeditación y la alevosía, pues ellas excluyen toda duda acerca del consentimiento de la víctima.

Tenemos en nuestro archivo el caso de un estudiante ruso, Ivanoff, deportado a Siberia por haber dado un ''beso de amor'' en circunstancias que sólo le autorizaban a dar un ''beso de amistad''. He aquí la información escueta, sin comentarios.

''La desgracia de Ivanoff tuvo su origen en la antigua costumbre, vigente aún en Rusia, de dar la bienvenida a los amigos el día de Pascua, diciendo: ''¡Cristo resucitó!'', a lo que el amigo contesta: ''¡Sí, es cierto, resucitó!''; cambiadas esas frases, los amigos se abrazan y besan en público, sin distinción de sexo. Aunque los extranjeros residentes en San Petersburgo no observan esa costumbre, el galante Ivanoff decidió aprovechar la oportunidad para besar a la señorita Lise Alibert, una estudiante francesa, de quien estaba enamorado sin ser correspondido. En cuanto la joven se sintió entre los brazos de Ivanoff, y acribillada de besos, dió en vociferar con ingratitud; acudió su hermano y a golpes de puño acometió a Ivanoff que, aturdido, disparó un tiro

de revólver contra el agresor, sin herirlo. Huyendo del escándalo el amoroso estudiante se trepó a un automóvil ajeno, obligando al conductor a huir con velocidad loca; y como le siguiera la policía desde otros vehículos, no vaciló en descargar su arma contra los perseguidores. Cuando se agotaron sus municiones el conductor lo desarmó, entregándolo a la fuerza pública. El proceso terminó con su deportación a Siberia".

Es evidente el carácter ilícito del "beso de amor" dado por Ivanoff a una joven, de quien estaba enamorado sin ser correspondido; su defensor no pudo argüir que era el tradicional "beso de amistad" consentido por el uso, desde que fué aplicado a una extranjera que no compartía esas costumbres, circunstancia que Ivanoff conocía demasiado bien. Admitido el carácter doloso de su beso, quedó excluída la alegación de legítima defensa para los actos ulteriores, que se juzgaron como simples agravantes del delito de besar con premeditación y alevosía.

VII. — Publicidad y escándalo

No basta que el beso sea consentido por quien lo recibe, para que sea lícito. Las costumbres de cada país ponen limitaciones a la publicidad de esta prueba de amor. En muchas ciudades cultas se tolera que dos enamorados puedan besarse reiteradamente en la vía pública, sin que los espectadores se crean ofendidos en su pudor, aunque pueda mortificarlos la envidia. En otras ciudades, como Buenos Aires, el mismo hecho expondría a una intervención policial por escándalo, pues las costumbres harían considerarlo entre las "acciones o ademanes obscenos", que ofenden públicamente al pudor; las ordenanzas vigentes los castigan con multa pecuniaria o quince días de arresto, por la primera vez, doblándose la pena en caso de reincidencia.

Esta disparidad de criterio corresponde a costumbres diferentes y presume concepciones distintas del sentimiento amoroso. Amar es, sin duda, un derecho que no admite limitaciones en el terreno afectivo; pero el beso en público se considera como una provocación ostensible de actos ulteriores, reservados al dominio íntimo. Por

esto se considera que el "beso de amor", si se da públicamente, constituye un atentado a las buenas costumbres de los espectadores, aunque sea recíproco y ardientemente deseado por sus ejecutantes.

Una de las Cortes de Casación de Italia ha dictado recientemente sentencia, estableciendo el carácter delictuoso de los besos dados en público, aun entre cónyuges. "Demasiado se sabe que ciertos actos, aunque lícitos y tolerados en privado, como por ejemplo el cambio de afectuosidades entre cónyuges y amantes, si se realizan en presencia de otras personas, y más aún en sitios públicos, pueden convertirse en actos que lesionan el derecho de cada ciudadano a no ser turbado en su sentido moral, asistiendo a espectáculos inverecundos y capaces de despertar afectos y deseos sexuales, especialmente en los adolescentes, etc.". Justa advertencia para los desposados que realizan su viaje de bodas, máxime cuando la belleza de la esposa favorezca el despertar de los afectos y deseos a que se refiere la discreta sentencia.

También aquí hay cuestión de grados. Un epidérmico beso de despedida en una estación, entre dos novios, no mortifica el pudor de nadie; pero un ardiente y prolongado beso en un teatro sería causa de escándalo gravísimo. Son, pues, la calidad del beso y las circunstancias en que se da, las que determinan su carácter de contravención y aun de delito.

Hemos leído que un edicto policial de Nueva York ha establecido lo siguiente: "Todo beso cuya duración exceda de un minuto es inmoral, y, en consecuencia, los agentes tienen el deber y el derecho de interrumpirlo". Forzoso es confesar que no podría exigirse mayor benevolencia en la medida del tiempo.

VIII. — Imprudencia y lesiones

Aun siendo consentido y privado, el beso puede tener consecuencias que lo coloquen entre los actos delictuosos cometidos por culpa o imprudencia. Por su tenacidad el beso puede "afectar la integridad física"; por su reiteración, puede causar una "debilitación general de la salud". En ambos casos se trata del delito de lesiones.

Aquí es más visible la necesidad de estimar cada caso

separadamente: todos los besos no son iguales ni tienen las mismas consecuencias para la salud de quien los recibe. No es posible definir qué clase de besos implican "culpa o imprudencia", máxime si se considera que sus efectos dañinos dependen, en gran parte, de la natural resistencia de la víctima; pero es fácil comprender, sin embargo, que sólo pueden ser imprudentes aquellos "besos violentos y apasionados" que describió Lucrecio, con más realismo de fisiólogo que imágenes de poeta.

Los médicos que han tratado el punto, desde Corsini y Mantegazza hasta Gibbons y Onimus, no dan elementos de juicio para aclarar la cuestión. Un beso, dice prosaicamente el doctor Henri Gibbons, no es más que "la juxtaposición de los músculos orbiculares del orificio bucal en estado de contracción". El doctor Onimus, con criterio más funcional que anatómico, cree completar esa definición con este singular paralelo: "Perdónenme los poetas; pero el acto de besar tiene un singularísimo parecido con la aplicación de una ventosa". Con prosaísmo harto hipocrático divide los besos en tres categorías, que apenas osamos transcribir, sin comentario.

"El beso cutáneo, piel contra piel: el beso de los viejos y de los niños que miran ese acto como una simple formalidad, sin comprender su sentido íntimo ni vibrar por su sensación.

"El beso cutáneo-mucoso: cuando la mucosa de los labios es aplicada sobre cualquiera región cutánea: es la alianza de la mucosa y de la piel.

"El beso propiamente voluptuoso en que las mucosas recíprocas entran en contacto.

"El beso cutáneo es el de la indiferencia; el cutáneo-mucoso es el del cariño; sólo el último corresponde al amor."

Lo mismo opinan otros médicos, — Witrowsky y Cabanés, — excluyendo que los besos puramente cutáneos puedan tener una intrínseca significación amorosa.

Así parece comprenderse en muchos pueblos donde se practica el beso "*More colombino*", prolongándolo horas enteras; los etnógrafos dan a esta costumbre el técnico nombre de "Cataglotismo" y el doctor Baudouin le ha consagrado un entero volumen "Le Maraichinage". Es lógico pensar que esta esgrima, a veces prolongada durante horas, puede causar daños graves a la salud, en

personas de emotividad excesiva, y constituir delitos por imprudencia; pero su calificación jurídica varía necesariamente, de acuerdo con las costumbres. Recuérdese que Ronsard describió con bastante picardía el beso *more colombino*:

"Puis mettant la bouche sienne
Tout á plat dessus la mienne,
Me mord et je la remors;
Je lui darde, elle me darde
Sa languette frétillarde;
Puis en ses bras je m'endors;
D'un baiser mignard et long
Me ressuce l'âme adonc;
Puis en soufflant la repousse.
La ressuce encore un coup
La ressouffle tout á coup
Avec son haleine douce;
Tout ainsi les Colombelles
Trémoussant un peu les ailes,
Hâvement se vont baisant."

Y entre los poetas modernos nadie cantó con más pasión el beso que Gabriel D'Annunzio, en sus versos famosos: "Bocca amata, soave e pur dolente..."

Merecería, sin duda, ser definido con menos vaguedad, pues este género de besos íntimos — ¡honni soit qui mal y pense!—parece ser el que más altera el ritmo del corazón y hace vagar el espíritu en el mundo del ensueño.

Desde el punto de vista jurídico estos besos se presumen siempre consentidos y no es posible mirarlos como causa de "daño intencional"; pero es evidente que practicados sobre personas de organismo débil, neuropáticas o hipersensibles, pueden ocasionar "daños en el cuerpo o en la salud", "debilitación permanente que ponga en peligro la vida del ofendido o lo inutilice para el trabajo", "una enfermedad mental", circunstancias que implican el delito de lesiones y que deben ser determinadas por peritos médico-legales. Y adviértase que para la ley nada significa el consentimiento, a punto de que la circunstancia de ser "cónyuge de la vícti-

ma'' se considera agravante, a los efectos de su penalidad.

Podría observarse que tratándose de besos consentidos y recíprocos no es posible considerar culpable a una sola de las partes, aunque los daños consiguientes para la salud hayan sido unilaterales. Sea como fuere, estas prácticas entran en el terreno de la patología mental y deben considerarse como formas de masoquismo; implican ya cierta anormalidad de la imaginación o de los sentidos, y pueden, entre otros daños generales, causar intensos estados neurasténicos o la misma alienación mental.

Los higienistas coinciden en que el beso ''cataglótico'' debe ser declarado responsable de los más nocivos contagios; en el estado de Nueva Jersey ha sido prohibido como peligro para la salud pública. Sutilizando la cuestión, podría llegarse hasta admitir que los besos contagiosos debieran determinar una responsabilidad penal por sus consecuencias. Para evitarlas, un doctor Hermann Sommer ha creído conveniente inventar un ingenuo aparatito ''que suprime el carácter nocivo de esta diversión, sin destruir su encanto''; se trata de una pequeña pantalla de gasa antiséptica, destinada a filtrar los besos: se interpone entre los labios de los enamorados que desean entretenerse sin peligro. El uso de este ingenioso invento yanqui no se ha difundido; la higiene es clarovidente, pero el amor es ciego.

IX. — Conclusiones

Cinco son las circunstancias que contribuyen a determinar el carácter delictuoso del beso:

1.° La coacción, por falta de consentimiento, que implica el delito de injuria.

2.° La intención erótica, esencial para que exista el atentado al pudor.

3.° La premeditación y la alevosía, agravantes de los delitos precedentes.

4.° La publicidad, que implica una contravención a las buenas costumbres, aunque no medie coacción.

5.° La imprudencia, que por los efectos del besar puede constituir el delito de lesiones.

Siendo la "injuria" y el "ultraje al pudor" dos delitos que nuestro Código llama privados, la ley exige para su persecución que la parte ofendida inicie la acusación de acuerdo con requisitos y formalidades expresamente establecidos. En cambio, el atentado "a las buenas costumbres" no es delito en este caso, sino contravención por "escándalo", pudiendo ser castigado policialmente sin querella de la parte.

El delito de lesiones "por imprudencia" no es privado sino público; pero, en general, la culpa es leve, pues "la acción cometida por imprudencia no tiene sino una relación lejana con el resultado", atenuado aun más por el consentimiento reiterado y algunas veces por el deseo o la solicitación. Con demasiada severidad podría plantearse una querella por "cooperación al suicidio", aunque esto sólo en el caso de fallecimiento, pues la tentativa no constituye delito.

El consentimiento excluye la injuria y el ultraje al pudor. La dificultad misma de establecer si la víctima ha consentido o no el beso, obliga a resolver la cuestión en favor del acusado, toda vez que el beso no se haya dado en público y contrariando inequívocamente la voluntad de quien lo recibe.

Cuando no hay premeditación, podría alegarse como circunstancia atenuante la belleza u otros atractivos físicos de la víctima. El besador podría argüir que ha sido inesperadamente provocado, sin poder inhibir su impulso de admiración; no podría negarse que la belleza, en cierto grado, puede constituir por sí misma una provocación. Hay bocas, en fin, tan fuertes de tentación que es forzoso olvidar las consecuencias de besarlas; y bien describe su misterioso encanto irresistible el soneto de Góngora, que empieza:

"La dulce boca que a gustar convida..."

Queda, por fin, el problema de la reparación civil del daño causado. En Estados Unidos hay abundante jurisprudencia, casi siempre dirigida a establecer el derecho a la indemnización pecuniaria por todo beso no consentido. Pero es evidente que el daño más importante no es el material, sino el moral, que lesiona la honra y la fama; se presume que una mujer besada ha sufrido un perjuicio en el capital teórico de su pureza o vir-

tud. Este daño moral no puede repararse con indemnizaciones materiales.

Para ser justos, podría autorizarse a la ofendida a devolver el beso que no ha deseado recibir, imponiendo al besador la obligación de soportarlo. Pues, al fin y al cabo, un beso suele ser un homenaje más bien que una ofensa, por lo menos en la intención de quien lo da; y si quien lo recibe tiene la ingratitud de no creerlo...

LOS ESCRITORES Y LOS CRÍTICOS

LOS ESCRITORES Y LOS CRITICOS

I. La psicología de los escritores. — II. Simpatía y comprensión. — III. Los críticos profesionales.

I. — La psicología de los escritores

La crítica puede recibir de la psicología un concurso eficaz para analizar las características mentales de un escritor; el proceso de sus operaciones psíquicas, estudiado en relación con el ambiente donde ellas se forman, permite descubrir las causas y los modos de su devenir, trátese de espíritus descriptivos, imaginativos o científicos. No es posible juzgar una obra prescindiendo de su creador; conviene tener presente que todos los escritores difieren entre sí y no pueden medirse con cartabón uniforme. Varios niños colocados ante un mismo objeto, e invitados a describirlo, producen composiciones substancialmente distintas, caracterizadas por rasgos mentales que los separan en grupos heterogéneos. Algunos detallan con escrupulosa precisión las formas y dimensiones de las cosas, procurando fijarlas en datos concretos: son temperamentos realistas, objetivos, embrionariamente científicos. Otros exornan la descripción con imágenes y lucen ingenuas galas de estilo, deteniéndose en los detalles estéticos que excitan su fantasía vivaz: son soñadores e imaginativos, dejando transparentar en germen sus inclinaciones literarias. Los hay, en fin, que se atreven a invadir el dominio de las hipótesis y de las analogías, razonando más de lo que permite su exigua experiencia y arriesgándose en frágiles especulaciones que denuncian una rudimentaria tendencia filosófica.

Estas desigualdades, advertidas tiempo ha por la psicología pedagógica, se acentúan a medida que evoluciona la personalidad mental de los individuos; la diferencia aumenta con el desarrollo mental, si una educación niveladora no la agota en flor. El hábito de escribir permite fijar en el estilo esas diferencias. Todos los buenos es-

critores van adquiriendo un tipo característico: estético, científico o filosófico. Por eso un mismo fenómeno o acontecimiento impresiona de diversas maneras a dos observadores distintos. El comentario de un libro, de un crimen o de una intriga, varía con las aptitudes mentales del comentarista, aun suponiendo una semejanza de sentimientos y tendencias instintivas. La misma tempestad que infunde pavor a un salvaje, un niño o un campesino, inspira un canto a Homero, exalta la imaginación de Virgilio y pone en boca de Byron, de Camoens o de Hugo versos admirables. Hay, empero, mayores desigualdades; dentro de una misma modalidad estética, el tipo mental y el temperamento crean diferencias fundamentales para la interpretación de cada hecho. Compárense las páginas de música dramática que la tempestad inspira a Rossini, Berlioz y Wagner, mídase el abismo que separa la tempestad verdiana de "Rigoletto" y la mascagniana de "Amica", analícense las heterogéneas composiciones sinfónicas de Steibelt y de Mendelssohn, y lleguese por fin a la sublime interpretación de Beethoven en la Sinfonía Pastoral.

* * *

La psiquis de cada escritor es un daguerreotipo diferente expuesto a las impresiones de la realidad, complicado por una imaginación peculiar a cada caso. La impresionabilidad de la placa sensible es siempre distinta; la diversa amplitud del diafragma permite el paso a más o menos rayos luminosos; la educación diferencia el poder adaptativo de la mente a la cosa observada, algo así como la facilidad para enfocar el cerebro; y, por fin, también influye el coeficiente individual de asociación de las impresiones recibidas, cuyo nexo complejo varía de uno a otro individuo.

En general podríamos distinguir fácilmente en los escritores cuatro grandes tipos mentales simples, además de uno compuesto.

Forman un grupo bien definido los que están dotados de una gran receptividad cerebral; sus centros sensoriales se impresionan fácilmente y poseen buena memoria espontánea o provocada; son tipos observadores, más o menos eruditos, cuya variedad se escalona desde ficha-

dores humildes hasta sabios especialistas. Sus cerebros son prolijos cinematógrafos; su labor es producto de la paciencia y puede ser útil, aun sin complicidad del talento. Para llegar a este último se requiere, además, un gran equilibrio y plasticidad mental, cualidades harto raras.

En otros escritores toda sensación es cogida en un complicado engranaje de asociaciones y disociaciones, descomponiéndose en sus elementos más simples. Son analistas y diríase que tienen un prisma en cada célula cerebral, encargado de fragmentar las imágenes, refractando en iris polícromo sus cualidades primordiales.

Otros interpretan de una manera subjetiva las impresiones sensoriales, agregando elementos imaginativos a la realidad y asociándolos caprichosamente en la fantasía, para idealizar los fenómenos del mundo que los rodea y observarlos a través de un tul ilusorio. Parecería que el cerebro de estos soñadores contuviera un kaleidoscopio en movimiento continuo y de variedad inagotable.

Existen, por fin, cerebros adaptados para las visiones de conjunto, analogistas, sintetizadores; sus centros cerebrales estarían animados por una actividad que los llevaría a comunicarse continuamente entre sí. Estos espíritus generalizadores son los más plásticos y asociativos, pero su eficacia estriba en la tendencia a unificar las impresiones asociadas, determinando sus cualidades comunes.

Esos tipos mentales no se observan jamás en estado de pureza; ningún escritor es exclusivamente productor de imágenes, analizador de impresiones, forjador de fantasías o generalizador consuetudinario.

Esos cuatro tipos de actividad mental coexisten en *todos los escritores, pero en proporciones* tan infinitamente variables que suele ser fácil percibir el predominio de uno sobre los restantes; esa desigualdad conviene al desenvolvimiento de la cultura social, considerada como función de la mentalidad colectiva. Los simples observadores sirven para archivar y reproducir la suma de nociones que constituyen el saber humano en cada momento histórico; los analistas propulsan el conocimiento de todo lo que existe, en sus caracteres intrínsecos; los imaginativos contribuyen a generar el idealismo en arte, la hipótesis en ciencia, la metafísica en filosofía, todas las formas superiores de la imaginación creadora; los gene-

ralizadores comparten con los imaginativos el privilegio de explorar nuevos caminos y de establecer los principios y leyes generales que coordinan en series todos los fenómenos del universo.

* * *

Todos esos tipos psicológicos son necesarios cuando los grupos humanos alcanzan cierta etapa del desenvolvimiento intelectual. El sacerdote o sabio omnisciente sólo se concibe en la tribu salvaje o en las civilizaciones primitivas, donde la suma del saber es exigua. Pero cuando el conocimiento evoluciona y se complica, prodúcese una división del trabajo mental, requisito indispensable para que éste sea intenso y fecundo; esa división del trabajo rige en lo intelectual de la misma manera que en otros fenómenos de orden biológico y sociológico; se observa desde el niño al adulto y desde los pueblos salvajes a los civilizados, confirmando en la psicología social que la evolución del individuo es una recapitulación abreviada de la evolución de la especie.

El estudio o clasificación psicológica de los escritores puede plantearse en términos aun más concretos. Si exceptuamos los tipos en quienes predomina la simple labor perceptiva y de conservación de las nociones, cuyo trabajo mental limítase en gran parte a la memorización organizada, y los tipos en quienes predomina la imaginación, con tendencia a asociar caprichosamente las imágenes mentales de los fenómenos, vemos que los restantes pueden referirse a las dos fórmulas esenciales indicadas por Paulhan: los analistas y los sintetizadores. Según ese psicólogo la vida mental implica dos grandes movimientos: el uno de descomposición y análisis, el otro de asimilación y de síntesis. Las sensaciones, ideas, sentimientos, todo lo que puede ser objeto de conocimiento, toda la actividad psíquica en una palabra, sufre más o menos esas dos operaciones inversas.

Una vida intelectual normal exigiría el equilibrio completo de ambas; el espíritu no debiera analizar sino para sintetizar después y no debiera sintetizar sin haber analizado previamente. Pero ese equilibrio no es la regla. Algunos sintetizan o analizan demasiado; pocos cumplen ambas funciones armónicamente. Esta desarmonía

individual se compensa en la vida colectiva; la división del trabajo hace que los analistas preparen el campo a los sintetizadores, cuya labor sería imperfecta sin la de aquéllos. Actualmente no se concibe el tipo armónico sino por excepción: el talento en su forma más perfecta. El saber es demasiado vasto para que un solo sujeto abarque sus dos grandes procesos; por lo general trabajan cien analistas preludiando la obra de un solo sintetizador.

II. — SIMPATÍA Y COMPRENSIÓN

Para juzgar la obra de un escritor se requieren armoniosas cualidades de "simpatía" y "comprensión", que no son, por cierto, las más comunes en nuestros ambientes sudamericanos, poco propicios a las tareas intelectuales.

La "simpatía" es indispensable entre un escritor y sus críticos. Viviendo entre gentes que no tienen el vicio de pensar, los viciosos nos sentimos forasteros y sufrimos la nostalgia de algún imaginario terruño más propicio a Apolo que a Ceres; con frecuencia invádenos el ansia de hablar un idioma que otros comprendan y de ver compartidos los sentimientos que nos son más caros. Por eso las solidaridades espirituales son como oasis diseminados en el camino yermo, fuentes donde la simpatía mitiga la pena de vivir entre los que nos acechan desconfiados, adivinando la intención de nuestra sonrisa. Conviene, pues, consolidar en toda ocasión los vínculos de simpatía mental, como profesión de fe ante adversarios comunes: la indiferencia y la envidia. Es necesario poblar de cariño las filas de los pensantes y estudiosos, amenazadas por el espíritu cartaginés que se filtra en el alma sudamericana para aniquilar cuanto importe elevada emulación o noble idealidad; pero es menester también templarnos de tolerancia para la irreverencia de los propios — cómplices involuntarios de la indiferencia general — más dispuestos a quebrarse los incisivos royendo la gloria ajena, que a realizar obra fecunda para el crecimiento de la propia.

Los indiferentes y los envidiosos son incapaces de

"simpatía". Hay indiferentes por incapacidad y por utilitarismo; hay envidiosos por impotencia y por fracaso. Aquellos desdeñan, pero no anulan; éstos hieren, pero no matan. Ignorar no es suprimir, ocultar no es demoler, ensuciar no es borrar. Sus almas vagan por la penumbra; vejetan nutriéndose del limo en que el destino los fuerza a marchitarse, silenciosos los unos en la quietud de su inercia y los otros destilando frente al éxito su atrabilis corrosiva: como un holocausto de vencidos a vencedores. Conspiran contra el talento y diríase que lo temen; su afán de nivelar cumbres a ras del llano infúndeles el terror de la altura. Frente a una obra de pensamiento "se apunan", como si el endeble pulmón viniese a fallarles cuando intentan escalar una cima solitaria.

Contra la ceguera de los unos y contra el estrabismo de los otros conviene acrisolar el espíritu, cultivando el poder de simpatía que nunca falta en la hora de la iniciación intelectual. "Hay que leer para descubrir, admirar y asimilar el talento": los escritores todos, artistas, sabios y filósofos, deben sentirse mancomunados por ese precepto. A la apatía de los incultos debe oponerse una decidida sinergia de cuantos propenden a la cultura de su pueblo. Sin soñar, como Renán, el advenimiento de aristocracias intelectuales — en todo caso más legítimas que las presentes, cimentadas en el dinero o la política — conviene mantener la simpatía entre los que rinden homenaje a las tareas superiores del espíritu y persiguen la elevación colectiva del nivel mental. Ella es más necesaria en países sin tradiciones de alta cultura, cuyas clases dirigentes suelen constelarse de improvisados y advenedizos.

* * *

Pero no basta la "simpatía"; es necesaria la "comprensión". Sólo ésta permite estimar toda labor de mérito, aun en las obras que por su carácter fragmentario parecen condenadas a una vida más breve. Muchas veces basta una página para comprender al que prefiere los sobrios goces del espíritu a las falacias de la vida mundana, al que gusta de brillar en la penumbra antes que cegarse en el resplandor de frívolas vanidades. La

personalidad intelectual suele formarse en silencioso recogimiento, más celosa de erigir obras que de labrar reputación. Es difícil descubrir en trabajos fragmentarios a los que trabajan en la sombra, ajenos a las inflazones de la camaradería mundana o bohemia.

En páginas deshilvanadas puede haber algo más que periodismo; su misma heterogeneidad suele favorecer la comprensión de un espíritu multiforme. ¿No encierran, acaso, tesoros de expresión psicológica, las crónicas de viaje de Lucio López o Miguel Cané? ¿No dicen más que libros enteros, algunas páginas sueltas de bohemios indisciplinados, como Matías Behety, Goycochea Menéndez o Antonio Monteavaro? Son esos fragmentarios los que exigen mayor comprensión; a través de su mariposeo ligero es más difícil descubrir la psicología del escritor. No son caracteres unitarios, de una sola pieza, formados al calor de una hoguera intelectual o encriptados en un estrecho espíritu de capilla literaria. Han sentido el adagio clásico: "Temo al hombre que lee un solo libro". Sus desigualdades representan, con frecuencia, el desarrollo continuo de cualidades perfectibles; por eso algunos se han expuesto a parecer desiguales en su estilo, al esforzarse por alcanzar una progresiva belleza e intensidad de expresión, conforme el precepto de Flaubert: "La prose n'est jamais finie".

No quiere esto decir que la obra de los "fragmentarios" tenga más valor que la de escritores metódicos; pero es visible que para comprender sus cualidades, cuando existen, se necesita una aptitud de "comprensión" mayor, por las mismas deficiencias arquitectónicas de la cosa juzgada.

Para el espíritu del lector y del crítico es una violencia mental seguir a un escritor a través de producciones heterogéneas. Al tomar un volumen preparamos nuestra inteligencia para hilar un desenvolvimiento progresivo, pretendemos partir de ciertos hechos o premisas, atravesar ciertas demostraciones y llegar a conclusiones generales. Queremos, por lo menos, que haya cierta afinidad y progresión en las materias dilucidadas en un mismo volumen. Planear bien un libro es hacerlo en gran parte: nadie llega a redactar un sumario bueno sin tener dominio completo de la materia en todas sus formas. Es decir: no se adquiere la visión sintética sin antes domi-

nar analíticamente la materia. No satisface un libro sin idea directriz que lo presida.

Para concebir y esquematizar una obra es necesaria una posesión global del trabajo que se emprende; est prerrogativa no está muy generalizada, pues resulta d. hábitos y disciplinas intelectuales no comunes. Esa rara capacidad en la que imprime a la obra genial uno de sus rasgos más característicos. Darwin abarcó en un sólo golpe de vista todos los fenómenos de la vida terrestre, encontrando leves para sus condiciones biogenéticas y sus transformaciones; Spencer ha sintetizado principios que rigen a todas las instituciones sociales; Taine planteó nuevas bases generales para la crítica histórica y literaria. Y, en otro orden, la genialidad de Platón, de Shakespeare, de Dante, de Rembrandt, de Cervantes, de Goethe, o de Beethoven, reside precisamente en la aptitud para sintetizar en su producción el aspecto mental o sociológico de toda una época.

De esto no debemos inferir que una obra no puede ser perdurable y digna si no tiene carácter unitario, cíclico. Libros hay, como los recientes de Poincaré sobre la hipótesis científica, las "Loas" de D'Annunzio, o el "Zarathustra" de Nietszche, que carecen de tema central y de sistemático desarrollo: son misceláneas de monografías sueltas, de poemas varios o de elucubraciones filosóficas heterogéneas. Pero hay en ellos cierta unidad esencial que los hace "libros" en la mejor acepción del vocablo: hay unidad de criterio científico, de estilo literario o de orientación filosófica. Para percibir su mérito se requiere más comprensión que para admirar el de obras construídas con arquitectura y simetría.

III. — Los críticos profesionales

Existe en las letras un género especial, la crítica, cultivado por escritores que elucubran sobre temas planteados por otros; esos críticos pueden ser excelentes autores, doctos, elegantes, dignos de admirarse por lo que piensan y dicen. Son fecundos; crean prole vital. Enriquecen las obras que estudian; donde ponen la mano dejan un rastro de la propia personalidad. Todo buen escritor gusta de sus juicios, escasos de elogios, pero pró-

digos de enseñanzas. Los hombres de mérito son ecuánimes para juzgarse entre sí; diríase que se reconocen una directa consanguineidad y en el émulo no ven nunca un enemigo. Un verdadero crítico, es, simplemente, un buen autor que comprende a sus iguales.

Los otros, los "críticos profesionales", que se invisten ante el público de esa función, suelen ser autores subalternos que han rodado al periodismo, renunciando a crear obra propia; esa incapacidad los impulsa a empequeñecer todo lo que ellos no sabrían modelar, componer, pintar o escribir. Porque los hay en todos los géneros de la actividad intelectual.

Sobre carecer de criterio psicológico, suelen juzgar las obras ajenas sin comprensión ni simpatía. No saben, no entienden, no gozan. Sus glosas y rumiaciones de las obras que "critican" son siempre inferiorizantes; parecen versos recitados por tartamudos.

Ello tiene una explicación psicológica, fácil de expresar mediante un sencillo ejemplo. Si existieran dos cofradías distintas, una de autores y otra de críticos, nadie querría pertenecer a la segunda.

¿Significa ello que todos los críticos son autores? De ninguna manera. Revela, simplemente, que los críticos profesionales se creerían capaces de producir obras iguales a las que se atreven a juzgar. ¿Por qué, entonces, prefieren rumiar lo ajeno a engendrar lo propio? La respuesta es fácil: el crítico profesional suele ser un autor fracasado.

Nadie se daría tal título si se sobreentendiera esa definición. Es evidente que los interesados no pueden aceptarla; medran a la sombra de un equívoco, sugiriendo que sus tonterías pertenecen al mismo género cultivado por un Taine o por un Renán.

El verdadero crítico opina sobre lo que sabe; siendo imposible saberlo todo, escribe solamente acerca de ciertas materias y se ruborizaría dando un parecer sobre las demás. El crítico profesional se cree obligado a opinar sobre lo que ignora; sentencia con impavidez sobre materias heteróclitas, fundándose en que las ignora todas por igual. No es, siquiera, buen periodista, arte especializado que exige competencias no comunes: por eso se ofende cuando le llaman periodista, comprendiendo que va implícita la calificación de malo.

Fuerza es reconocer que los críticos profesionales tienen una autoridad efectiva sobre los malos escritores; se comprende, porque son sus iguales. El autor adocenado posee rasgos psicológicos bien conocidos: desea el elogio de los críticos y teme sus censuras. Duda de sus propios méritos si no oye el aplauso de la crítica; sólo puede crecer en una atmósfera de elogios, como los hongos en la humedad.

Los críticos profesionales tienen una superioridad sobre los malos autores: comprenden su situación de fracasados y se avienen a ella. Entre cien malos poetas, que siguen escribiendo versos, adquieren autoridad como críticos los que desisten de hilvanarlos y se dedican a deshilvanar los ajenos. El peligro está en que no se limitan a criticar a sus iguales, accesibles a su entendimiento; la nueva profesión los saca de quicio y osan juzgar obras que están por encima de su nivel o fuera de su horizonte. Entonces naufragan en su propia vaciedad.

Los buenos autores los ignoran o no atribuyen la menor importancia a su opinión; saben, de fijo, que son leídos y admirados, aunque los críticos callen, resignados a envidiar en silencio. La certidumbre es absoluta si éstos escriben para empañar su reputación: en sus alfilerazos desborda la admiración incontenible, como un homenaje a redopelo.

El crítico profesional puede alabar a un buen escritor; comprenderlo, nunca. Esa es la clave de su psicología. Supone que el criticado es su igual, fundándose en que ambos llenan cuartillas con la misma tinta. No comprende que, entre mil escritores, sólo uno es bueno, y los demás pueden hacerse críticos; muchos carbones hacen falta para que brille un solo diamante. ¿Podría éste ser comprendido por aquéllos?

De aquí surge otra definición sintética: los críticos profesionales son malos escritores que no comprenden a los buenos. Pueden sospecharlos, a veces; vengan entonces su propia incomprensión procurando opacar ese brillo a que sus ojos permanecen refractarios. Si pudieran comprender, admirarían; pero "comprender es igualar".

Cada hombre entiende a sus iguales; nunca a los superiores o a los diferentes. El crítico no es una excepción. Mira desde su nivel y hasta el límite de su miopía,

es decir, de acuerdo con su temperamento y dentro de su ilustración. Se avergonzaría de ser crítico si comprendiera la psicología de los escritores. No sospecha que los buenos son todos diferentes.

Las ideas y el estilo reflejan toda la personalidad de un autor; es imposible juzgar abstractamente una obra prescindiendo de su artífice. ¿El temperamento de cien buenos escritores, puede ser comprendido por uno malo? No es ecuánime juzgar a todos con el criterio único de que dispone el crítico profesional: su cerebro de mal autor no puede ser la medida de todas las obras buenas. El uno medirá las de Bacon con la vara usual de la crítica literaria; el otro aplicará a la de Pascal el decímetro de la crítica científica. Ambos se equivocaran sin esfuerzo, harán reir sin premeditación.

La inconciencia de la propia oquedad los sobrepone a todos los obstáculos. Opinan sobre cuantos libros el azar coloca entre sus manos, sin advertir que algunos exceden el horizonte de su incultura y otros son inaccesibles a su temperamento: falta de comprensión, falta de simpatía. Esa elemental imprudencia los induce a desconcertantes preelecciones.

Aunque se circunscribieran a modestos horizontes, los críticos profesionales estarían impedidos de juzgar. Ellos parecen ignorarlo, pues no sospechan que existen distintas categorías de escritores, cuyas mentalidades son heterogéneas; es inadmisible que un mal autor, de tal o cual especie, pueda juzgar a los escritores de todas las demás. Si lo hace de buena fe, raya en la tontería. Si un crítico profesional lee un artículo de Ganivet sobre Fray Luis de León, dice que el primero no tiene autoridad para criticar al segundo; y se la niega a Campoamor si opina sobre la menuda filosofía de Baltasar Gracián. Pero a sí mismo se otorga esa autoridad que rehusa a Campoamor y Ganivet, escribiendo con enternecedora incompetencia sobre Fray Luis y Baltasar.

Conviene, en suma, no confundir los ensayos críticos escritos por buenos autores, capaces de comprender a sus iguales dentro de un horizonte determinado, con la desvalida crítica profesional, a cargo de escritores incomprensivos, volcada indistintamente sobre todos los dominios de la cultura. La crítica constituye un género

literario útil y respetable; la crítica profesional es un simple refugio periodístico de malos escritores fracasados.

Para éstos, lógicamente, el sueño eterno es que un buen autor les conteste o trabe polémica. Darían lo indecible por conseguir esa limosna de celebridad. Pero su ilusión es irrealizable; los buenos escritores no confunden al verdadero crítico, cuya opinión es respetable porque ilustra, con los críticos profesionales que nada enseñan y sólo buscan llamar la atención.

Si éstos no saben hacer, menos pueden deshacer. En definitiva, no juzgan a nadie. Los buenos escritores no se creen honrados por sus elogios obscuros o anónimos; el mismo público, aunque necio, no cree en sus equivocaciones. Cada obra se dirige a una masa particular de lectores; hay entre éstos cierto número que puede comprenderla y juzgarla. Son estos árbitros los que forjan las reputaciones o las anulan, sin tomar en cuenta las loas y las catribas de los censores inexpertos.

El buen escritor — literario, científico o filosófico — sólo puede ser juzgado por sus iguales: dentro de su horizonte, según su temperamento y a su propio nivel, es decir con altura, comprensión y simpatía.

Los genios — muy pocos en cada siglo — están más altos que toda crítica. En vida nadie los juzga: son admirados o combatidos. Después de su muerte sus obras se tornan clásicas.

Eso no impide que algunos críticos profesionales sigan maldiciendo de ellas. El mayor número, sin embargo, se muestra más benévolo con las grandes obras; las critica, pero no las lee.

PSICOLOGÍA DE LA CURIOSIDAD

PSICOLOGIA DE LA CURIOSIDAD (1)

I. Origen y naturaleza de la curiosidad. — II. Función de la curiosidad en la formación de la experiencia. — III. Desenvolvimiento genético de la curiosidad. — IV. Psicofisiología de la curiosidad. — V. Variedades psicológicas de la curiosidad. — VI. Curiosidad y cultura intelectual.

I. — ORIGEN Y NATURALEZA DE LA CURIOSIDAD

Sin la inquietud de conocer la Verdad, en poco difiere un hombre de una cosa. No hay sentimiento más noble; ninguno dignifica más la condición humana. La curiosidad es un ala para volar sobre la realidad: observándola, experimentándola, comprendiéndola. Vivir es aprender; el que más aprende, vive más. Los hombres ignorantes vejetan; las naciones incultas sucumben. La genealogía de la civilización es una simple historia de la curiosidad humana a través de los siglos.

Cuenta una vieja leyenda egipcia que existió un simbólico santuario de la Verdad; columnas silenciosas, tostadas por el sol, parecían formarle una decoración de hechizamiento. Llegábase hasta él por una interminable avenida que flanqueaban colosales esfinges, petrificadas en mutismo enigmático. Su ceño adusto desafiaba a los curiosos que insistían en llegar hasta el santuario, buscando solución a los interrogantes que la Naturaleza plantea al entendimiento humano. Inconmensurable era el camino; infinita la teoría de esfinges. Ninguna vida humana, fuera ella larga y laboriosa, habría bastado para arrancar a cada una su particular misterio. Así la vieja leyenda quería significar que al hombre le estaba para siempre vedado acercarse a la verdad; y, en consecuencia, parecía aconsejar a los curiosos que desistieran de intentar un esfuerzo inútil.

La curiosidad humana no se rindió a la fácil moraleja.

---

(1) Conferencia pronunciada en el Centro de Estudiantes de Medicina de Buenos Aires, 1907.

Lo que cada hombre, por sí solo, no podía avanzar en el arduo camino, lo intentaron conjuntamente los hombres más obstinados. Cada uno aprovecharía las respuestas obtenidas por sus precursores, coordinando las verdades parcialmente adquiridas en sistemas de verdades impersonales y colectivas: las ciencias.

Y a medida que los buscadores de la Verdad avanzan por la amplia avenida, van aprendiendo que la perspectiva es infinita. El santuario sigue siendo su objetivo ideal; aunque no ven la posibilidad de llegar a él, saben que ese es el camino a seguir, el único, y siguen la interrogación sucesiva de todas las esfinges que lo flanquean. Sin negar la esperanza de resolver los enigmas finales, atesoran día a día las respuestas parciales y provisorias obtenidas en la peregrinación.

De la curiosidad inteligente y organizada, madre y fuente de toda sabiduría, han nacido las "ciencias": sólo merecen tal nombre aquellos sistemas de verdades que nos permiten satisfacer nuestras principales curiosidades respecto de los fenómenos que estudian, aunque nuestro afán de conocer desbordará siempre, en mucho, a la posibilidad de satisfacerlo.

Todas las curiosidades no se equivalen; algunas son subalternas y otras admirables. Corresponden aquéllas al concepto vulgar que de ellas se tiene, siendo un vicio o una forma de instabilidad mental; otras tienen un objeto esencial para la vida y sus manifestaciones superiores constituyen la curiosidad intelectual. Son parientes, por su origen, si se quiere, pero su función y su dignidad son distintas. Hay que distinguir entre el prurito banal de inquirir sin motivo los mil chismes del día, los pequeños asuntos y secretos ajenos, las insignificancias que sólo pueden abastecer las charlas infecundas de los perversos e intrigantes, y el noble anhelo de colmar las lagunas de nuestra cultura, de conocer las causas y el ritmo íntimo de lo que vemos: pasión desinteresada por aproximarnos a la verdad en la interpretación del mundo que nos rodea. En ambos casos encontramos, sin duda, un fondo común, la tendencia a descifrar incógnitas; pero mientras la una es índice de frivolidad, la otra es indispensable para alcanzar un alto desarrollo de espíritu. Más aún, los grandes pensadores suelen distraer-

se de las insignificancias que entretejen el diario afán de la mediocridad, porque, en ellos, la gran curiosidad destruye la pequeña, como la luz solar impide brillar a las luciérnagas.

En las raíces instintivas de la curiosidad hallamos siempre la reacción del organismo a las novedades que se presentan a nuestra experiencia y procuran excitar nuestros sentidos; esa reacción orgánica, esa actitud mental, es utilitaria en su origen. Verdad es que algunas veces la utilidad es directa o inmediata, mientras en otras es mediata o indirecta. Esta diferencia ha inducido en error a muchos pensadores, haciéndoles decir que hay una curiosidad utilitaria y otra desinteresada, sin advertir que en ésta el interés existió primitivamente, tornándose luego tortuoso u oblicuo.

La Rochefoucauld (1), v. gr., considera que "hay varias clases de curiosidad: una interesada, que nos lleva a aprender lo que puede sernos útil, y otra de orgullo, que viene del deseo de saber lo que otros ignoran". Y, en una variante, amplía así su concepto: "La curiosidad no es, como se cree, un simple amor de la novedad; hay una interesada, que nos instiga a conocer las cosas para prevalernos de ello, y hay otra de orgullo que nos induce a ponernos sobre los que ignoran las cosas y a no colocarnos debajo de los que las saben". (2).

El supuesto de que existe una curiosidad desinteresada suele aplicarse con frecuencia a su forma intelectual. James (3) entiende que en cierta época de la vida llega a su máximum nuestra sensibilidad frente a ciertas lagunas de nuestro conocimiento, o el placer de resolver determinados problemas, facilitándose la adquisición de conocimientos científicos; "pero estos efectos pueden haber sido ajenos al destino de nuestro cerebro" y sólo en los últimos siglos podrían haber influído sobre la selección de las razas o los grupos humanos.

No obstante su importancia, esta función biológica tiene una bibliografía reducida. Encontramos mencionada la curiosidad, en su sentido vulgar, en los clásicos de la ética y de la filosofía; algunos modernos la enumeran al

---

(1) La Rochefoucauld: *Máximas,* CLXXII.
(2) *Idem, Máximas* - Variante: CLXXXII.
(2) James: *Principios de Psicología.*

hablar de los sentimientos intelectuales y los libros de ciencia pedagógica enuncian la ventaja que habría en utilizarla convenientemente en la educación. Su psicología suele involucrarse en el estudio de la atención; sobre su patología sólo tenemos observaciones incidentales.

Para Descartes la curiosidad es un deseo (1) y para Malebranche una inclinación (2); ambos se limitan a mencionarla, sin profundizar su génesis. Los contemporáneos concuerdan en considerarla un instinto (Darwin, Romanes, Spencer, Ribot, James, Patrizi, Ferriani, Thomas), inclinación (Garnier, Boucher), tendencia (Hoffding) o sentimiento derivado de ellos (Mercier). Concuerdan todos en que es un fenómeno primitivo de nuestra vida mental, pero el proceso genético de su formación aun no ha sido claramente explicado.

Si concebimos la vida como una continua adaptación del organismo viviente al medio en que vive, las funciones psíquicas se nos presentan como un sistema regulador de ese equilibrio, provocador de movimientos apropiados a las condiciones externas que los sentidos nos revelan. Vivir y pensar son funciones activas, incesantes; las condiciones físico-químicas de la materia viva establecen sus tendencias a la actividad, siendo el movimiento su manifestación más característica. La actividad vital busca el equilibrio entre el ser vivo y su medio: la adaptación. Esa tendencia al movimiento choca con las resistencias ambientes: los sentidos son los medidores de las resistencias y su excitación regula las reacciones motrices que adaptan el ser vivo al medio. En esa necesidad orgánica de "conocer para adaptarse" encontramos el origen biológico de la curiosidad.

II. — FUNCIÓN DE LA CURIOSIDAD EN LA FORMACIÓN DE LA EXPERIENCIA

El conocimiento del medio por los sentidos constituye la experiencia. La curiosidad puede llevarnos a conocer la realidad o a equivocarnos respecto de ella; en el primer caso la experiencia es exacta y nos encamina ha-

---

(1) Descartes: *Traité des passions*, II part, art. 70, 88, pass.
(2) Malebranche: *Recherche de la Verité*, Libro IV.

cia la verdad; en el segundo hay errores de los sentidos que llevan a la ilusión o a la alucinación, bases del error, y que se refieren a las sensaciones mismas o a sus representaciones.

La experiencia de los sentidos es, pues, una función biológica y la tendencia a efectuarla es lo que suele designarse con el nombre de curiosidad. Derivando de funciones de adaptación, primordiales en la vida de todas las especies vivientes, la curiosidad es primitiva y se explica su importante función en la vida individual o social.

Observa James que la curiosidad y el miedo constituyen una pareja de emociones antagónicas, pudiendo ser provocadas las dos por el mismo objeto exterior y siendo útiles ambas al ser que las posee. El espectáculo de su alternación en los animales que se encuentran por vez primera frente a un ser u objeto desconocido, suele ser ameno. Si los objetos nuevos pudieran ser siempre útiles, sería mejor para el animal no tenerles miedo en ningún caso: pero como pueden ser nocivos les conviene no ser indiferente ante ellos, permanecer en guardia, cerciorarse de lo que pueden ser y hacer, antes de decidirse a estar tranquilos en su presencia. La base instintiva de toda curiosidad biológica y humana reside. pues, en la "novedad" de lo que se presenta a nuestros sentidos, sin que sepamos si es útil o nocivo. En el curso de la evolución, específica o individual, aparecen otros factores que modifican el primigenio interés defensivo que nos despiertan las cosas, a punto de ser difícilmente perceptible en las manifestaciones superibres de la curiosidad intelectual.

Es siempre utilitaria, sin embargo; una ampliación de la experiencia implica un conocimiento menos inexacto de la realidad y constituye una ventaja en la lucha por la vida, favoreciendo la adaptación y la supervivencia. Se comprende que los excitantes de la curiosidad intelectual pueden no ser ya objetos, sino modos de concebir los objetos mismos; pero nuestra curiosidad tiende a llenar las lagunas de las síntesis mentales efectuadas sobre las partes de realidad que más nos interesan, buscando el equilibrio de nuestras ideas y facilitando la

adaptación de nuestra conducta a un cierto concepto del medio a que nos adaptamos.

Concuerdan los biólogos en admitir que la sensibilidad es un caso particular de la irritabilidad protoplasmática, entendida ésta como una propiedad general de la materia viva. Después, a medida que los seres evolucionan, especializan tejidos y órganos que facilitan el cumplimiento de las diversas funciones necesarias para la conservación de la vida. Para llenar mejor su objeto, al constituirse órganos especiales, van apareciendo especializaciones definidas de la sensibilidad y del movimiento.

Las tendencias o inclinaciones se forman en el curso de la experiencia de la especie. Pueden referirse directamente a la vida física (como el hambre o la sexualidad), o indirectamente, por medio de la actividad mental: así se desenvuelven las tendencias estéticas, religiosas, intelectuales, etc.

La tendencia intelectual — o curiosidad — se manifiesta de modo inmanente o hereditario, orientada de la manera más eficaz para conocer la realidad ambiente, extendiendo el campo de la experiencia individual. Cada cosa que solicita nuestros sentidos o nuestra imaginación puede ser un objeto de curiosidad.

Producto de la experiencia filogenética, esa tendencia es adquirida en el curso de la evolución de las especies; adquiere caracteres más diferenciados en la evolución de la especie humana. Como tendencia corresponde a lo que en el lenguaje antiguo se designaba con el nombre de "instinto", que hoy comienza a rechazarse en biología y psicología, por lo menos con los caracteres que antes se le atribuían. Admítese ahora que no hay instintos fijos, sino variaciones adquiridas por la experiencia de nuestros antepasados, fijadas en hábitos y transmitidas hereditariamente. En este sentido diríamos que la curiosidad (o "instinto intellectual") es el hábito de la función de conocer, adquirido por la especie y transmitido hereditariamente como una tendencia.

La curiosidad se nos presenta, en suma, como una necesidad compleja de todo el organismo, subordinada a sus modificaciones orgánicas y bioquímicas: un estado de actividad de todo nuestro ser, que acomoda

nuestros centros nerviosos más evolucionados para facilitar las percepciones o representaciones útiles a la vida. Sobre las bases de esa tendencia hereditaria desarróllase en los individuos el sentimiento intellectual y evoluciona hasta revestir caracteres varios y complicados.

Sus grados y aspectos difieren de individuo a individuo. Su función crece progresivamente en la evolución humana, encaminando las tendencias hereditarias hacia su más favorable actuación. Cuando la tendencia ha encontrado las condiciones propicias, asume caracteres volitivos, de acción, pudiendo en ciertos casos convertirse en verdadera "pasión intelectual", fase superior de nuestra vida afectiva, capaz de compeler la conducta en el sentido de la tendencia.

Respecto del origen y función biológica de la curiosidad, podríamos, pues, decir que la experiencia de los sentidos es una tendencia instintiva y la condición inicial del conocimiento de la realidad, indispensable para la adaptación. La curiosidad es el exponente funcional de esa tendencia y se revela con tantas manifestaciones cuantos son los modos de la realidad cuyos enigmas intentamos descifrar. El "por qué" y "cómo" de las cosas están perpetuamente planteados ante nosotros, cual interrogantes cuyas soluciones relativas pueden servirnos en la lucha por la vida; sin olvidar, empero, que su respuesta absoluta es la perpetua quimera que escapa a nuestro esfuerzo y el estímulo incesante de la curiosidad humana.

Y es privilegio de los espíritus más altos, en las ciencias y en las artes, vivir con el ingenio alerta sobre todas las manifestaciones de la Naturaleza, escrutando sus secretos más íntimos, auscultando sus palpitaciones, descifrando sus problemas remotos y obscuros, multiplicando la propia vida por los cien caminos nuevos que hacia ella entreabre la curiosidad. Pocos pueden decir como el poeta: "Nessuna cosa mi fu aliena; nessuna mi será mai, mentre comprendo. Vigile a ogni soffio, intenta a ogni balleno, sempre in ascolto, sempre in attesa, pronta a ghermire, pronta a donare, pregna di veleno o di balsamo, torta nelle sue spire possenti o tesa come un arco, dietro la porta augusta o sul limitare dell' inmensa foresta, ovunque, giorno e notte, al sereno o alla

tempesta, in ogni luogo, in ogni evento, la mia anima visse come diecimila!'' (1).

III. — DESENVOLVIMIENTO GENÉTICO DE LA CURIOSIDAD

Un ser sin curiosidad sería incapaz de vivir; cada ser viviente es curioso a su manera. Lo es el gato, tendido ociosamente sobre un tejado, cuando sigue con ágil pupila a los pájaros que rayan la comba del cielo; lo es el gaucho que encontrándose en un bulevar moderno todo lo escruta con ojo sorprendido y avizor; curioso es el pobre de espíritu cuya mente pueblan de alarma intranquila todas las pequeñas incidencias que ocurren en torno suyo; y lo es el niño indiscreto que nos acosa con preguntas acerca de las mil novedades que inquietan su experiencia rudimentaria; y también la mujerzuela ávida de fruslerías que inclina su oído sobre el ojo de las cerraduras para atisbar secretos ajenos. Todo ello nos muestra diversas fases evolutivas de la curiosidad a través de las especies, de las razas y de los individuos, desde formas sencillas hasta expresiones complejas.

La vemos aparecer en los tramos rudimentarios de la evolución biológica; cualquier objeto desconocido puede excitarla y la atención es facilitada por el acercamiento al objeto y su exploración con las superficies tactiles, con la nariz, con los labios. Toda la operación de ''tantear'', es decir, el conocimiento por el tacto, tan difundido en la serie animal, es una manifestación de la curiosidad sensorial aplicada al conocimiento de las cosas. Con frecuencia observamos que los animales merodean en torno de un objeto desconocido, acercándose a él mientras está inmóvil, husmeándolo, mirándolo, para fugar en cuanto observan un movimiento, por aquel antagonismo entre el miedo y la curiosidad que domina a todos los animales frente a lo desconocido. Los peces acuden donde aparece un objeto ignoto y pescadores hay que se valen de luces para llamarlos a sus redes. Entre los pájaros el hecho es más frecuente y la vivacidad de los colores suele atraerlos, dato conocido y explotado en

---

(1) D'Annunzio: *Le Laudi*, Vol. I. pág. 23 y 24.

cinegética. Quien quiera leer a Romanes (1) y Darwin (2) encontrará centenares de observaciones sobre la curiosidad en los animales. Ella hace acudir millares de insectos en torno de nuestras lámparas eléctricas, en las noches estivales; ella, en lejanas tierras polares, induce a los pájaros a aproximarse sin miedo al raro visitante de las comarcas, para conocer a su modo a los viajeros que constituyen una novedad en su humilde experiencia; ella, en nuestros jardines zoológicos, hace agolparse a los monos a la rejilla cuando una mujer vestida con vivaces colores pasa por las inmediaciones; ella salva al ratonzuelo de nuestras casas, haciéndole observar desde la entrada de su cueva si está en la habitación el temido gato que le acecha implacable. Cuentan los naturalistas la estratagema que en Ceylán se emplea para cazar fieras, fundada en la curiosidad que les produce una sensación nueva: atan un cencerro al cuello de un búfalo y le ponen sobre el dorso un canasto con antorchas encendidas; a medida que el búfalo penetra en la selva, acuden leopardos, jabalíes y otra caza mayor, atraída por lo insólito de la luz y el sonido; los cazadores, que vienen detrás, hacen fácil blanco sobre las fieras curiosas, que parecen suspensas y fascinadas. Notoria es la prueba que hizo Darwin sobre la curiosidad de los monos; no obstante el terror pánico que les infunden las serpientes, no resisten a la tentación de observarlas de cerca; dice el naturalista inglés que ellos se acercaban prudentemente, uno tras otro, a la caja o cartucho en que estaban, llegando hasta levantar la tapa o desenvolver la punta del papel, huyendo en seguida aterrorizados

Esta función de la curiosidad, estrechamente ligada con el conocimiento, es, sin duda, mayor en las especies que han alcanzado un desarrollo mental más considerable; por otra parte, tratándose de una función útil y selectiva, cada especie tiene curiosidades apropiadas a sus condiciones de vida. El hombre, en razón de su evolución más compleja, es el animal dotado de mayor curiosidad general y capaz de más vasta experiencia.

No es uniforme, sin embargo, la curiosidad humana, como no es homogéneo su nivel mental, en las distintas

---

(1) Romanes: *Evolución mental,* pág. 283 a 351.
(2) Darwin: *Descendencia del hombre,* pass.

sociedades que constituyen la especie y en las diversas clases superpuestas en una misma sociedad. ¿Es curioso el hombre primitivo? ¿Cuáles son sus curiosidades preferentes? Conviene, en efecto, recordar que las hay elementales y complicadas, directamente contiguas a las sensaciones e indirectamente abstraídas de las mismas: curiosidades de los sentidos y curiosidades del entendimiento. Spencer refiere numerosos hechos que establecen su escasa curiosidad por los enigmas remotos que nacen de la contemplación meditativa (1); considera infundada la hipótesis poética que imagina al hombre primitivo entregado a especulaciones sobre los fenómenos del mundo que lo rodea, no teniendo interés alguno de comprenderlos. Si esa curiosidad intelectual no existe en el hombre primitivo, las formas inferiores de la curiosidad son comunes en él. "La necesidad de conocer — observa Ribot — parece muy desigualmente repartida en las diversas razas; el único hecho universal es que la curiosidad primitiva se limita a cosas muy simples, que tienen o parecen tener una utilidad práctica. La curiosidad y el estado afectivo que la acompaña, tiene por fin la conservación del individuo, lo mismo que los otros sentimientos propios de ese período inicial de la evolución. Estar alerta, averiguar lo que es útil y lo que es nocivo, en una palabra "saber", es en el orden práctico un arma poderosa en la lucha por la vida, una causa de selección" (2) en favor de los curiosos y en contra de los indiferentes. Con ellos concuerdan los psicólogos modernos al admitir que en los pueblos primitivos son comunes las formas inferiores, inmediatamente utilitarias, escaseando la curiosidad intelectual.

Prueba de ello tenemos observando la mentalidad de las clases sociales inferiores consideradas como verdaderas razas primitivas vivientes en medio de la civilización moderna (3). El gaucho hipotético, a que hace un instante nos referíamos, meditando en la noche serena de la pampa sobre los hondos problemas que el universo plantea al espíritu humano, sólo puede concebirse como una excepción genial dentro de su ambiente y de su clase.

---

(1) Spencer: *Principles of Sociology*, I, pág. 88-89.
(2) Ribot: *Psychologie des Sentiments*, pág. 371.
(3) Nicéforo: *Anthropologie des classes pauvres*.

El hombre inculto, lo mismo que el salvaje, sólo es capaz de las curiosidades inferiores que sirven directamente a sus necesidades inmediatas. Atrasados en la civilización, equivalen a los retardados en la evolución humana, y, lo que es más significativo, en su desarrollo individual equivalen a los deficientes.

Los que hemos frecuentado las dolorosas clínicas manicomiales sabemos que los deficientes, los imbéciles y los idiotas, poseen una curiosidad exigua o subalterna, incapaz de manifestaciones superiores. Basta leer el conocido libro de Sollier (1) para advertir que la curiosidad del idiota es casi nula; lo que se mueve o acontece en torno suyo no le interesa; sus sentidos parecen obtusos, rebeldes a toda nueva experiencia; su ojo no escruta, su labio no interroga, su oído no se adapta a los sonidos, su entrecejo no se frunce jamás para indagar un "cómo" o un "por qué". El imbécil tiene, en cambio, la curiosidad del primitivo, del ignorante o del niño; su espíritu es incapaz de coordinar ideas en un sistema y su curiosidad es instable, fatua, mariposeadora; mil preguntas revelan su indigencia intelectual cada vez que un objeto o un hecho se presenta a la experiencia de sus sentidos, sin ser capaz siquiera de esperar una respuesta o de comprenderla.

En el imbécil, que suele acosar con preguntas absurdas o desatinadas, sólo encontramos la caricatura de la curiosidad intelectual.

La curiosidad del niño aparece con los mismos caracteres que la del primitivo, del inculto y del deficiente. Para él casi todo es nuevo y está naturalmente inclinado a interesarse por cuanto se le presenta; las cosas más insignificantes son objeto de su curiosidad, por lo menos hasta que las comprende.

La curiosidad es manifestación de inteligencia que despierta y desea ejercitarse en el conocimiento de la realidad. El niño aburrido, apático, indiferente, el que nunca pregunta el cómo y el por qué de las cosas, ese alabado niño "discreto", que no compromete a las mamás imprevisoras, no es inteligente. La tendencia a conocer se manifiesta primero como necesidad de emociones; eso explica en gran parte la rapidez con que el niño

---

(1) Sollier: *Psychologie de l'idiot et de l'imbécile.*

adquiere, transforma y abandona sus gustos, los incesantes caprichos que hacen variar constantemente sus preocupaciones, dirigiendo en sentido múltiple su curiosidad instable. Más tarde el niño inteligente se vuelve travieso; todo lo inesperado o novedoso le interesa y llega hasta buscar los pequeños peligros en que se balancean la curiosidad y el miedo. En un período ulterior comienza a elevar y complicar su curiosidad; después de romper un muñeco para ver lo que tiene dentro, desarma su primer reloj buscando el secreto del engranaje, abre el cadáver de un pez o de un ave doméstica para cerciorarse de su configuración anatómica, o desenvuelve un cohete para descubrir el secreto de las sustancias explosivas. Y así, poco a poco, la experiencia lo va poniendo en contacto con la realidad; la instrucción sería prácticamente imposible si no existiera la curiosidad. El niño debe ser curioso; cuanto más curioso, más educable. El que no sienta el aguijón de la curiosidad, será tardío y mezquino para enriquecer su patrimonio intelectual.

Suele atribuirse a la mujer la curiosidad inferior que acabamos de consignar como propia de las mentalidades deficientes o en formación; el teatro y la novela picaresca han sacado abundante partido de esta malhadada curiosidad femenina y nos hemos acostumbrado a suponer que la mitad del género humano invierte sus horas en atisbar lo que pasa en la casa del vecino, en averiguar detalles de las vidas ajenas, en interesarse por la crónica de los crímenes pasionales y en análogas manifestaciones de la curiosidad subalterna. El hecho no es exacto sino a medias; es el resultado de una actividad mental no encauzada en ningún sentido útil, exenta de preocupaciones y de trabajos, quedando las manos y la lengua libres. Alejadas de las grandes actividades intelectuales, sociales, políticas y económicas, que el hombre monopoliza, ellas se ven obligadas a interesarse por menudencias y fruslerías que llenan su existencia mientras no sobreviene su gran función biológica y social: la maternidad. No olvidemos, para ser justos, que existe infinidad de hombres en condiciones semejantes y que las mujeres ilustradas pueden estar exentas de esas pequeñeces

de espíritu que nivelan su curiosidad con la del niño y del primitivo.

La evolución de la curiosidad muestra un paralelismo entre ella y el desarrollo mental, así como el advenimiento paulatino de curiosidades cada vez más indirectamente utilitarias. La curiosidad, como la vida, tiene innumerables gradaciones: desde el animal que palpa y husmea hasta la genialidad de un Aristóteles o un Bacon que ansiosamente anhela conocer todos los misterios de la Naturaleza.

IV. — PSICOFISIOLOGÍA DE LA CURIOSIDAD

Observando los fenómenos fisiológicos que acompañan a esta actividad mental, podríamos escribir un vasto capítulo de fisiognomonía correspondiente a la curiosidad. La expresión mímica de un grupo de niños que escuchan el relato de una vieja abuela, el asombro del sujeto inculto frente a las vidrieras de un bazar urbano, la especta-ción del sabio que persigue bajo su microscopio algún secreto íntimo de la vida microbiana, todo ello se traduce por fenómenos fisiológicos que pueden ser registrados y medidos, lo mismo que los estados de atención, la emotividad, la fatiga, el trabajo intelectual y tantas otras actividades intelectuales que la psicología experimental ha sometido a examen en sus laboratorios, emancipándolos de la antigua especulación dialéctica a que los tenía vinculados la psicología palabrista y discursiva. Así tendríamos una psico-fisiología de la curiosidad.

Todos los estados que exaltan las funciones vitales, pueden acompañarse de un aumento de la curiosidad; el hombre sano mira las cosas con mayor interés que el caquéctico, ve solicitada su atención por más hechos y objetos del mundo que le rodea.

Los estados depresivos, en cambio, apagan la curiosidad y estorban la inteligencia, traduciéndose por el notorio fenómeno del aburrimiento, que podríamos definir como una astenia de la curiosidad.

Las enfermedades que agotan el organismo disminuyen la curiosidad del enfermo; y la vejez, decadencia progresiva del organismo, se traduce también por una atonía de la curiosidad cuya más alta expresión es el

desinterés por la vida misma. Por eso ha observado algún filósofo que la muerte, pavorosa para un ser sano y joven, va siendo cada vez menos temida mientras avanzamos en la madurez y la senectud, o cuando una larga enfermedad disminuye nuestro interés por la existencia: la cara de la muerte es menos fea cuando nos aproximamos a ella lentamente, hasta verla de cerca.

A esas condiciones fisiológicas generales de la curiosidad y el aburrimiento, pueden agregarse otras que se refieren a las diversas faces por que la curiosidad humana pasa habitualmente.

Ribot (1) estudia la curiosidad como un instinto o tendencia de conocer, que sirve de base al desarrollo de los sentimientos intelectuales. Distingue en ella tres momentos psicológicos que se "expresan por fenómenos fisiológicos diversos".

La "sorpresa" es el primero que la sensación provoca en nosotros; es un estado emotivo especial, irreductible a cualquier otro, y consiste en un choque, en una adaptación. Su carácter propio e inequívoco es la falta de contenido intelectual o afectivo; es una simple relación, una transición entre dos estados, un breve gesto del espíritu. Su modo de expresión y sus concomitantes fisiológicos son notorios; los describió Darwin (2): la comisura palpebral está agrandada, la boca abierta o entreabierta, las cejas levantadas, una inhibición general sucede a la sacudida primitiva, los latidos del corazón y el ritmo respiratorio se aceleran, etc. Es, en una palabra, un fenómeno de desadaptación orgánica provocada por la sensación que sorprende inesperadamente.

A la sorpresa sigue el "asombro". Ribot cree, de acuerdo con Bain(3) y Sully (4), que la distinción entre esos dos momentos no es una sutileza banal: la sorpresa es momentánea y el asombro estable, aquélla es desadaptación y ésta readaptación, la una carece de materia objetiva y la otra depende de un objeto nuevo, extraño o inesperado. Al asombro se refería Descartes (5)

---

(1) Loc. cit.
(2) Darwin: *Expresión de las emociones,* cap. XII.
(3) Bain: *Emotions,* cap. IV.
(4) Sully: *Psychology,* tomo II, 126.
(5) Descartes: *Traité des passions,* parte II, art. 10.

al clasificar la admiración entre las seis pasiones principales. Por fin, el asombro implica el despertar de la atención, de cuyos caracteres participa: unidad de la conciencia, convergencia hacia un solo objeto, intensidad de la percepción o de la representación y adaptación de los movimientos (1). A la primitiva desadaptación orgánica provocada por la sensación, sucede, pues, una readaptación del organismo a ella, un enfocamiento de la mente al objeto que solicita su curiosidad.

La "interrogación" es el tercer momento de la curiosidad, caracterizado por la reflexión que sucede a la percepción del objeto. El nuevo dato sometido a nuestra experiencia es incorporado a la personalidad, es decir, a la experiencia, precedentemente acumulada, conociéndose así el objeto por un proceso comparativo y de correlación con las sensaciones precedentes. Es ese el momento de la curiosidad propiamente dicha, cuando el sujeto se pregunta qué es, cómo es y para qué es el objeto percibido Los animales, el hombre primitivo, el niño, se plantean sin cesar esa triple cuestión, instintivamente y mediante actos, aunque sin llegar a formularla en términos explícitos. La interrogación tiende a asimilar el objeto, a clasificarlo en nuestra experiencia total.

La psicología experimental de la curiosidad cuenta con breves contribuciones, confundiéndose sus datos más perceptibles con la fisiología de la emoción, de la atención o del razonamiento, según se trate de la sorpresa, el asombro o la interrogación. En esta última el músculo frontal se contrae y la frente se pliega, los párpados se entreabren ampliamente, el orbicular de la boca se afloja dilatando la comisura de los labios, los músculos voluntarios modifican su tonicidad, en una palabra, todo el organismo refleja esa preparación de la mente para incorporarse el fenómeno nuevo que es objeto de la curiosidad. Para todo lo que se refiere a la expresión mímica de este fenómeno mental pueden leerse los libros clásicos de Bell, Gratiolet, Piderit, Lavater, Duchenne, Darwin y Mantegazza, o los modernos de Hartemberg, Waynbaum, Cerchiari, De Sanctis, Cuyer, Patrizi, etc.; para los trastornos viscerales que los acompañan puede consultarse la vasta bibliografía de las emociones y la

(1) Ribot: *Psychologie de l'attention.*

atención, que sería largo enumerar, y cuya mención analítica excedería al propósito especial de esta conferencia.

V. — VARIEDADES PSICOLÓGICAS DE LA CURIOSIDAD

Por su mecanismo psicológico podemos distinguir formas diversas de curiosidad.

En un caso serán curiosos los sentidos, como en la dama elegante, que necesita tocar las telas que observa en una tienda, o en el escultor que además de copiar las formas de su modelo siente la necesidad instintiva de palparlas, como si quisiera conservar un molde de las curvas en el hueco de su propia mano. Otras veces la curiosidad es sentimental, como en esos espíritus tiernos o sensibles que se aventuran a un amor en busca de emociones o se precipitan sobre los diarios para averiguar las peripecias y el desenlace de un drama pasional. Y en otros casos, por fin, observamos la curiosidad ingenuamente metafísica del gaucho que cruza la pampa en una noche de luna, cantando un triste o una vidalita, mientras se pregunta el origen de esas estrellas que titilan en lo alto, sobre su cabeza, marcándole el camino, e inquiere si ese tranquilo horizonte tiene límites, y para qué sirve, y quién lo hizo, y por qué el hombre lo contempla sin poder descifrarlo, y cuál es el principio y el fin de ese universo que tienta de mil maneras su curiosidad más alta, la curiosidad intelectual.

Basta comparar tres tipos, clásicos en la literatura, para advertir que la curiosidad de los sentidos, del corazón y de la inteligencia, son aspectos bien diferenciados.

Cuenta Ovidio (1) que Acteón, hijo de Cadmo, se encontraba en un valle sombreado por pinos y cipreses, después de una profícua cacería. Abríase en el fondo del valle una gruta y en su interior murmuraba una fuente serena, cuyas aguas claras se esperezaban holgadamente entre dos márgenes de césped oloroso. En su cristal solía bañarse Diana, cuando fatigada de la caza apetecía refrescar sus formas castas. Llegó la diosa y con la ayuda de sus ninfas confió al secreto de la

(1) Ovidio: *Metamorfosis*, Libro III, Met. III.

fuente la belleza desnuda de sus líneas. En ese instante Acteón dirigió sus pasos errantes hacia el boscaje ignoto y penetró a la gruta, quedando absorto en la contemplación del espectáculo divino que el azar ofrecía a su curiosidad. Le vieron las ninfas; dándose de golpes en los senos turgentes, llenaron el bosque con el alborozo de sus gritos. Diana, para castigar al curioso que osó mirar su impoluta desnudez, lo metamorfoseó en ciervo; así el imprudente echó a correr por los bosques, hasta que fué devorado por los perros de su propia trahilla.

Otro tipo de curiosidad nos presenta Cervantes (1) en el conocido relato de "el curioso impertinente". Anselmo y Lotario, caballeros ricos y principales, profesábanse la amistad más absoluta. Andaba el primero perdido en amores por Camila, doncella distinguida y hermosísima, acabando por hacería su esposa. A poco Anselmo sintió irresistible curiosidad de saber si ella era tan buena y perfecta como él pensaba: tal curiosidad tornóse obsesiva, hasta que decidió confiar a Lotario la causa de sus inquietudes, pidiéndole que la requiriese de amores para probar su virtud. Después de muchas resistencias, aceptó el amigo la enojosa tarea, aunque proponiéndose no intentar la seducción que el marido curioso le exigía. En vano quiso el buen amigo fingir que sus tentativas eran infructuosas; Anselmo no dejó de emplear ardid para obligarle a cumplir su promesa. Cumplióla al fin y quiso el destino que llegara a tomar en serio su papel de galán, apasionándose a tal extremo por Camila que ésta llegó a sentir por él una afectuosa compasión. Un breve paso los separaba del amor completo y el curioso marido hizo lo posible para que lo dieran, consiguiéndolo. Desde entonces su esposa y su amigo vivieron engañándole, hasta que una circunstancia inesperada le reveló las consecuencias de su impertinente curiosidad, trayendo la catástrofe sentimental que es dado suponer.

Aunque demasiado contemporáneo para que su tipo sea clásico, Paul Bourget (2) ha escrito una acabada silueta del curioso intelectual, que todo lo indaga y ex-

---

(1) Bourget: *Le disciple.*
(2) Cervantes: *Quijote.*

perimenta a través de su prisma investigador, sin respetar sentimientos fundamentales en la mujer que somete a su experiencia psicológica. Adrián Sixto, viejo filósofo que quiere buscar el secreto de las pasiones humanas a través del más alambicado análisis, encuentra un discípulo en la persona del joven Roberto Greslou, cuya pobreza no le impide ensayar experimentalmente las doctrinas que llegan a preocuparlo. Admitido como profesor en una casa de antigua nobleza, acaba por despertar una pasión experimental en la hermana mayor de sus alumnos, rematando el ensayo en una dolorosa tragedia. ¿Quién es el culpable? Llega el asunto a la justicia y el viejo Sixto es llamado a declarar, asombrándose de que la intelectual curiosidad de estudiar el alma humana haya podido generar tan irreparable catástrofe.

En los tres casos mencionados la curiosidad presenta caracteres diversos, por los móviles que la instigan y los métodos con que se satisface. En el personaje mítico de Ovidio la curiosidad es puramente sensorial y las sensaciones visuales están al servicio de la contemplación estética de la desnudez. El personaje cervantino está movido por impulsos del corazón y sus ardides imprevisores tienen por objeto satisfacer una curiosidad sentimental. Roberto Greslou es un experimentador de almas y nos presenta el caso bien definido de la curiosidad intelectual aplicada trágicamente a la solución de un problema de psicología femenina.

En verdad, a primera vista, los objetos capaces de provocarnos curiosidad para ser incorporados a nuestra experiencia, actúan sobre nuestros sentidos; pero las representaciones de las sensaciones, en cierto grado de la evolución mental, llegan a desempeñar un rol tan importante como las sensaciones mismas, complicándose con ellas en el desenvolvimiento de los estados afectivos y los procesos intelectuales. Toda forma de curiosidad podría, acaso, reducirse primitivamente a una curiosidad sensorial; más aún, a cada forma especializada de sensibilidad corresponde un modo particular de curiosidad, desde las indefinidas, como el hambre y el amor, hasta las propias de los sentidos especiales. Pero en los casos complejos de nuestra actividad mental, los sentidos sólo sirven de intermediarios entre la realidad y nuestra mente. Por eso creemos exacto distinguir co-

mo Patrizi (1), una curiosidad sensorial, una afectiva y otra intelectual.

El distinguido fisiólogo observa que, a menudo, tenemos curiosidad de ver, de oir, de "sentir" en una palabra, únicamente por la reacción que experimentamos usando nuestros aparatos receptores de excitaciones externas; en esos casos prescindimos de toda construcción psíquica superior a la que podrían servir esos simples datos de la sensibilidad. El ojo condenado a la obscuridad puede desear una sensación luminosa bruta, sin contenido de forma; en el silencio de la noche ansiamos a veces una vibración sonora de cualquier clase que perturbe la inercia de los centros nerviosos. La función de los órganos se acompaña de un tono afectivo agradable, preferible al fastidio de la quietud que trae el aburrimiento. Es difícil separar la curiosidad por la sensación misma de la curiosidad por el tono afectivo que la acompaña; en algunos casos patológicos ella se pone más de relieve, como en la "Violante" que persigue como un perro de presa las sensaciones olfativas y a quien sus adictos sólo aciertan a regalar frascos de esencias y perfumes (2). Y aquí también podríamos clasificar la refinada curiosidad gustativa de "Des Esseintes", que llega a componerse una sinfonía gustativa fabricándose un armario lleno de frascos que contienen licores variadísimos, comunicando sus robinetes con resortes automáticos que dejan caer una sola gota en la minúscula taza donde todas se combinan sinfónicamente; recordemos los sonidos que el personaje de Huysmans asocia a cada sensación gustativa y recordemos también que en otra de las fantasías que tientan su curiosidad sensorial se fabrica una sineromía de olores, asociando a cada perfume una imagen visual de color o de forma. Así como tiene un "órgano de gustos", dispone también de una "galería de perfumes". (3)

Las curiosidades afectivas o emotivas han sido ya clasificadas sobre la base de los sentimientos: curiosidad egoísta y altruísta, curiosidad doméstica, curiosidad patriótica, social, moral, religiosa, estética; el sentimiento que campea en un espíritu despierta en él, de

---

(1) Patrizi: *Nell'estetica e nella scienza.*
(2) D'Annunzio: *Le Vergini delle Roccie,* 137.
(3) J. K. Huysmans: *A. Rebours.*

preferencia, la curiosidad correspondiente. "El egoísta sólo se interesa por las cosas que le atañen directamente; la mujer que atravesando las calles se encuentra con un enjambre de niños que sale de la escuela, y se detiene contenta a mirarlos, adivina en sí a la madre; es curiosidad patriótica la que pone en tantas manos los relatos de las gestas de los héroes nacionales o las canciones de la patria, y la que guía las masas a las grandes revistas militares o fiestas cívicas; tiene sentimientos humanitarios el que no desdeña interesarse por todos los problemas que afectan los destinos colectivos; y es curiosidad social la que mueve tantas acciones nuestras, desde el indiscreto escuchar tras una puerta hasta el espejo múltiple que el quieto holandés instala en su ventana para observar lo que ocurre en la vía pública; la curiosidad moral permite leer todavía esos antiguos novelones que rematan en el castigo del réprobo y el triunfo del virtuoso; es curiosidad religiosa la atracción por ciertos asuntos antiestéticos despertada por una secular estratificación afectiva, fruto de las creencias de nuestros antepasados. La curiosidad estética, el deseo de la belleza, es tan difundida, tan evidente, que huelgan los ejemplos. Pero más singular es la curiosidad de ciertas emociones dolorosas. ¿En qué consiste el deseo secreto que nos lleva a un anfiteatro de anatomía, a visitar una morgue, a contemplar un espectáculo de box? ¿Por qué los degenerados y los delincuentes se apiñan en los debates públicos de los grandes crímenes, leen ávidamente los folletines policiales y se agolpan frente a las guillotinas en la hora de las ejecuciones? ¿Por qué algunas histéricas se hacen enfermeras buscando el placer en las emociones dolorosas del sufrimiento ajeno?" Degeneración en unos casos; atavismo en otros. Pero el hecho fundamental para nosotros es uno: cada hombre tiene las curiosidades correspondientes a sus sentimientos habituales.

En todas sus formas primitivas la curiosidad es un instrumento utilitario de selección y de lucha por la vida. Pero cuando las condiciones de la existencia se modifican, atenuándose sus asperezas, tórnase posible la investigación desinteresada de la verdad, la curiosidad intelectual propiamente dicha, instrumento específico del sentimiento intelectual.

Muchas veces es indirectamente utilitaria, como quiere Ribot; se busca el éxito en la vida y se hace una carrera intelectual. Pero sería exagerado negar que en algunos casos la curiosidad intelectual se presenta como una inclinación, libre de toda "arriére-pensée" práctica. Muchos casos pueden encontrarse en las biografías de los filósofos y muchos también entre la obscura cohorte de hombres de ciencia que consumen su vida en los laboratorios y en las bibliotecas. Entonces el sentimiento se convierte en verdadera pasión intelectual, se renuncia a todos los otros halagos de la vida y la energía individual parece polarizarse en torno de la persecución de la verdad; son notorios los casos de Kepler y Spinoza, exponentes conmovedores de estas vidas de quimera y de sacrificio, transcurridas en la sombra de un tabuco sin más norte ni esperanza que penetrar los secretos de la realidad que nos rodea, dando a la pasión intelectual una tenacidad y una fijeza que la hacen resumir la entera evolución de una vida en la historia individual del pensamiento.

VI. — Curiosidad y cultura intelectual

Educando la curiosidad intelectual se intensifica el amor por las cosas altas del espíritu, por las ciencias y por las artes, que son la más clara enseña de cultura, el exponente más inequívoco de la civilización de un pueblo o de una raza.

Si nos tomáramos la molestia de acechar a cien transeuntes y preguntarles por los iniciadores de las ciencias y las artes en su país, sólo alcanzaríamos a leer en la fisonomía de los más una inquietante expresión de sorpresa; los sabios y los poetas son poco menos que ignorados, fuera de estrechos círculos intelectuales.

Este fenómeno de ignorancia colectiva, idéntico en todas las naciones, con muy rara excepción, sintetiza un estado de espíritu que en las naciones en formación puede generar funestas consecuencias. Esta visible despreocupación, rayana en desdén, por las cosas de la inteligencia, por la cultura literaria o científica, coincide con una desmesurada idolatría por los deportes físicos, que sobre ser excluyente y unilateral, no admite

distingos entre los que son útiles al individuo o a la raza y los que son francamente nocivos o antisociales.

Con el pretexto de cultivar la salud y el cuerpo, la juventud olvida que existen bibliotecas y se apiña en las arenas; alumnos tienen nuestras universidades que en vez de entrar a las aulas permanecen en los pasillos discutiendo de foot-ball, de box o de carreras.

Sin pretender que los deportes físicos deban proscribirse, señalemos la inconsecuencia de esa unilateralidad. No hay motivos que justifiquen esa exclusiva orientación de los sentimientos y las actividades juveniles. La fuerza y la belleza física son cualidades magníficas, pero insuficientes; una cultura integral requiere el ejercicio simultáneo de otras actividades tan dignas, como ellas, de consideración. El espíritu tiene, él también, necesidades premiosas, cuyo desarrollo es indispensable si aspiramos a que nuestro pueblo figure entre los cultos y cuente en la historia futura de la civilización humana.

Nuestra época asiste a un vasto florecimiento de esas inclinaciones científicas y artísticas en todos los grandes centros de la civilización moderna; es un afán de alta cultura, una fiebre de verdad y de belleza que se estremece en bibliotecas, laboratorios y talleres constituyendo un complemento indispensable de la grandeza material de los pueblos.

Los "profesores de energía", como desearían llamarse algunos lectores tardíos de las novelas egotistas de Barrés, debieran comprender que la energía muscular no es todo lo que conviene educar en el hombre moderno; el organismo humano posee otras funciones cuyo desenvolvimiento debe propiciarse cuando se desea obtener individualidades armónicas y completas.

El "mens sana in corpore sano" no debe interpretarse como un elogio exclusivo de la educación muscular. La energía individual depende más del cerebro que del músculo; la voluntad es una función cerebral y el sentimiento de la personalidad no es completo sin la cooperación de una inteligencia bien sistematizada. Al decir que en el cuerpo sano florece el espíritu sano no debe entenderse que el cuerpo consiste en los músculos; cuerpo es también nuestro cerebro y debe anhelarse una ecuánime equivalencia en el desenvolvimiento de todo el organismo.

En los ambientes civilizados la lucha por la vida tiende a perder los caracteres violentos que la caracterizan en los pueblos primitivos; el éxito en la vida no depende solamente de la riqueza y de la energía física: a menudo requiere el ejercicio de la voluntad firme, de las virtudes útiles, de la inteligencia disciplinada. Casos hay en que se triunfa a puro talento. Sin despreciar por eso la educación de nuestra mecánica muscular, debemos tener presente que la energía muscular es perfectamente absurda si carece de orientación, lo mismo que las cataratas y los vientos mientras la inteligencia humana no aprende a aprovecharlos para fines determinados.

El "bello animal", tan justamente loado, es un elemento indispensable para el advenimiento de un arquetipo humano; pero, no lo olvidemos, no es el arquetipo mismo sino cuando se eleva por su moralidad y por su cultura, cuando su belleza es integrada por la virtud y por el ingenio.

Es innegable que las tendencias individuales suelen seguir el rumbo señalado por el temperamento y que éste se constituye obedeciendo a la herencia; pero esa verdad es relativa y tiene sus límites en las influencias ejercidas mediante la educación. Sugerir el culto exclusivo de la energía muscular significa desenvolver sentimientos atávicos; sugerir el placer de las cosas intelectuales equivale a constituir sentimientos evolutivos.

Y aquí cabe mostrar otro aspecto de la cuestión.

La actividad intelectual ofrece al individuo placeres tan intensos como la muscular y brinda goces más hondos y permanentes que los de ésta. Los sentimientos artísticos y científicos pueden ser considerados como un caso particular de los estados afectivos que acompañan a toda actividad dirigida hacia un fin; el trabajo mental podría equipararse a un deporte, pues implica como cualquiera de estos la probabilidad del éxito o del fracaso. Se ha dicho que la pasión de la verdad o de la belleza sólo difiere de la pasión del cazador o del conquistador por su objeto, por su materia antes que por sus caracteres intrínsecos; y para el sabio y para el artista descubrir una verdad o crear una forma bella son como para aquéllos cobrar una pieza o hacer un botín.

La cultura es el mejor timbre de orgullo a que puede aspirar un hombre moderno; ningún placer supera al que proviene de la curiosidad intelectual. Educar el

propio entendimiento no es un sacrificio sin recompensa; ilustrándonos enriquecemos nuestro corazón y vigorizamos nuestra voluntad; nos creamos inagotables fuentes de placer y de felicidad que el ignorante no sospecha; nos redimimos de muchas pequeñas inferioridades humanas.

Para quien los ha leído una vez, son inolvidables los pensamientos escritos por Thierry en el prefacio de uno de sus últimos libros: "Con el estudio se atraviesan los días penosos sin sentir su peso; se elabora el propio destino; se usa noblemente la vida. Eso es lo que he hecho, eso es lo que haría si tuviese que recomenzar mi camino; tomaría de nuevo el que me ha conducido donde estoy. Ciego ya, sufriendo sin esperanza y sin tregua, yo puedo dar fe de esto sin que mi testimonio sea sospechable; hay en el mundo algo más valioso que los goces materiales, mejor que la fortuna, preferible a la salud misma: es la consagración a la cultura intelectual".

Alentar ese alto afán de conocer que se traduce por la curiosidad intelectual, especialmente en las generaciones jóvenes que son el porvenir, — es decir, todo, cuando el pasado es breve y exiguo el presente, — es el más bello apostolado que pueden asumir los educadores y los maestros. Prediquemos que las fuerzas morales pueden tanto en la vida como las fuerzas físicas; que el saber, el carácter, la dignidad, son tan eficaces como el oro, los músculos y el hartazgo.

Seamos, pues, curiosos. Pero aprendamos a serlo. Una curiosidad desperdiciada al azar, que salta a tontas y a locas, implica peligros y puede malograr las mejores aptitudes. Para llegar a saber es necesario "estudiar": es decir, ser curioso de acuerdo con un método que permita comprender lo que se desea investigar. Generaciones de curiosos trabajaron para el recién llegado: conviene aprovechar los resultados fundamentales de su experiencia, los sistemas de verdades impersonales y colectivas: las "ciencias". Ellas señalan a la curiosidad de cada uno los problemas a resolver, la manera menos insegura de plantearlos y los caminos legítimos para acercarse al santuario de la Verdad. Por cualquiera de ellos se encamina el hombre ilustrado; el ignorante se asoma a todos y no acierta a pisar firme en ninguno. Es preferible satisfacer algunas curiosidades, a malgastarlas todas sin fundamento ni resultado. Solamente algunos genios son uni-

versales; y, como es evidente, por cada mil hombres que creen serlo no hay uno que en verdad lo sea.

El saber ya no es accesible en todas sus ramas sino renunciando a profundizarlo; la curiosidad descarrilada es un peligro para todo el que no sea un genio de magnitud primerísima, como sólo hubo cinco o diez en la historia de la humanidad. ¿Diremos, por eso, que conviene el especialismo exclusivo? Nunca. Es difícil encontrar la justa medida de la propia curiosidad intelectual. Los especialistas sin ideas generales son tan infecundos como los enciclopedistas superficiales. La curiosidad unilateral del científico sin filosofía, produce una ridícula limitación del horizonte, una obsesión de las minuciosidades insignificantes; la curiosidad sin rumbo del filósofo sin ciencia, determina la triste mediocridad del saber a medias, verdadera caricatura de la sabiduría.

Aborrezcamos esa forma emponzoñada de la cultura egotista que conduce al "dilettantismo", mediante el cual nuestra mente se asoma a todas las ventanas sin mirar por ninguna. Nada hay más estéril y antisocial que una curiosidad caótica, que sólo puede engendrar el "narcisismo estético" y producir un periodismo refinado e insubstancial, que disimula su improvisación con la prolijidad del artificio.

No es esa curiosidad intelectual la que conviene educar. Su resultado, que lamenta Barrés en uno de sus prefacios, es la producción de enclenques nihilistas intelectuales, detracados por supuestas aristocracias de sus nervios y de su ingenio, refinados epicúreos que a los veinticinco años han desflorado todas las ideas y manoseado todos los ideales; quien así malgasta sus aptitudes iniciales vive luego en la incapacidad de fijar sus creencias acerca de cualquier orden de conocimientos, haciendo del bien y del mal, de la belleza y la fealdad, de los vicios y las virtudes, simples objetos de curiosidad, y del alma humana un sabio mecanismo cuyos resortes sólo le interesan como objeto de experiencia.

Las pasiones intelectuales, como todas las pasiones, pueden hacerse excluyentes y dañinas. Bastará recordar ese cuadro que nos pinta con mano maestra Francois de Curel en su hermoso drama "La nouvelle Idole". No es producto de pura fantasía. Son conocidas las imputaciones que sombrearon la gloria de Andrés Vesalio, el eminente anatomista y fisiólogo del siglo décimo sexto, que

el pincel del Tiziano ha trasmitido a la posteridad en líneas tan expresivas; referíase que el sabio, ansioso de conocer el enigma funcional del corazón, abrió el tórax de una dama agonizante y seccionó con su bisturí la víscera para sorprender en plena vida el secreto de su ritmo. La siniestra versión, aunque improbable, no resulta absurda leyendo su discutida biografía y su correspondencia, pues cuenta allí, con una fruición que da escalofríos, sus excursiones nocturnas a Lovaina para robar cadáveres, en los sepulcros y en las horcas, amparado por las sombras, sus cómplices silenciosas.

Por otro aspecto es peligroso el excesivo intelectualismo, si se convierte en manía. Funesto sería sacrificarle el humor optimista, la salud física y la capacidad de amar, atributos absolutamente indispensables para el equilibrio del ser en un plano de vida superior. El estudioso ha de ser sonriente y sano, alegre y amoroso, todo simpatía, todo bondad: que en la conjunción de esos atributos consiste la virilidad excelsa.

Evitando las exageraciones obsesivas o excluyentes, la educación de los sentimientos intelectuales ensanchará nuestra área de irradiación, estimulando actividades convergentes hacia una completa integración de la vida.

La curiosidad intelectual es la negación de todos los dogmas y la fuerza motriz del libre examen. Educando ese instrumento de cultura se intensifica el amor por la Naturaleza en que vivimos, por las Ciencias que la estudian y por los Ideales que nos impulsan a perseverar en su conocimiento: los signos más altos de civilización de un hombre o de una raza.

LA MORAL DE ULISES

LA MORAL DE ULISES (1)

I. La falsedad en la conducta. — II. El "divino" Ulises. — III. Del fraude a la sinceridad.

I. — La falsedad en la conducta

Digo que la verdad en la conducta es más necesaria que la verdad en la palabra; en ello consiste la Sinceridad. Si hablar mintiendo es una avilantez, obrar con falsedad es una ignominia. El que parlotea de virtudes que no practica es un traidor de la confianza ajena; en ello consiste el Fraude. Son los dos polos de la moral individual.

Los hombres de carácter falso tienen horror a la verdad; aborrecen al que la investiga y la enseña, al que la respeta en el presente y al que la transmuta en ideales para el porvenir. Impregnar de verdad la conducta, es toda la Moral; y ésta sólo es efectiva en los que viven moralmente: hombres libres, ciudadanos indomesticables, amigos leales, hijos consecuentes, tiernos padres, los que nunca olvidan su Deber ni renuncian a su Dignidad, los que no oliscan al poderoso ni oprimen al débil, los que aman la verdad y no la tuercen por viles conveniencias, los que honran a su patria sin vivir de ella. Los sinceros, como el pelídeo Aquiles.

Admiran al laercio Ulises, en cambio, todos los que acostumbran vivir de la mentira, de la hipocresía, de la simulación: del Fraude en sus mil formas. Temen al hombre sincero: ¿cómo le perdonarían el privilegio de ser libre, de hablar sin reticencias, de vivir sin engañar? ¿Las virtudes no son, acaso, un violento reproche a los que carecen de ellas? Donde la moral de los más está falseada, el valor de los caracteres se tasa con moneda falsa; usar llave parece una irreverencia donde se acostumbra violar puertas con ganzúa.

---

(1) Esta conferencia fué pronunciada en 1910, en la Facultad de Filosofía y Letras, formando parte de un curso destinado a estudiar la *psicología de los caracteres humanos*.

Sólo es útil a su sociedad el que se aparta del Fraude que le rodea, renunciando a beneficiarse de él. Este es el sentido profundo del Cristo primitivo, cuya personalidad legendaria aparece en la historia de la ética como un símbolo de rebeldía contra el farisaísmo de los hipócritas y de los fraudulentos. "El mérito del bien está en hacerlo, aunque no sea comprendido, ni estimado, ni agradecido; vivamos la Moral, es lo que hace falta", dijo el filósofo. Sólo después de vivirla adquieren los hombres el derecho de predicarla. La única recompensa de la sabiduría y de la sinceridad es la autoridad moral; puede medirse por el eco de la palabra, que llega a todas partes, tanto donde lo temen como donde lo esperan.

* * *

Grecia tuvo eminentes moralistas; los conocéis. Pero la moralidad práctica de los griegos nunca se elevó hasta el nivel de sus teorizadores; mientras Sócrates bebía la cicuta, el héroe más loado de Grecia seguía siendo el arquetipo de los bribones afortunados.

Habéis leído en los poemas homéricos dos bosquejos de caracteres humanos, típicos ambos, que definen de manera inequívoca las actitudes fundamentales frente a la lucha por la vida. Más grato el uno a Marte; más, el otro, a Minerva. Aquiles fiero y hosco, recto como su lanza, hazañero y valiente, es todo corazón y acaba por llorar como un niño cuando Priamo le reclama el cadáver de Héctor (*Iliada*, lib. XXIV). Ulises, vulpino y fullero, de intención oblicua y embozada audacia, es todo cabeza; y en la corte de Alcinoo, donde la enamorada Nausica le recibe con ingenua gracia para borrar las capciosas seducciones de Calipso, cuenta con jactancia sus aventuras, no siempre honrosas (*Odisea*, lib. IX a XIII).

De tanta gloria cubrieron los poemas a Ulises, que la posteridad no se ha detenido a analizar el juicio del poeta que a cada instante le llama "divino". ¿Merece tal nombre el héroe que hizo del fraude su norma habitual de conducta, usando de la mentira y de la simulación con fines frecuentemente inmorales? ¿Puede su agudeza de ingenio hacer olvidar la ausencia de sentido moral que en ocasiones propicias mostró el hijo de Laertes?

Adviértase que, a pesar de llamarle "divino", el poeta no oculta ciertas cualidades vergonzosas del héroe, que

son vicios ante cualquiera moral teórica. En veces alaba su prontitud para salvar los obstáculos y vencer las dificultades, que no es inmoralidad mientras se aplica a fines que no ofenden ni dañan; así cuando Néstor dice a Telémaco: "ningún jefe se atrevía a competir en astucia con tu padre, pues a todos vencía Ulises por su ingeniosa inventiva" (*Odisea*, lib· III). Pero otras alude a sus fraudes, como cuando Alcinoo, rey de los Feacios, le dice palabras que ofenderían a un hombre virtuoso y que el heroe escucha con regocijo; mientras narra su visita al infierno, el rey le interrumpe: "Al verte, Ulises, no sospechamos descubrir en tí a un falaz impostor e inesperado artífice de altas mentiras, como tantos ruedan por el mundo" (*Odisea*, lib. XI). El laercio no se ofendió; como una alabanza escuchó lo que hubiera indignado al pelídeo.

La vida entera del "divino" está entretejida de embustes y picardías; es el arquetipo de una estirpe innumerable de caracteres que oponen la duplicidad a la derechez, la falsía a la verdad, el disimulo a la franqueza, la estrategia al valor, prefiriendo las vías torcidas a las sendas rectas.

* * *

Ulises no es un caso aislado. El examen de su personalidad tiene un interés más grande para la psicología y la ética que para la simple crítica literaria. Es un tipo representativo, psicológicamente; es un término de comparación, para la moral social. ¿El fraude sería posible si la justicia reinara entre los pueblos y la solidaridad entre los individuos? La pregunta es perturbadora. La vida en sociedad, tal como la conocemos, empuja a la mentira, al engaño, a la hipocresía: la injusticia y el antagonismo son las fuentes más copiosas del fraude. La máscara sirve al hombre para defenderse de sus semejantes; la sinceridad resulta una flaqueza entre enemigos y la astucia aparece como una fuerza protectora de la propia debilidad.

Inmensa es la cohorte de caracteres falsos: *la progenie de Ulises*. En algunos la falsedad es nativa, producto de seculares herencias que perpetúan, de padres a hijos, el hábito del fraude; en otros la mentira y el engaño son el resultado de la domesticación social, que obliga a fin-

gir por el simple hecho de estar rodeado de hipócritas y mistificadores. "Se es falso de diferentes maneras, decía ya La Rochefoulcauld; hay hombres falsos que quieren siempre parecer lo que no son; otros hay, de más buena fe, que han nacido falsos y se engañan a sí mismos, no viendo nunca las cosas como ellas son. Los hay cuyo juicio es recto, pero tienen inclinación a la falsía; otros poseen falseado el juicio, aunque son justas sus inclinaciones; y algunos, por fin, nada falso tienen en su juicio ni en sus inclinaciones. Estos últimos son muy raros, pues, en general, casi no hay persona que no tenga algo falseado en un rincón de su juicio o de sus tendencias". (*Réflexions diverses*, XIII). Aquiles es la excepción; Ulises, la regla. Y la moral que consiente o alaba el fraude entre los hombres, no es más que inmoralidad disfrazada, hipocresía convencional, descenso de la dignidad de cada uno hasta el nivel del abellacamiento de los demás.

Por grande que sea su ingenio, los vicios de Ulises son graves; pero lo es mucho más la complicidad colectiva, verdadera atmósfera mefítica que permite denominar "divino" al que medra de mentir y engañar. Esa sentencia es moralmente inadmisible. La moralidad es tan importante como la inteligencia en la composición global del carácter; los más grandes espíritus son los que asocian las luces del intelecto con las magnificencias del corazón. Subordinar la moralidad a la inteligencia es un renunciamiento a toda virtud; el más ingenioso de los hombres es despreciable si no pone su ingenio al servicio del bien.

Pero, no lo olvidemos, las culpas del individuo son, en gran parte, imputables a la sociedad. Ulises engaña porque en su medio social el fraude es admirado. El convencionalismo ético proscribe la sinceridad y la adaptación para el éxito lleva a sacrificarla al fraude; desde la cuna hasta la tumba la sociedad gravita sobre el hombre para mediocrizarlo, cohibiendo todas sus impulsiones leales, domesticándolo, enseñándole a mentir, a fingir, a engañar. Pues eso, y no otra cosa, es la educación de las buenas maneras, no siempre coincidentes con las buenas costumbres.

* * *

"Ommis homo mendax", dice el *Libro de los Salmos.* Mentira en la palabra, simulación en la conducta, hipocresía en el trato, revelan una misma actitud mental del hombre frente a sus semejantes: la astucia. Es la antítesis de la violencia, aunque tan eficaz como ella en la lucha por la vida; y por eso, prescindiendo de todo juicio de valor moral, la admiraban los griegos. ¿No daban, acaso, ejemplo los propios dioses? Júpiter, prendado de la bella Europa, no había vacilado en metamorfosearse en toro para seducirla y consumar el rapto clásico, fugando a través de las olas cuando ella, confiada, saltó a su lomo. Aristófanes, en *Los Caballeros* y en *Las Tesmoforias,* creó dos tipos humanísimos de simuladores fraudulentos, Cleón y Eurípides. Y no sorprende que el analista de *Los caracteres,* Teofrasto, describiera en primer término la disimulación, en una página aguda y expresiva.

La astucia y el fraude, tan difundidos en la vida real, ocuparon en todo tiempo la reflexión de los poetas y de los filósofos. Buena parte de las *Metamorfosis* de Ovidio narran fraudes y simulaciones útiles, no desdeñadas por dioses y por héroes; Gracián señala la universidad y omnipotencia del Engaño entre los hombres y se pregunta: "¿Quién es este monstruo coronado? ¿Quién este espantoso rey?"

"Este es aquel tan nombrado y tan desconocido de todos, aquél cuyo es todo el mundo por sola una cosa que le falta. Este es aquél que todos platican y le tratan y ninguno le querría en su casa, sino en la ajena. Este es aquel gran cazador, con una red tan universal, que enreda todo el mundo. Este es el señor de la mitad del abo primero y de la otra mitad después. Este el poderoso entre los necios, juez a quien tantos apelan, condenándose. Este aquel príncipe universal de todos, no sólo de hombres, pero de las aves, de los peces y de las fieras. Este es, finalmente, el tan famoso, el tan sonado, el tan común Engaño". Su madre es la Mentira, que al descubrirse parece que cojea, y por eso la alcanzan luego. "Aquélla es la ignorancia, su abuela; la otra, su esposa la Malicia; la Necedad, su hermana. Aquellos otros sus hijos y sus hijas, los Males, las Desdichas, el Pesar, la Vergüenza, el Arrepentimiento, la Perdición, la Confusión y el Desprecio. Todos aquellos, que le están al lado, son sus hermanos y primos, el Embuste, el Em-

belleco y el Enredo, grandes hijos deste siglo y desta era''. (*El Criticón*, Crisi, VIII).

Aparece, en estas palabras, el concepto moral del fraude, no bien perceptibles en la admiración que los griegos sentían por la astucia. Es seguro que un hombre satisfecho de ser considerado astuto, sentiríase ofendido si se le tuviera por fraudulento. ¿Por qué? La astucia es una aptitud psicológica; el fraude importa una calificación moral. El fraude es siempre astuto, pero hay astucias sin fraude. Este sólo aparece cuando la astucia es inmoral, es decir, cuando viola los límites impuestos por la sociedad a la conducta de cada individuo.

En la vida corriente, la mayoría de los hombres suele violar ese límite: la sociedad misma impele a ello y el consentimiento de los más implica una verdadera complicidad con las inmoralidades de cada uno; la tolerancia del mal permite que la astucia se convierta en fraude, en proporciones que comprometen la felicidad humana. Así lo juzgó Dante, reservando a los fraudulentos la segunda mitad de su Infierno. El fraude aparece bajo forma de monstruo pavoroso: ''Ecco la fiera con la coda aguzza — che passa i monti e rompe mura ed armi; — ecco colei che tutto il mondo appuzza'', (*Infierno*, Canto XVII). Con estas palabras señala Virgilio su presencia, indicando a la fiera que se acerque: ''E quella sozza imagine di froda, — sen venne ed arrivó la testa e il busto''; acostumbrada a la falsedad, no osaba confiarse: ''Ma in sulla riva non trasse la coda''. Para engañar mejor, era su rostro máscara de virtud: ''La faccia sua era faccia d'uom giusto; — tanto benigna avea di fuor la pelle, — e d'un serpente tutto l'altro fusto''. Y la piel del cuerpo, multicolor y varia, parecíase a la del camaleón, instable como sus intenciones.

No en vano, releyendo esa parte del poema dantesco, buscamos entre los fraudulentos al ''divino'' Ulises, arquetipo clásico de todos los simuladores. Y sorprendería la ausencia por cuanto el viaje de Dante al Infierno está inspirado por el análogo de Ulises al reino de Plutón, siendo la *Comedia* hermana de la *Eneida* y ambas hijas sin tercera, de la *Odisea*. El laercio no es, en efecto, un simple astuto: es un fraudulento. Miente, engaña y simula con fines vergonzosos, y se vanagloria de ello; es, con frecuencia, un tránsfuga de la moral. Algunas veces un delincuente.

II. — El "divino" Ulises

Nació del fraude, Ulises; predestinado estaba antes de ver la luz. Un hijo de Eolo que reinó en Corinto, Sísifo, gozaba de triste fama por sus innumerables fullerías; un vecino suyo, admirando sus triscas e imposturas, quiso hacerle su yerno y le dió en esposa su hija Anticlea. Después de concebir en ella, vendióla Sísifo a Laertes, rey de Itaca, que así fué padre del hijo ajeno. Lo afirman los escoliastas; y se lo enrostran al mismo Ulises, Filoctetes en el drama de Sófocles y Ayax en el diálogo que a entrambos atribuye Ovidio.

Mientras Ulises se limita a ser astuto — aplicando su ingenio al mayor beneficio propio o de su patria, sin traicionar la confianza de terceros — no es inmoral. En esos casos resulta siempre simpático, interesante con frecuencia, algunas veces admirable. Basta leer su ingeniosa estratagema en la lucha contra el gigante Polifemo (*Odisea* lib. IX), que es, por otra parte, uno de los episodios más emocionantes del segundo poema. Todos admiramos la astucia, ¿por qué coincidimos, sin embargo, en detestar el fraude? Hay una diferencia; la astucia puede ser moral, como cuando nos salva de un peligro, pero el fraude es siempre inmoral. En el episodio de Polifemo, obra Ulises moralmente, como hombre y como griego; su acto salva su propia vida y la de sus compañeros, amenazados por el cíclope.

¿Podría, acaso, juzgarse inmoral su astuta invención del caballo troyano? Es un ardid de guerra, concebido para servir a su patria y para vencer a sus enemigos. Engaño es, ciertamente; pero engaño lícito, de esos que el arte de la guerra consiente, constituyendo en particular la estratagema y en general la estrategia. La moral de la guerra no la condena; las partes contendientes han convenido tácitamente, de antemano, que cada una tiene el derecho de engañar a la adversaria y aprovechar los beneficios del engaño.

* * *

Pero la astucia de Ulises no es siempre bien intencionada; suele abusar de su ingenio con fines indignos y muchas veces resulta fementido, traidor, desleal. Se ini-

cia en la vida pública, simulando la locura y es su caso, a no dudarlo, el más clásico entre todos los de su género; así, desde el comienzo de la guerra de Troya, revela su inclinación al fraude, con un acto desdoroso que no escapó a sus rapsodas menores. No tenía dos años de casado con Penélope, hija de Icaro, cuando todos los griegos se aprestaron al rescate de Helena; mientras ardían los corazones por secundar la venganza de Menelao, Ulises intentó eludir el servicio militar, para no separarse de su joven esposa. Después de inventar mil supercherías que hubieran avergonzado al valeroso Aquiles o al impetuoso Ayax, no vaciló en simular la locura; atalajó a un arado un caballo y un buey, poniéndose a arar las arenas del mar y sembrando sal en vez de trigo. (Cicerón, *De Officiis*, cap. XXIV; etc.); fué necesario el perspicaz ingenio de Pelamedes para sospechar el fraude, que descubrió colocando a Telémaco, el hijo del simulador, en la misma línea del surco: Ulises desvió su arado para no herirle, y descubierta la picardía se vió forzado a incorporarse a las huestes de Agamenón. Así se lo reprochan Ayax (Ovidio, *Metamorfosis*, lib. XIII) y Filoctetes (Sófocles, *Filoctetes*, Esc. IX). Agreguemos que Parrasio pintó un cuadro sobre la simulación de la locura por Ulises, según refiere Plutarco en uno de sus escritos morales (*De audiendis poetis*, 3).

Si fuera única, podría argüirse que esta farsa era producto de su mucho amor; pero, lejos de eso, aparece como la primera de una serie interminable y complicada por otros vicios que agravan la falsedad de su carácter. Era Ulises vengativo y sin escrúpulos. De Pelamedes, que descubriera su anterior tramoya, juró vengarse, sin reparar en los medios; no vaciló en acusarle de traidor a la causa de los griegos, mostrando un tesoro que él mismo puso de antemano en su tienda — según la tradición adoptada por Ovidio—o arrojándole al mar, en complicidad con Diomedes, un día que le sorprendió pescando,— según la versión que Pausanias recogió de las "*Cipriacas*" (Libro X, cap. I).

Durante el viaje cometió otra perversidad, la más grave para el ejército. Por consejo suyo, Filoctetes fué pérfidamente abandonado en Lemnos, mientras dormía, por tener en el pie una herida infecta. La iniquidad costó a los griegos nueve años de guerra, pues, ésta no podía terminar sin el concurso de ciertas flechas que Hércules

había legado a Filoctetes. Olvidando su felonía, fué el mismo Ulises en su busca, acompañado por el sincero y leal Neoptolemo, digno hijo de Aquiles. Sófocles presenta en su tragedia la lucha entre el uno, politiquero hasta la desvergüenza, y el otro, sincero hasta la ingenuidad. La escena primera es un diálogo sobre el valor del fraude y la utilidad del engaño; en ella Ulises revela toda la doblez de su corazón, toda la deslealtad de sus procedimientos. Bastan cuatro frases para definir su personalidad.

Ulises ordena a Neoptolemo: "—Con hábiles palabras debéis engañar y seducir el corazón de Filoctetes... yo sé que la naturaleza no os hizo para mentir ni para tramar tales imposturas; pero ellas son el precio del éxito".

Y el otro; "—Hijo de Laertes, no me gusta hacer lo que repruebo en otros. El cielo no me engendró, como tampoco a Aquiles, mi padre, para emplear medios indignos. Estoy pronto para llevar al rey por la fuerza, mas no por el fraude... Enviado aquí para acompañaros en la empresa, avergonzaríame de merecer el nombre de traidor. Prefiero conducirme bien y salir mal de ella, a obtener una victoria vergonzosa".

"—...En mi juventud he sido, como vos, lento para discurrir y pronto para ejecutar; mi experiencia me enseña que el brazo no conduce a los hombres, sino la lengua."

"—¿Pretendéis, entonces, que cargue sobre mí una mentira?"

"—Quiero que uséis el fraude para apoderaros de Filoctetes."

"—¿Por qué la mentira, y no la persuasión?... ¿No consideráis como una vergüenza el proferir una mentira?"

"—No, si la mentira puede salvarnos".

"—¿Cómo? ¿Hay un hombre en la tierra que se atreva a hablar de esa manera?

"—Cuando una acción es ventajosa, no hay que vacilar".

Ulises, encarnación sombría de la inmoralidad exitista, convence al fin a Neoptolemo, que representa el ideal moral vencido por la conveniencia del momento; y así se deciden "a obrar, sobreponiéndose a toda vergüenza". (Sófocles; *Filoctetes*, Acto I, Esc. I). La víctima resiste a la persuasión del uno y a la violencia del otro; no

entrega las armas. Pero al fin, aprovechando que le da un ataque de su mal, se las roban cuando no puede defenderlas. Neoptolemo, de fondo leal y sincero, se arrepiente en seguida "de haber abusado de un héroe mediante una vergonzosa y cobarde estratagema" y le devuelve las armas; Ulises vuélvese airado contra ambos, mientras Neoptolemo procura en vano decidir a Filoctetes. Este cede, al fin, cuando Hércules baja del cielo y le indica que ese es su deber, anunciándole que grandes bienes le esperan en lo sucesivo.

* * *

Otros actos suyos indignan al juez más tolerante, porque la impiedad se une a la cobardía. Cuando Júpiter, con formales amenazas, prohibió que los dioses tomaran parte en la guerra, los troyanos tuvieron una buena jornada. En cierto momento fugaron los jefes griegos, quedando solo el viejo Néstor, a merced de sus enemigos. Sobre él vino el troyano Héctor, y a punto estuvo de matarle. Néstor pidió auxilio; Ulises, que estaba próximo, fingió no oirle y huyó cobardemente, refugiándose en las naves, sordo a las imprecaciones de su compañero. Hubiera éste perecido si no acude Diomedes y le recoge en su carro, a la vez que ataja el de Héctor, su perseguidor, matando de una lanzada a su auriga Eniopeyo (*Iliada*, Lib. VIII).

¿Cuál héroe, de aquéllos, habría resistido la vergüenza de tanta cobardía? ¿Cuál habría osado mirar de frente a Diomedes, testigo de su infamia? Ulises, sin embargo, no parece afectarse. A poco realiza, con el mismo Diomedes, la traidora matanza de los Tracios, mientras dormían, y roba los corceles de Reso, sin perdonar la vida al propio espía que le reveló su secreto bajo promesa de que le respetaría su vida (*Iliada*, Lib. X).

Los más de estos actos son oblicuos, prefiriendo al valor el fraude. Con artimañas aleves obtiene resultados que Aquiles desdeñaría por esos medios, como el rapto de Heleno, hijo de Priamo. Nada le aparta de su conducta; no siente remordimientos. Valor le sobra, porque cien veces lo demuestra; pero prefiere mentir y engañar, con la palabra, con el gesto. Su contextura moral no varía a través de cien vicisitudes y cree justificar el fraude por la astucia cuando dice: "Siempre me dieron fuerza, entre las armas y la astucia, Marte y Minerva". No dis-

tingue entre la astucia honesta y el delictuoso fraude; para él todo es ingenio, tanto el que respeta la moral como el que la viola.

Minerva le protege, es cierto, pero no deja de reprocharle su inmoralidad. Cuando Ulises llega a Itaca, su protectora se le presenta bajo las formas de un gentil pastor y le dice que está ya en su patria; el laercio da rienda suelta a su imaginación enfermiza, le miente aventuras y proezas capaces de asombrar tontos y pasmar villanos, hasta que la diosa se descubre y le amonesta con palabras decisivas: "Unico sería quien te aventajase en el arte de engañar, y aun entre los dioses sería sagaz. Bribón, desventurado, insaciable de fraudes, ¿ni siquiera en tu patria das fin a estos falaces embustes a que muestras afición desde la cuna?" (*Odisea*, lib. XII). Y, a pesar de todo, como si quisiera darle gusto una vez más, decide la diosa tocarlo con su mágica vara para que entre a su tierra disfrazado de viejo mendigo. ¡Disfrazado! De cuerpo como de espíritu, siempre disfrazado. Así vuelve de la guerra famosa el "divino" Ulises que simuló la locura para no ir a ella.

A pesar de los episodios referidos, y de cien que por brevedad es fuerza omitir, no es posible negar que del conjunto de los poemas homéricos la personalidad de Ulises emerge tan magnífica como la del propio Aquiles, equivalentes ambas en la gloria y en el heroísmo. Hay un detalle que indirectamente establece la igualdad de sus méritos: son iguales las calumnias que contra ellos siembra la Envidia, encarnada en el siniestro Tersites, "tuerto, y cojo, giboso del pecho, la cabeza en punta y cubierto de escaso pelamen" (*Iliada*, Lib. II). No es por accidente que los cantares homéricos, reunidos por Pisístrato, juzgan excelsa la gloria del laercio; era esa la voz del pueblo, voz de los dioses en este caso, a no dudarlo.

* * *

Recuérdese el fallo memorable que pronunciaron los jefes y el pueblo griego para adjudicar al mejor de los héroes laś armas de Aquiles, muerto. Las formas del juicio fueron solemnes. Se escuchó la palabra de Ayax, llena de altiva rudeza, y la de Ulises, convincente y sugestiva. El telamonio acusó de falsedad reiterada al laercio; éste, al otro, de temeraria imprudencia. Así nos

transmite Ovidio la heroica reyerta, en términos emocionantes. (*Metamorfosis*, lib. XIII).

Ulises habla con arrullo de sirena y presenta como virtudes sus cualidades, las malas tanto o más que las buenas.

Ayax rehuye los circunloquios hipócritas y en pocas frases, que parecen puñaladas mortales, hace sangrar la gloria del pícaro: "él, que no se sonroja de haber huído arte los fuegos con que Héctor amenazaba a nuestra escuadra, mientras yo luchaba solo, y yo solo evité el incendio! ¿Cultivar una engañadora elocuencia es preferible, entonces, a combatir espada en mano?..." "Cuente Ulises sus proezas, cumplidas lejos de todas las miradas y de que sólo la noche fué testigo"... "El premio que disputamos es grande, lo reconozco; pero tal adversario rebaja su valor: por honroso que aquél sea, Ayax no sabría ya enorgullecerse de haberlo obtenido, ahora que Ulises se ha atrevido a muñequearlo"... "Pero tú, salido de la sangre de Sísifo; tú, su fiel imagen por tus pillerías y tus artificios..." Y termina: "¿Qué haría Ulises (con esas armas) acostumbrado a combatir en las tinieblas y sin armas, hábil solamente para engañar a un enemigo desprevenido? El brillo de ese casco resplandeciente de oro traicionaría sus picardías y sus fugas, aun en los escondrijos en que le gusta ocultarse... y ese escudo estaría mal en su mano tímida, ejercitada hasta aquí en raterías... La fuga, en que descuellas, te sería más difícil cuando cargaras esas armas..." Y dirigiéndose a los jueces: "¿Para qué más palabras? Que se pronuncien los hechos. Arrojad entre enemigos las armas del héroe; ordenad que vayamos a buscarlas y descernidlas al que vuelva con ellas". La habilidad retórica del laercio decidió, sin embargo, el fallo de los jueces, poco sensibles a la viril sinceridad del telamonio.

*

No se advirtió que Ulises obraba indignamente disputando las armas gloriosas. Se olvidaba que en ocasión cual pocas memorable, Ayax había salvado al otro la vida, con riesgo de la propia. El episodio ocurrió en una batalla cuya descripción es la más animada de cuantas análogas se han escrito. Ulises acaba de matar a Caropo, cuyo hermano, Soco, acude al lugar del hecho e increpa

al laercio: "Infatigable y famoso artífice de fraudes..." Soco hiere a Ulises, pero éste, al alejarse su heridor, le mata. Caen sobre el griego las falanges troyanas y Ulises se decide a morir, rodeado de enemigos; Ayax acude y le salva la vida, dando muestras de un valor capaz de asombrar al Olimpo, sólo comparable al que Héctor revela en otro sector de la batalla (*Iliada, lib.* XI).

Ulises — que en situación análoga abandonara a Néstor — olvida el heroísmo de su salvador, le disputa el premio con su elocuencia, se lo roba. Se lo roba, porque sabe que su rival lo merece. Ante el cadáver de Ayax, después de su suicidio, la verdad estalla en sus labios; no vacila en defenderle de Agamenón con estas pallabras: "No le haré la iniusticia de callar que era, después de Aquiles, el más valiente de todos los griegos." (Sófocles: *Auax*, Acto V, Esc. II). ¿Espíritu de justicia? ¿Simulación de generosidad con el muerto? Las dos cosas son posibles en un carácter como el suyo.

Sabía Ulises que Ayax no le perdonaba; poco antes habíale escuchado, mientras decía de él a Minerva: "¿Quién? ¿Ese zorro astuto, digno del último suplicio?" (*Idem*, Act. I. Esc. II). Y más tarde pudo comprobar que Ayax, tan inflexible como sincero, no le perdonaba ni aún después de muerto. Cuando bajó al infierno y le encontró junto a los magnos héroes, Ulises le dirigió la palabra, suponiendo que lograría ablandarle con frases lisonjeras; Ayax, severo, nada le contestó, se alejó de él... (*Odisea*, lib. XI).

¿El fallo que puso en manos de Ulises las armas del mejor héroe fué injusto? Podría dudarse de ello si no fuera evidente la inmoralidad de preferir al héroe leal el héroe trapisondista. Es seguro que en otros siglos hubiéranse pronunciado diversamente un Arístides o un Sócrates; pero el ejército convertido en tribunal sólo tuvo en cuenta la utilidad inmediata de los fraudes de Ulises. Le premiaron porque se ajustaba a la baja moral pragmática del éxito, sin discutir si éste era compatible con una idealidad moral. Así, no sospechándolo, se anticipaban los griegos a practicar la inmoralidad de los políticos, que al fin encontraría su teórico en Maquiavelo.

III. — Del fraude a la sinceridad

Por no distinguir la astucia del fraude ha fluctuado su calificación en todos los tiempos. La una es equivalente de la "agudeza de ingenio", eximio atributo psicológico; el otro implica "falsedad de carácter", aborrecible vicio de la personalidad moral. Confundiéndolos la sociedad se ha inclinado a aplaudir el fraude por lo que tiene de astucia y vano ha sido el esfuerzo de los moralistas por oponerle la sinceridad. Al tiempo que Teofrasto condenaba los caracteres disimuladores, la opinión general seguía admirándolos. El problema de "ser o parecer" siguió en pie. Epicteto reprobó todo sacrificio de la sinceridad a las apariencias y antepuso la dignidad a la estimación ajena; no negó a ésta, sin embargo, todo valor, y más tarde Cicerón procuró buscar el punto de coincidencia entre la dignidad y la estimación.

Los primitivos cristianos fueron partidarios de la sinceridad contra el fraude; pero desde que su iglesia creció en poderío y se convirtió en partido internacional, su ética fué corrompida por la política y practicó el fraude con más refinamiento que el mundo pagano. En cien pasajes lo dice Dante. Después de entonces, hasta hoy, fueron celebrados los que embisten la incauta candidez del hombre sincero, los enredistas y los muñidores, los fingidos y los triscadores, los dolosos y los embelecadores, todos bienquistos por la hipocresía social.

La progenie de Ulises tuvo su tratadista en Maquiavelo, cuya principal originalidad consistió en decir francamente lo que todos los políticos pensaban en secreto. "Cada uno comprende cuán loable es, en un príncipe, guardar la fe, obrar sinceramente, y no con fraude: pero la experiencia de nuestro tiempo nos muestra que sólo hicieron grandes cosas los príncipes que han hecho poco caso de su palabra, que han sabido engañar hábilmente a los otros, y que, al fin, han sabido vencer a los que habían confiado en su lealtad".

..."Podría dar mil ejemplos modernos y mostrar cuántos tratados de paz, cuántas promesas han sido anuladas y burladas por la infidelidad de los príncipes, siendo mayor el éxito de los que mejor han imitado al zorro. Pero es necesario saber jugar su rol; es necesario ser

hábil para fingir y para disimular, pues los hombres son tan simples y tan acostumbrados a obedecer a las circunstancias, que el engañador encontrará siempre alguien a quien engañar''... ''De todos los ejemplos recientes, no quiero olvidar uno. Alejandro VI no hizo más que engañar a los hombres: nunca pensó otra cosa y siempre halló ocasión de practicarlo; ningún otro hombre ha sabido prometer con más aplomo, ni ha hecho más juramentos sin mantener ninguno, y sin embargo el fraude siempre le dió resultado, porque conocía muy bien a sus gentes''... ''Un príncipe no necesita, pues, poseer todas las cualidades que he indicado, pero debe aparentar tenerlas. Casi agregaría que es peligroso tener esas cualidades y usarlas, pero que siempre es útil fingirlas; es así que el príncipe debe parecer clemente, fiel, humanitario, religioso y recto, pero debe ser bastante dueño de sí para hacer todo lo contrario cuando ello le convenga'' (*El Príncipe*, Cap. XVIII).

Con menos desvergüenza se pronuncia al respecto Francis Bacon en su breve ensayo sobre la simulación y la disimulación (*Essays or counsels*, VI). Cree que la astucia es útil para ocultar las propias intenciones y defenderse de las ajenas. Tres maneras de engaño considera lícitas al político: la estricta reserva o el prudente secreto, la disimulación pasiva de sus móviles y la simulación activa de fines que en realidad no se propone. Es un maquiavelismo bastardo, un tanto rebajado en homenaje a las exigencias de la moral. Y no lo oculta en su conclusión: ''The best composition and temperature is to have openness in fame and opinion; secrecy in habit; dissimulation in seasonable use; and a power to feign, if there be no remedy''.

Política y farsa resultan inseparables; con descaro o con prudencia, Maquiavelo y Bacon opinan lo mismo. Para ellos el fraude — no la astucia inocente o defensiva — es una virtud del hombre político; la sinceridad y la lealtad les parecen dos formas de tontería, o poco menos. Admiran al hombre de dos caras que detestaba Galileo: ''Io non sfuggo gli uomini rotondi come le palle, ne quadrati como i dadi, ma quelli che son fatti come i tamburi che guardati per un verso paion tondi, e per l'altro quadri'' (*Op.* VI, 153). Son dos criterios distintos, como se ve: práctico el uno y moral el otro. Montesquieu los se-

ñalaba agudamente, censurando la falsedad de carácter reinante en su medio social y proscribiéndola del país imaginario: "Chez nous les caracteres sont tous uniformes, parce qu'ils sont forcés: on ne voit point les gens tels qu'ils sont, mais tels qu'on les oblige d'étre: dans cette servitude du coeur et de l'esprit on n'etntend parler que la crainte, qui n'a qu'un langage, et non pas la nature, qui s'exprime si différemment et qui paraít sous tant de formes".

"La dissimulation, cext art parmi nous si pratiqué et si nécessaire, est ici inconnue: tout parle, tout se voit, tout s'entend; le coeur se montre comme le visage; dans les moeurs, dans la vertu, dans le vice méme, on apercoit toujours quelque chose de naif" (*Lettres Persanes*, LXIII).

Huelgan más citas. ¿Pueden los moralistas aceptar que los hombres nunca sabrán vivir juntos sin engañarse? Admitir ese pronóstico sería renunciar a todo ideal moral. Enseña la experiencia que la estimación recíproca de los méritos engendra la simpatía; el respeto de los derechos ajenos, la justicia; la convergencia de todos los intereses, la solidaridad. ¿Y para qué serviría llenar un país de escuelas si ellas no desenvolvieran en los nombres esos nuevos sentimientos que les permitan mancomunar sus esfuerzos para aumentar lealmente la simpatía, la justicia y la solidaridad, restando siempre más al odio, sumando siempre más al amor? Enséñese a odiar el fraude en la vida política, en las relaciones económicas, en el trato mundano, en la intimidad del hogar; y enséñese también a aborrecer la hipocresía y a no necesitar de confesionario. ¿No serían mejores hombres los que desde niños aprendieran a sonrojarse de una mentira o de un engaño?

*

Huelgan más citas.

Frente a las encubiertas inmoralidades que nos rodean, el ideal moral debe orientarse hacia su extinción progresiva. ¡Veracidad en la palabra! ¡Sinceridad en la conducta! No decir mentiras, ni hacerlas; porque la falsía del carácter es peor que mentir, importa una mayor ofen-

sa a la verdad misma. La sinceridad verdadera es la que refleja el pensamiento en las acciones, la que subordina la vida a una constante lealtad para consigo mismo, y no la que suele fingirse para atraer la confianza de los demás.

Virtud peligrosa, pretenden muchos. ¿Peligrosa? Para quien la practica, tal vez; para la sociedad es siempre benéfica. Un hombre sincero hace más bien que mil hipócritas, aunque éstos no se lo agradezcan. Y es tan común el hábito de la falsedad, tanto el apego a la mentira enguantada, que ciertas ingenuas sinceridades producen un efecto inesperado y dan escándalo. La manera infalible de asombrar a los que viven de engaños es decirles una verdad, sencillamente, serenamente.

La verdad tiene un valor moral; las creencias y los actos son tanto más morales cuanto más verdad contienen. Una sociedad que obliga a vivir engañando, es inferior, primitiva; es una tertulia de enemigos embozados, dispuestos a beneficiarse de toda y a abusar de toda confianza ajena.

Digan los pesimistas que los hombres vivirán eternamente del fraude; digan que es imposible asociarse lealmente para vivir todos mejor; digan que la expansión incesante de la verdad no hará más sinceros ni felices a los hombres del porvenir. Díganlo, hombres vacíos de fe y repletos de superstición.

Los optimistas creemos en la posibilidad de un porvenir mejor; creemos que la solidaridad y la justicia pueden elevar el nivel moral de los hombres: creemos que la moralidad humana es infinitamente perfectible; y creemos, por todo eso, que la moral del fraude irá cediendo su primacía a la moral de la sinceridad.

Partiendo de esas creencias conviene elaborar los ideales éticos del porvenir; y hacia éstos, en un constante esfuerzo de perfección, podemos orientar nuestra conducta y modelar nuestra personalidad. Ulises no será un arquetipo para los que se aparten de la moral del fraude; podrán perdonársele sus vergonzosas artimañas en homenaje a sus virtudes efectivas, pero no podrá llamársele "divino" ni servirá de ejemplo. Una moral cimentada por la verdad parecerá cada vez más digna a los hombres que asciendan por el sendero interminable de la virtud; fuertes, leales, sinceros—como Aquiles,—marcharán por

él sin la doble muleta del fraude y de la mentira; y nunca, andando, desfallecerá su fe ni les acosará el remordimiento. La más alta aspiración de los caracteres dignos será poner su ideal en el punto imaginario donde una clara razón ilumine la práctica del bien: la Virtud sin sombras y la Verdad sin velos, hermanadas en la más serena Sabiduría.

INDICE

Página

Advertencia. 7

La psicopatología en el arte.

I. La verdad en la belleza. — II. La locura en la ciencia y en el arte. — III. El rey Lear. — IV. Hedda y Gabler. — V. La psicología y la crítica. . . . 11

La locura de Don Quijote 31

La psicopatología de los sueños.

I. Los sueños y las supersticiones animistas. — II. Los sueños proféticos ante la psicología. — III. Criterios y métodos para estudiar los sueños. — IV. Los sueños en las especies y en los individuos. — V. Psicología de los sueños. — VI. Los sueños y las alucinaciones. — VII. Valor clínico de los sueños en las neurosis. — VIII. Valor clínico de los sueños en patología mental 51

"Hacia la Justicia".

I. Los médicos literatos. — II. La influencia naturalista en la novela sociológica. — III. Los tipos psicológicos en la novela. — IV. Psicología de las multitudes. — V. Inducciones sociológicas sobre los conflictos sociales 77

La vanidad criminal.

I. El ambiente criminógeno. — II. El contagio moral. — III. La vanidad en las cárceles. — IV. Eróstrato. — V. El egotismo mórbido. — VI. La vanidad criminal. — VII. El erostratismo político. — VIII. El individualismo antisocial. — IX. La sugestión criminal. — X. El periodismo y la criminalidad . . 105

La piedad homicida.

I. Sentimientos y costumbres que se extinguen. --

Página

II. Costumbre, consentimiento y petición reiterada. — III. Consentimiento y petición anterior. — IV. Uxoricidio sin consentimiento. — V. Matricidio sin consentimiento. — VI. Discordancia entre lo moral y lo legal. — VII. Circunstancias atenuantes. — VIII. El derecho a la muerte. 125

El delito de besar

I. El problema jurídico. — II. El "beso casto". — III. El "beso de amor". — IV. Falta de consentimiento e injuria. — V. Intención erótica y ultraje al pudor. — VI. Premeditación y alevosía, como agravantes. — VII. Publicidad y escándalo. — VIII. Imprudencia y lesiones. — IX. Conclusiones. . . 139

Los escritores y los críticos.

I. La psicología de los escritores. — II. Simpatía y comprensión. — III. Los críticos profesionales . . 157

Psicología de la curiosidad.

I. Origen y naturaleza de la curiosidad. — II. Función de la curiosidad en la formación de la experiencia. — III. Desenvolvimiento genético de la curiosidad. — IV. Psicofisiología de la curiosidad. — V. Variedades psicológicas de la curiosidad. — VI. Curiosidad y cultura intelectual. 171

La moral de Ulises.

I. La falsedad en la conducta. — II. El "divino" Ulises. — III. Del fraude a la sinceridad. . . . 199